



NOSOTROS

LA PSICOPATOLOGIA EN EL ARTE (1)

- I. LA VERDAD EN LA BELLEZA. — II. LA LOCURA EN LA CIENCIA Y EN EL ARTE. — III. EL REY LEAR. — IV. HEDDA GABLER. — V. LA PSICOLOGÍA Y LA CRÍTICA.

I.—La verdad en la belleza

Una feliz casualidad puso en mis manos, casi en la infancia, el admirable *Elogio de la locura* escrito por Erasmo, el Voltaire del Renacimiento. Las conocidas ilustraciones de Hans Holbein prestaban su atractivo al sabroso panfleto, destinado a poner en punto de solfa todas las formas de la estulticie humana; vuelto de Roma con su fe maltrecha, Erasmo había colgado en la misma horca del ridículo a teólogos, monjes, papas, príncipes y cuantos sabios o magnates vivían esclavos de la estéril vanidad. De ese modo nació en mí, tempranamente, cierta afición por los estudios de patología mental, mejor definida cuando releí el *Hamlet*, el *Quijote*, el *Enfermo imaginario*, siendo ya estudiante de medicina.

Parecióme evidente que en esos dominios de la psicología mórbida, el arte y la ciencia se daban la mano, poniendo el

(1) Conferencia pronunciada en 1899 en el Centro de Estudiantes de Medicina (inérita).

umo más calor y firmeza en el bosquejo sintético de los caracteres, permitiendo la otra más sutiles análisis y precisas determinaciones.

Nunca, pese al común sentir de los mediocres, descubrí un necesario antagonismo entre los productos de la imaginación estética y de la imaginación científica, cuyos valores, distintos por sus métodos, parecen convergentes por sus más altos resultados.

* * *

La obra de arte, en sus formas simples, suele ser un mosaico de excitantes de los sentidos — ritmos, colores, líneas — destinado a evocar las imágenes de estados emotivos precedentes; los valores estéticos elementales son dados inmediatamente por la experiencia y están condicionados por el tono afectivo de las sensaciones. Pero a medida que aumenta la experiencia, en el individuo o en la sociedad, sus resultados se hacen cada vez más mediatos; se efectúan asociaciones incessantemente más complejas, no ya entre simples imágenes de sensaciones, sino entre conceptos sintéticos de imágenes, ascendiendo la obra de arte hasta los dominios de la imaginación propiamente creadora.

Llegadas a esas formas superiores, las construcciones artísticas adquieren un sentido convergente al de las elaboraciones científicas; por diversos caminos la ciencia y el arte pueden marchar hacia fines concordantes, coincidiendo los valores estéticos y los valores lógicos.

Ese criterio puede, en cierta medida, ser aplicado a la apreciación crítica de la obra de arte y de la obra de ciencia. No merecería la calificación de artística o científica ninguna obra que se limitara a los dominios de la experiencia inmediata; todo lo que provoca reacciones orgánicas de placer por la simple excitación de los sentidos, no es arte; y no es ciencia cualquiera acumulación de los datos con que la realidad impresionamos nuestros sentidos. Comienzan el arte y la ciencia con la elaboración de las imágenes de sensaciones, convirtiendo lo inmediato en mediato, lo directo en indirecto. Un valor estético es un canon de belleza extraído de la experiencia, de igual manera que un valor lógico es un canon de verdad, siendo el uno

y el otro incesantemente perfectibles en el sentido hipotético representado por los ideales que la imaginación humana elabora.

No siendo concebibles un ideal de belleza falsa ni un ideal de verdad fea, el valor estético de la obra de arte aumenta cuando es más grande su contenido de verdad, y el valor lógico de la obra de ciencia cuando crece su contenido de belleza.

No diremos, por ésto, que el arte debe subordinarse a la ciencia; su dominio es esencialmente emotivo y la emotividad precede a la lógica. Pero, sí, advertiremos que cuando llega a producir emociones de belleza concordantes con la verdad científica, la obra de arte revela una condición superior, tanto por el caudal de experiencia que le sirve de fundamento como por las aptitudes imaginativas que el artista aplica a su elaboración.

No debe sorprendernos, por consiguiente, que los más grandes artistas hayan realizado esfuerzos admirables para acercarse a la verdad. Y cuando el poeta sabe describir caracteres, es psicólogo; y cuando el músico armoniza tonos y ritmos, es físico; y cuando el pintor logra animar paisajes, es naturalista; y cuando el arquitecto coordina moles y líneas, es matemático. Hay una verdad en los actos, en los sonidos, en las perspectivas, en las proporciones, y sólo es obra artística grande y valedera la que crea valores estéticos en concordancia con esos valores lógicos.

En todo conocimiento humano, siempre relativo, los criterios de verdad pierden su rigidez a medida que se apartan de la experiencia inmediata. Cuando una hipótesis gana en amplitud, abarcando más latos dominios de experiencia, disminuye la posibilidad de su demostración; ésto quiso expresar Pascal repitiendo que la misión del hombre no es hallar la verdad, sino buscarla. Palabras dignas de ser recordadas cada vez que abordamos un tema inagotable, sin que por ello podamos sustraernos al deseo de reflexionar sobre él.

II.—La locura en la ciencia y en el arte

En los límites forzosos que la discreción señala a una conferencia, trataremos de examinar algún aspecto de este interesante problema: la relación que ha existido entre las concep-

ciones artísticas y científicas de la locura. O, por decir mejor, como ha expresado el arte algunas formas de este gran infortunio que priva al hombre de sus funciones más complejas.

En los últimos años del siglo que muere, los estudios psicológicos han tomado una orientación técnica, en su doble aspecto clínico y experimental; sus métodos son, sin diáta, dignos de ser cultivados con asiduidad, pues permiten efectuar un análisis de las funciones psíquicas, incompleto todavía, pero ya menos inseguro que el de los dialécticos y más legítimo que el de los animistas. Pero conviene no olvidar que el análisis es insuficiente para darnos una idea integral de la personalidad humana, por cuanto ésta se presenta siempre a nuestra observación como un conjunto funcional, es decir, como un carácter manifestado por una conducta.

Siempre merecerán sitio de honor, como grandes psicólogos, ciertos escritores que tuvieron especial perspicacia para observar y describir caracteres humanos, desde el clásico Teofrasto y su comentarista La Bruyère, verdaderos precursores de una vasta bibliografía contemporánea que, con ser técnica, no revela, por lo común, tan alta agudeza de ingenio.

El incremento actual de las disciplinas psicológicas ha puesto de relieve el valor de la patología para ilustrar algunos procesos que son inaccesibles por el método estrictamente experimental; sabido es que Morel, Charcot y Maudsley, han señalado rumbos nuevos, por los cuales marcharon, con éxito desigual, Ribot, Lombroso, Morselli, Janet y cien más, completando con los datos de la psicología mórbida ciertas conclusiones de la normal.

Un resultado de tales estudios ha sido el interés con que muchos psicólogos y alienistas han releído las obras clásicas de la literatura universal, buscando en la descripción de ciertos caracteres humanos un antecedente autorizado o una comprobación legítima de las modernas conclusiones de la psicología. Con ésto ha venido a probarse que muchos artistas fueron a la vez admirables observadores, de Eurípides a Dante, de Shakespeare a Goethe, de Cervantes a Molière; en sus obras pretenden estudiar toda la gama anormal que oscila entre la cordura y la locura, con la ventaja de estar ciertos rasgos mejor estudiados en la obra de arte que en la realidad misma.

Nadie podrá olvidar a Fedra o a Francesca, a Julia o a

las pasiones, ni prescindirá de Argan cuando analice al neurasténico; el recuerdo del rey Lear y de Don Quijote será constante en quien estudie la locura. No son, ciertamente, "cuadros clínicos perfectos", pero a pesar de sus imperfecciones se elevan a imensa altura psicológica sobre las "historias" que suelen recogerse en los manicomios. Lo que pierden en exactitud, lo ganan en intensidad. Es innegable que expresan con hondo y eficaz realismo el desbarajuste de la mente enferma, aún apartándose de la realidad, tal como la observan los alienistas; la firme acentuación de algunas aristas típicas suele compensar la vaga indecisión de otras, no menos esenciales. Pero en esa misma impureza sólo debemos ver los defectos de las cualidades; esos fantasmas creados por la imaginación estética alcanzan un valor sugerente y emotivo más profundo, si cabe, que los enfermos reales en cuya observación han sido inspirados. Nos impresionan por la verdad contenida en su belleza; pero es verdad idealizada, valor lógico transmutado en valor estético.

III.—El Rey Lear

Vasto material ofrece el arte a la curiosidad de los alienistas; desde hace un cuarto de siglo se explota ese filón, que parece inagotable. En los últimos años el desarrollo de los estudios psicopatológicos ha influido, a su vez, sobre la producción literaria; es visible que no los han ignorado autores de tan diversa escuela como Zola, Ibsen y Bourget. Pero, al mismo tiempo, ha nacido un género de crítica científica aplicada a las obras de arte y a los artistas, cuyos exponentes heteróclitos oscilan entre Guyau y Nordau, tan mesurado aquél como éste injusto.

Otro es el género de reflexiones a que aplicaremos nuestra curiosidad. No vamos a juzgar a los autores por las obras, sino a emprender el análisis de ciertos caracteres artísticos, comparándolos con la realidad clínica, sin olvidar, empero, que la verdad no se presenta en el arte como en la ciencia.

Es, por decirlo así, una verdad cálida y transfigurada, capaz de evocar la realidad intuitivamente, bajo la forma de emoción estética. Su valor lógico es menor que el de la verdad cristalina y fría que determina la ciencia; pero sería absurdo pedir al arte más de lo que puede dar, en un terreno que no es el

propio, olvidando cuanto puede y sabe ofrecernos en otros en que domina incontrastado.

Ningún poeta igualó a Shakespeare en la pintura de caracteres humanos; no podríamos nombrar otro que le haya excedido en la observación de la realidad. Y precisamente en su obra, como en *Macbeth* y *Hamlet*, vemos que los hechos asumen un valor casi simbólico, rodeados de circunstancias propicias a toda resonancia ideológica y emocional. Es seguro que un ignorante rey de Escocia, por el año mil, no podía decir cosas muy profundas sobre el valor de la vida y el sentido de la historia; poco probable es, asimismo, que un loco príncipe de Dinamarca mostrara un profundo sentido filosófico. Es Shakespeare quien habla por boca de ambos, mas no por eso pierden ellos sus singulares aristas psicopáticas.

Analizando uno de sus caracteres—El Rey Lear—percibiremos la convergencia de los valores estéticos y los valores lógicos, del arte y la ciencia. Y tal vez pensemos, al terminar, que toda obra artística contiene un oculto tesoro de verdad, como en toda gran obra científica se descubre un aletazo de belleza.

Nunca podremos asistir sin emoción a las patéticas escenas en que nos muestra Shakespeare la trágica desventura de Lear. El viejo rey de Britania ha malquerido a la mejor de sus hijas, la dulce y cariñosa Cordelia, para preferir sin reservas a las primogénitas Gonerila y Regana. El más cruel desengaño premia su predilección; un día se ve rechazado por las malvadas que le vejan sin piedad.

Enloquecido por la doble afrenta a su autoridad y a su corazón, sólo encuentra asilo en las tiendas de la buena Cordelia, reina de Francia, que ha inducido a su esposo a enviar un ejército en defensa de Lear; pero las suertes de la guerra son infaustas y el viejo rey es vencido en una batalla que determina su captura y su muerte.

Todas las figuras del drama están admirablemente abocetadas. Cada personaje es un modelo de carácter, con sus luces y sus sombras, impelido siempre por la fatalidad de un temperamento nativo que se sobrepone a los influjos del medio social, de la educación. Pero, entre todas, magnífica y trágica es la figura del gran Rey, ora repujada en detalles analíticos de una fineza insuperable, ora definida en golpes de conjunto que

dan su síntesis en un gesto, en una meditación, en un desplante.

Desde su presentación queda Lear definido: viejo vanidoso y autoritario, sensible a la adulación de Gonerila y Regana. Le ofende la sencillez leal y respetuosa de Cordelia; quiere ser adulado, aunque le mientan. Como los más de los viejos, posee un egoísmo que es mezcla de fatuidad y reblandecimiento; las malas hijas, engañándole, consiguen inducirle a renunciar la corona. Su petulancia puede más que la desconfiada avaricia, a punto de creerse tan adorado que podrá conservar la autoridad después de perder el trono.

Toda la psicología de la vejez está sintetizada en los primeros actos del personaje shakespeariano. Perdida la noción efectiva del propio valor, el desgraciado Lear se considera venerable, casi divino; la verdad leal que asoma en labios de Cordelia, le ofende; la zalamería hipócrita le encanta. Su sentido crítico ha desaparecido, junto con su larga experiencia; no tiene ya noción de la relatividad, olvida que es hombre y vive entre hombres, cree ingenuamente que los jóvenes pueden ser monigotes ciegos que se mueven al ritmo de sus palabras, como si las canas le hubiesen transformado en oráculo.

Inspira compasión, sin duda, su triste odisea ulterior, cuando, destronado ya, advierte que es un huésped desagradable en casa de Gonerila y se ve rechazar sin piedad en la de Regana. Su propio bufón, un locuelo, le atormenta con refranes y chistes que son el reproche del buen sentido a los errores de su amor propio insensato. Así, poco a poco, sin perder cierta majestad y rectitud propia del antiguo rango, se inicia en Lear el proceso de la locura, por el conflicto entre su voluntad de conservarse ecuánime y los arranques apasionados de su vanidad herida. Comprende que ese choque de la razón con el sentimiento va a enloquecerle, lo teme, lo grita; tiene conciencia de la desventura que le amenaza, pero en vano lucha contra ella, enmohecidos ya por la edad sus engranajes cerebrales. El agotamiento progresivo y la emotividad mórbida le impelen hacia una incoherente confusión, en que se mezclan el deseo de venganza contra sus hijas malvadas y el arrepentimiento de haber ofendido a la virtuosa; y la tempestad estalla cuando, después de vagar, el piadoso Kent le invita a entrar a una cabaña y él se niega, para desahogar bajo el cielo impasible su ansiedad y su delirio, sus furros y sus alucinaciones.

En el siguiente acto rueda por la llanura próxima a Dover, adornado con yerbas y florecillas de las praderas. Así habla, después, desde el lecho en que Cordelia le brinda reposo y ternura, consiguiendo que por un instante se disipen los fantasmas de su imaginación y concilie el sueño. Tiene momentos de lucidez y de afectividad, todavía; como al despertar, rodeado de cariño, cuando dice a Cordelia: "Me ultrajáis, arrancándome a la tumba... Tú eres un alma bendecida; pero yo estoy atado a una rueda de fuego y mis lágrimas corren como plomo derretido..."

Esos momentos de ternura y dolor hermocean la personalidad de Lear, la entibian de simpatía; hay en sus palabras frecuentes arranques conmovedores, que hacen olvidar al viejo autoritario y vanidoso. Son rugidos de fiera herida, acorralada por sus perseguidores; su eficacia estética aumenta cuando el espectador recuerda que son las propias hijas del desgraciado las causantes de su desventura inmensa.

Sin ese hervor afectivo, Lear sería totalmente antipático; su lucidez del corazón, por decirlo así, pone bellas notas de contraste en su personalidad.

Es culminante aquella nocturna escena en la soledad, cuando un rey, un bufón y su escolta cansada, aparecen nivelados por el mismo destino en la inmensidad trágica de la noche; Lear, en esa hora, compadece a los demás que con él sufren y a todos los que penan en las tinieblas. Habla como un filósofo. Es impresionante ese rey, rodeado de vagos y harapientos, pobre y loco él mismo, cuando se eleva sobre la realidad que le rodea para criticar la injusticia humana y decir su sentencia sobre las fatalidades del destino.

Igualmente expresiva es la aparición del rey errante en las campiñas de Dover, que en medio de su delirio conserva un sentimiento de justiciera autoridad que le induce a juzgarse a sí mismo; y es tocante la breve escena de su curación junto a Cordelia, al son de una dulce música, a punto de hacer sospechar que la agitación delirante habría podido ser una pasajera crisis de ira más bien que la explosión de una demencia.

Después que Lear dobla su temblorosa rodilla ante la hija con que fué otrora injusto, la desgracia vuelve a cernirse sobre él. Conmueve, ya prisionero, al loar con palabras fervorosas a la criatura gentil. Hace helar las sienas cuando, teniéndola

entre sus brazos, se rinde a la muerte, fatigado, como si en ella buscara la única quietud compatible con su mente desequilibrada para siempre: "No fastidiéis su sombra. . . dejadle morir. . . Él aborrecería a quien quisiera retenerle entre los suplicios de este mundo".

A pesar de algunas incoherencias clínicas—que no amenguan la belleza estética del personaje—Lear queda como uno de los monumentos psicopatológicos más firmes de la historia literaria.

Es cierto que sobrevive demasiada afectividad en su alma de viejo, siendo que las canas refinan los sentimientos egoístas; lo es, también, que revela demasiada lucidez mental durante la noche tempestuosa, a punto de sugerir que el desequilibrio ha dado a Lear un ingenio que acaso no tuviera antes; y no lo es menos que la curación sentimental es demasiado optimista en quien acaba de errar delirante y alucinado. Pero todo ello es la justa concesión que al arte puede hacer la verdad, en homenaje a la gran belleza plástica del arquetipo, necesariamente distinto de la realidad, como que está destinado a durar mientras éste pasa.

Su locura es una agitación maniaca que posee a toda su personalidad, alternándose el delirio, la confusión mental, el furor. Lear no tiene falseadas algunas notas de su registro, conservando incólumes las restantes, como ocurre en Don Quijote; ni tiene la lucidez intelectual perfecta que nos mostrará Hedda Gabler, junto al desbarajuste de su vida afectiva. Realiza el tipo corriente de la "locura a gran orquesta"; por eso nos servirá como término de comparación con la locura parcial o monomaniaca, o con la locura moral absolutamente lúcida, más interesantes las dos para el psicólogo.

Es evidente que Hamlet es una creación de más alto valor psicológico; Lear no tiene su perspicacia filosófica, ni su duda atormentadora. Hamlet es un psicasténico modelo, con sus disociaciones de la personalidad y su descenso de la tensión psicológica, lleno de obsesiones y fobias, inestable de carácter, con sentimientos contradictorios, degenerado superior, dubitativo, simulador de la locura.

Hamlet, que ha desesperado a tantos comentadores, es más interesante para los psicólogos que para los alienistas. . . Su rasgo básico es la abulia. Para toda acción voluntaria se re-

quieren el deseo, la deliberación, el esfuerzo; en el loco príncipe el deseo es inestable, la deliberación indecisa, el esfuerzo casi nulo. Su idea fija, obsesionante, es vengar la muerte de su padre; tiene el humor negro, con vagas ideas de suicidio; cree que la vida es insulsa y sin encantos, indigna de ser vivida. Su reacción frente a la realidad es puramente intelectual, pero desorientada. Vive en duda perenne; duda de todo, de los demás y de sí mismo, de su propia obsesión. Es desconfiado y cauto, sospechando siempre algo terrible más allá de lo que vé y comprende; suspicaz y astuto, presiente lo que se trama contra él y se defiende a tiempo. Tiene estallidos de antipática ira, es cínico a veces, mata de miedo; en otros momentos parece manso y sereno. Nunca se descuida y los sucesos le hallan alerta; gasta su energía mental en un inquieto meditar, que al fin altera las fuentes mismas de su afectividad. Y más bien que delirante sistematizado, se nos presenta como un psicasténico, de cuya complejidad mental fluye el secreto de su extraordinaria poesía.

Cuán distintos, también, Otelo y Macbeth, que llegan a la locura por vías divergentes: la pasión de los celos y el terror del arrepentimiento. La locura del Rey Lear es de otra cepa.

La de Macbeth es trágica y terrible. Desde que las brujas encienden en su corazón la ambición del mando, hasta que su mujer le empuja al crimen con palabras irresistibles, se prepara la tragedia psicológica que culmina en el asesinato del rey. Una lucha angustiada desgarr a Macbeth en el momento decisivo, entre la obsesión del poder y el reproche de su conciencia. Esa lucha continúa en el curso de toda la tragedia, partiendo en dos su juicio y su corazón, en un verdadero desdoblamiento de la personalidad; su yo vacila y cambia a cada instante, ya cuando le asaltan las alucinaciones de la sombra de Banco, ya cuando padece los vértigos que obligan a pensar en la epilepsia. Y a su lado, siniestra, actúa la histérica Lady Macbeth, que en sus accesos de sonambulismo se denuncia y se traiciona, reproduciendo las escenas del tremendo delito.

Frente a ellos el Rey Lear se nos presenta con los atributos más simples, pero también más inequívocos de la locura: agitación en la conducta, delirio en los razonamientos, alucinaciones en los sentidos, disolución demencial en la personalidad. Por todo ello su derrumbe psíquico es más brusco y ruidoso que el de

Hamlet o Macbeth, sin que en momento alguno podamos dudar del diagnóstico de su locura: sencilla, sin sutilezas, sin claro-oscuros.

IV.—Hedda Gabler

Mucho habréis leído en estos últimos años acerca de ciertos desequilibrios que ocupan las fronteras de la locura sin tener sus síntomas fundamentales. La percepción es normal, sin que se observen alucinaciones; la lógica se conserva rigurosa, está exagerada a veces, excluyendo el proceso mórbido irracional que llamamos delirio; el nivel mental no ha disminuído, nada hay que se parezca a la demencia. Y, sin embargo, nada más distinto del tipo medio humano, llamado normal, que la mentalidad de los neurópatas de todo género, particularmente de los histéricos y los amorales, los obsesionados y los psicasténicos.

Es un dominio intermedio entre la psicología y la psiquiatría, poblado por personalidades mórbidas que ya no adaptan su conducta al medio social en que viven, pero cuyos actos no imponen todavía la reclusión en un manicomio. Su perspicacia para razonar es causa del infortunio propio y del ajeno: su inteligencia puede exceder en lucidez a la de sus parientes y amigos, que están, sin embargo, obligados a soportar las consecuencias funestas de sus sentimientos y de sus actos antisociales. En ellos la locura no es desequilibrio de la razón, sino de la vida afectiva y de la voluntad: piensan bien, pero quieren mal: hablan bien, pero obran mal.

No es raro tropezar con personalidades semejantes en las obras maestras de la literatura; pero en los últimos años encontramos algunos análisis psicológicos más perfectos en ciertos autores que, como Ibsen, pueden considerarse destinados a pasar a la posteridad como verdaderos clásicos.

Se ha dicho, en su elogio, que Ibsen ha construído los personajes descollantes de sus dramas teniendo presentes los resultados de las modernas investigaciones psicológicas; como Balzac, Zola, Daudet, Dostojewsky y otros, habría él comprendido que las concepciones artísticas deben fundarse en la observación de la vida real, sin perjuicio de idealizar después la realidad misma, despojándola de sus atributos menos generales y vistiéndola con el ropaje de las síntesis armoniosas.

Es así como ha forjado algunos caracteres que parecen representativos o simbólicos de todo un género, conciliando lo real y lo ideal en formas de equilibrio estético que satisfacen al mismo tiempo al deseo de verdad y al anhelo de perfección.

Entre los grandes tipos ibsenianos ocupan lugar prominente las mujeres; en ellas, al revés de la pasada moda romántica, suelen hallarse encarnadas ciertos sentimientos egotistas y antisociales circulados profusamente bajo la influencia de Stirner y de Nietzsche. Su tipo más acabado nos lo ofrece, sin duda, *Hedda Gabler*, personaje que siente y obra enfermizamente, aunque su lucidez mental es tan perfecta, tan lógica, que vive tiranizando y afligiendo a todas las personas que están obligadas a soportar su convivencia.

Hedda es una desequilibrada y tiene ciertos caracteres psicopáticos de la mujer delincuente. Hija de un general y educada en un medio propicio, han florecido en ella todas las inclinaciones abusivas y despóticas; tiene de mujer el sexo, a pesar suyo; hace gala de ser fuerte y masculina, cabalga, tira la pistola, se esfuerza por mostrar una indomable voluntad viril.

Hedda era desde niña una verdadera deficiente moral; en la escuela aterrorizaba a sus compañeras con pequeñas violencias y vejámenes mortificantes. Se entretiene, después, en algunos amorcillos arriesgados, sin salvar de ellos otra cosa que su virtud física; cuando ésta pelagra bajo las instancias audaces de Erberto, ella despide al calavera descerrajándole un pistoletazo. Una vez se descuida y resuelve casarse con un modesto hombre de ciencia, Jorge Tesmann, que con sus méritos y virtudes aspira a mejorar su rango social. Ella no se equivocó nunca creyendo que eso fuera amor; él se equivocó suponiendo que el carácter de la virago, minado por la psiconeurosis y por sus hábitos, podría modificarse al dulce calor de su ternura o de la maternidad.

Aparece en escena exhibiendo en cruel desnudez su helado corazón. Carece de afectividad y de simpatía, se irrita por las más leves contrariedades, todas las personas la estorban, nada la complace; sus actos y sus palabras convergen a demostrar que goza haciendo sufrir a los demás. Han pasado pocos meses de su matrimonio y no oculta que ya está aburrida. Le incomo-

da la felicidad ajena. Erberto se ha casado con su amiga Thea; ella no les perdona que sean felices.

Conspira contra la tranquilidad de todos, poniendo en cada palabra una gota de veneno. Resbala a imprudencias morales cuando se encuentra con el viejo galanteador Brack; incurre en actos delictuosos cuando roba a Erberto sus manuscritos más preciados. Es simuladora, casquivana, inestable; cada mañana amanece con deseos nuevos, con caprichos diferentes. Su conciencia moral es más voluble que su temperamento; muéstrase a veces torpe, floja, sin iniciativa, y en otros casos impetuosa y apasionada, prefiriendo por sinrazones, obrando por sacudidas.

Su inteligencia es lúcida, a punto de justificar sus aspavientos de mujer superior; pero esa misma cualidad, que algunos podrían mirar como una excelencia, es la causa de sus más hondos desequilibrios, pues no guarda simetría con su falta de sentido moral. Esa es la característica de los degenerados mentales, hombres o mujeres; el desbarajuste de su vida afectiva coexistente con una capacidad razonante que desconcierta, aumentando sus aptitudes para la práctica del mal.

Algunos celebran en Hedda la "mujer fuerte", como si la superioridad femenina mereciera ser confundida con la inadaptable moral; mujer fuerte es la que sabe amar más, la que es mejor compañera, la que es mejor madre, la que es mejor ciudadana, la que posee en más alto grado los sentimientos necesarios para aumentar la felicidad de los que la rodean, en el hogar y en la sociedad, pues de ello depende su propia dicha. Si además de esas virtudes posee la mujer una inteligencia superior y una firme personalidad, tanto mejor para ella y para los demás, lo mismo que si posee una alta ilustración o si es capaz de bastarse a sí misma por su esfuerzo. Pero estos atributos, que embellecen un carácter moral y equilibrado, centuplican la perversidad de los caracteres inafectivos; nada hay más lamentable que la inteligencia puesta al servicio del mal, nada más funesto que la superioridad en los refinamientos del vicio y de la mentira.

Hedda Gabler es el personaje representativo de todo un género de mujeres que miran el matrimonio como la emancipación de la tutela paterna y no vacilan en darse sin amor, pensando de antemano en traicionar el vínculo que no sellan con un

latido de su corazón. Ruedan al azar de las circunstancias imprevistas, costean peligros, marchan al borde de todos los precipicios; y cuando la herencia patológica mina su carácter, como es frecuente, ninguna resistencia logran oponer a las tentaciones del vicio y del delito. La falta de ocasión puede hacerlas vivir en una aparente honestidad, pero carecen de las fuerzas morales que son indispensable sostén de la virtud. Con más frecuencia se depravan a medias, desmenuzan su moral, la gradúan, como si la lucidez de su entendimiento refinara con artes malsanas todo lo que puede concederse al vicio salvando las apariencias y eludiendo las responsabilidades.

Hedda, envidiosa, no mata con su propia mano a Erberto que hace feliz a Thea; pero con infame consejo lo empuja al suicidio y le regala la pistola con que habrá de solucionar las dificultades que ella misma le ha creado. Cuando la víctima se descerraja un tiro, cediendo a su instigación, Hedda ofende la pena de todos declarando que ese es un bello y noble acto, digno de elogio.

Su estado neuropático se exalta y aumenta su inquietud frente a la vida que transcurre sin variedad; ni intrigas ni crímenes logran vencer su aburrimiento. En esas horas vuela su imaginación hacia las pistolas, las buenas pistolas del general Gabler, con que sus manos suelen jugar como si fueran sortijas. El anuncio de su futura maternidad no despierta en ella sentimientos nuevos; carece del instinto que embellece toda la vida de la mujer. Y no sintiéndose con alma de madre, pierde la única esperanza de renovación sentimental que podría alentar su existencia.

Así, protestando siempre de su aburrimiento, despreciando a los que la rodean, llega a la única solución lógica de su vida, el suicidio. Cansada de tanto descargar contra otros sus pistolas, un día apunta una de ellas sobre su propia sien y cierra el drama, llevándose consigo al propio hijo a quien es incapaz de dar vida.

Suele culparse corrientemente de esos desequilibrios femeninos al histerismo, como si la gran neurosis que dió fama a la Salpêtriére fuera la causante de todo lo que es anormal en la mentalidad de la mujer. No es exacto el diagnóstico, sin embargo. Hedda Gabler no es una histérica; no hay en todo el drama un solo dato que obligue a creerlo. La inestabilidad men-

tal de las histéricas depende de disociaciones parciales de la personalidad, exaltada o inhibida por una idea fija, por una auto-sugestión, por una amnesia. Todo ello puede alterar el equilibrio de la personalidad moral, desvencijar la voluntad, pero la personalidad moral existe, rica de sentimientos, capaz de pasión, fácil a las emociones. La histérica puede tener una afectividad mórbida; Hedda Gabler tiene una ausencia de afectividad. La histérica suele ser una enferma sentimental; esta dama suicida es una simple idiota del corazón.

V.—La psicología y la crítica

El arte es un fenómeno condicionado por la naturaleza y por la sociedad, en cada tiempo y lugar. Desde Taine hasta Guyau se ha completado ese concepto, que, sin ser totalmente nuevo, ha conseguido al fin penetrar en la conciencia de los críticos, otrora limitados a la rumiación gramatical y filológica, cuando no a estudios biográficos cuya homogénea inutilidad oscilaba entre la diatriba y la apología.

Por un proceso natural, la crítica naturalista y sociológica ha tendido a integrarse con la psicológica. En efecto, lo que se mueve en la naturaleza y en la sociedad, es el hombre; sus ideas y sus sentimientos nacen y actúan en función del medio, pero tienen por sí mismos la virtualidad congénita del temperamento, impregnado por la herencia y expresado en el carácter.

Si los artistas han interpretado caracteres humanos, la crítica de éstos puede hacerse con el concurso de la psicología; y si esos caracteres no son normales, entrando, como Lear, a los dominios de lo patológico, o manteniéndose en sus fronteras como la Gabler, será de provecho oír el juicio de la patología mental para valorar sus méritos.

Así ha nacido una crítica médico-psicológica, cuyos primeros frutos atestiguan su importancia. Son memorables los estudios de Charcot y Richet sobre los demoníacos en el arte, continuados hasta hoy en la revista de sus discípulos. *Nueva Iconografía de la Salpêtrière*. Algunos atisbos hay en los "problemas de la estética contemporánea", de Guyau, y no pocas observaciones valiosas en *El hombre de Genio*, de Lombroso, y en *Degeneración*, de Nordau. Los tipos criminales en el arte y en la literatura han sido estudiados por Ferri, Maus, Le-

fort y Alimena; los alienados por Ireland, Porena y Régis. Es interesante señalar que Shakespeare ha dado los materiales más copiosos para este género de críticas, habiéndole consagrado monografías especiales Ireland, Renda, Ziino, Del Greco y D'Alfonso. Los degenerados y criminales del infierno dantesco inspiraron una bella monografía de Nicéforo; el profesor Debove estudió algunos personajes sobresalientes de Molière; Patrizi los de Goncourt; Leggiardi Laura y Graf los de Manzoni; Laschi los delincuentes aristocráticos y financieros que actúan en las obras de Balzac, Lemaitre, Zola e Ibsen; Longo los bandidos de Schiller y algunas siluetas femeninas de Ibsen; Pi Molist la locura de Don Quijote; Salillas los delincuentes en la novela picaresca.

Los autores contemporáneos han sido objeto de particular atención, dado que muchos de sus personajes han sido inspirados por estudios técnicos de patología mental. En las novelas de Zola han buscado con provecho Lombroso y Ferri. Los personajes de Ibsen han sido estudiados por Geyer, desde el punto de vista médico. Schuré ha analizado la lucha entre el sentimiento y la voluntad en algunos tipos de Ibsen y Maeterlinck. Más recientes son las valiosas notas de Sciamanna, Sighele y Ferri sobre los tipos alocados y delincuentes en las obras de D'Annunzio.

Se dirá, y es justo, que la sociedad no se compone solamente de caracteres representativos, deduciéndose de ello que no basta analizar el temperamento individual para comprender la historia. Pero no olvidemos que el arte no la ha reducido a un simple juego de caracteres, dando muchas veces una importancia primordial a los factores psicológicos colectivos.

Fué tan intensa la participación de las multitudes en la vida griega, que a nadie sorprende el sitio que ella ocupa en el arte, ya contemplemos el libro segundo de la homérica Iliada, ya nos detengamos en la obra de sus trágicos mayores. Frente a los muros de Troya suele el juicio de la asamblea decidir la suerte de los héroes; en Sófocles y Esquilo son los sentimientos del coro los que orientan el desenlace de la tragedia. Después, por siglos, los hombres representativos ocupan lugar más eminente que las multitudes en las obras de arte y el análisis de los caracteres individuales es preferido siempre al de la mentalidad colectiva. Pero en los últimos años, como reflejo, acaso, de las

concepciones sociológicas que agitan el mundo contemporáneo. las multitudes han vuelto a reaparecer en el teatro y en la novela, pesando con sus pasiones sobre el desenvolvimiento de los sucesos.

Frente a la literatura individualista, que Ibsen representa con personajes simbólicos como *El Enemigo del Pueblo*, se desarrolla una literatura social que procura afirmar los derechos de la sociedad sobre el individuo. Los dos géneros son profundamente realistas, los dos merecerían llamarse experimentales; la vida social es, en efecto, una lucha constante entre el individuo, que intenta romper en beneficio propio el equilibrio del conjunto, y la colectividad, que se esfuerza por subordinar al interés de todos las inclinaciones particulares de cada uno.

No entraremos aquí en distinciones, si justas, inoportunas, entre los fenómenos psicológicos colectivos y la particular mentalidad de las reuniones accidentales que se llaman multitudes. Es seguro que aquéllos son normales y forman parte de la vida habitual de las sociedades, mientras que la segunda presenta caracteres verdaderamente anormales, en cuanto se traducen por resultados que no equivalen a los caracteres psicológicos de sus componentes.

Sólo podemos señalar, ya que el tiempo nos falta para su análisis, los tres géneros de grandes multitudes que se mueven en las novelas de Zola. *Germinal*, episodio de la vida en las minas, muéstranos la multitud apasionada y por momentos criminal. *La débacle* pinta en páginas indelebles el contagio del pánico en un ejército en derrota. *Lourdes* exhibe los estragos que el fanatismo produce en las multitudes religiosas.

Hay en ellas copioso material de observaciones para ilustrar las doctrinas sobre psicopatología colectiva expuestas por Taine, Sighele, Tarde, Le Bon, Rossi y tantos otros escritores que han sabido explorar la zona de interferencia entre los estudios psicológicos y los sociológicos. Pero también es legítimo pensar que esas doctrinas científicas pueden prestar un valioso concurso a la crítica, si ésta se propone fundar lógicamente la validez de sus sentencias.

Lo poco que hemos dicho basta para comprobar el tema de esta conferencia: *el arte, en sus creaciones más expresivas, ha forjado grandes tipos psicopáticos cuyo análisis puede ser de utilidad para los cultores de la patología mental.*

Así como tantos artistas contemporáneos han buscado en la ciencia una inspiración o un consejo, para poner más vida y más emoción en sus creaciones, no será inútil que los hombres de ciencia pidamos al arte su inspiración y su consejo, cuando ha sido arte humano, arte social y psicológico al mismo tiempo, y no hueco verbalismo de retóricos o de sofistas. Si el arte es digno de su nombre, será hermano siempre de la ciencia, completando con el vuelo de la imaginación los resultados fecundos de la experiencia. La verdad y la belleza son factores convergentes hacia la ideal perfección.

JOSÉ INGENIEROS.

SOBRE TEATRO HISTORICO ⁽¹⁾

En el período de desenvolvimiento de lo que quiso ser nuestro teatro hasta caer en la condición de simple negocio con el público a que hoy han quedado reducidas las actividades productora y escénica, el drama histórico-nacional fué objeto de multiplicados esfuerzos de realización.

Se pensaba, ora instintivamente, ora con razonado concepto, que la evocación dramática de los grandes hechos y figuras del pasado debía ser una de las expresiones fundamentales y típicas del teatro nacional que iba forjándose al calor del sentimiento de lo genuino y al empuje de esa afirmación de personalidad que es lo que busca definirse con un arte propio, caracterizado como tal por los asuntos, las costumbres y modalidades sociales que lleva a la escena, y por el espíritu que preside la representación de todo eso.

Sin duda el pensamiento y la intuición sentían así bien la lógica íntima de lo que iba surgiendo como obra argentina a impulsos de esa misma lógica.

Toda manifestación de espíritu y de carácter nacional supone en sí misma un elemento, una fuerza radical histórica:— lo histórico-religioso, lo histórico-tradicional, lo histórico-social, lo histórico-político,—que está en el proceso de formación del pueblo mismo, y que elaborado en personalidad distintiva es en ella *substratum* de creencias, de sentimientos, de concepto propio que unifica con fuerza originaria lo individual en la particularización colectiva y que se resume en el vínculo espiritual del lenguaje.

La formación histórica de nuestra nacionalidad, es decir, nuestra individualización política, no alcanza en el pasado más

(1) Con motivo de la publicación de *El Teniente coronel fray Luis Beltrán*.

allá de los días en que las invasiones inglesas hacen germinar un vago sentimiento de entidad local capaz de acción propia contra el europeo. Antes de esto, el mundo del virreinato podía no ser ya la España misma, podía aún ser otra cosa que el pueblo español: la América española; pero indudablemente no había en él nada que pudiera considerarse como la conciencia de una patria distinta en algo fundamental de la nacionalidad generadora. Esto sólo se define con la Revolución, con la obra misma de la independencia.

Pueblo desgajado así ayer no más del viejo tronco paterno; desenvuelto, por otra parte, en un hogar cosmopolita abierto a todos los hombres del mundo y a todos los vientos del espíritu moderno; integrado en tantos elementos de joven personalidad por un complejo aluvión humano de muchas razas y por el soplo de todas las ideas que han surgido en el mundo desde que la Revolución francesa libertó de todo imperativo tradicional el pensamiento,—no tenemos como radical íntimo de nacionalidad ni el lenguaje, ni el secular sentimiento religioso, ni los recuerdos legendarios surgidos de las empresas en que se forjó y consolidó, allá, en siglos de hazañas, la unidad espiritual y política de los viejos pueblos.

Por el lenguaje, superior y decisiva expresión de identidad nacional, nuestra literatura será siempre española. Dentro de la producción literaria, el teatro, especialmente, ha encontrado en el decir popular un elemento de caracterización local que efectivamente constituye un lenguaje típico; pero, sea cual sea la abundancia del vocabulario y de los modismos, más o menos originales, que hacen de ese lenguaje (siempre más bonaerense que propiamente argentino) otra cosa que el castellano puro, nuestro teatro no será por él en cuanto una razonable previsión alcanza, sino un teatro regional, como el andaluz o el napolitano. Lo dice bien terminantemente el hecho de que siempre que no se trata de lo pintoresco costumbrista, aún en el teatro, el castellano, es el "idioma", el lenguaje en que se habla al país.

Por la historia, sólo tenemos personalidad desde hace un siglo.

Por la sociología, la afirmación del carácter nacional es la resultante aún no definida de una fusión activísima a que concurren por una parte la sangre española, el aporte indígena y

el espíritu propiamente americano,—criollo,—como elementos radicales, y por otra parte la universalidad de elementos étnicos que en nuestra vida se transfunden incesantemente, y la impregnación de una afluencia universal de ideas.

Todas estas circunstancias acentúan en la obra de formación de un teatro argentino la necesidad de definir y afirmar su espíritu y carácter de tal con elementos históricos que incorporen el sentimiento y el orgullo de la grande empresa generadora y de las luchas en que se acrisoló la incipiente energía de nacionalidad, a la levadura de personalidad sociológica vigorosa pero oscura que determinó esas crisis, y a las no muy fijadas ni muy trascendentales expresiones de costumbres y color local en que busca una caracterización singular.

Pero, a la vez, las mismas circunstancias que hacían sentir con particular insistencia el requerimiento de algo de bronce épico y de acero genuino para dar alta base y memorable resonancia al monumento de nacionalidad que el nuevo teatro quería forjar, opusieron no pequeña dificultad al empeño de trabajar artísticamente el material histórico.

La natural inexperiencia de los artífices, de improviso convocados por la obra misma, se encontró con que la historia generadora sólo le ofrecía su aspecto político, ya que, aunque épicamente esplendorosa, aparecía desnuda de elemento legendario-tradicional, de añejo ambiente dramático, de esas fecundas sugerencias de intriga, de aventura, de superstición, de sentir patético con que la fantasía teje en los siglos la vasta y colorida tela de la crónica.

Nuestra historia es casi nuestra contemporánea, y solo merced a una siniestra regresión a lo trágico medioeval surgió en ella con Rosas el drama de las viejas tiranías.

El instinto popular del teatro se precipitó sobre esta lúgubre y violenta época como sobre un tesoro cuya riqueza no necesitaba ser laborada siquiera para ser la obra dramática, por la misma fuerza de sugestión que la sangre y la pasión infundieron a la realidad; y surgió así con el drama de Rosas desarrollado en burdo melodrama, el "drama histórico" por antonomasia para los empresarios de teatro nacional.

La inteligencia instruída buscó, por su parte, en la Revolución, en la epopeya de la independencia y en sus derivaciones políticas inmediatas el drama histórico que ese teatro reclama-

ba como ejecutoria de su propia y legítima existencia; pero aquel pasado de ayer, que no daba distancia en el tiempo para combinar sucesos, animar figuras y colorar cuadros con espontánea libertad de fantasía creadora, sólo produjo en manos de los que por añadidura lo sentían y trataban como sacra materia patriótica, el drama-historia, o sea, la fiel representación escénica de lo que la historia relata a sus lectores; y en manos de los que solo buscaban en ese pasado elementos de éxito teatral, resortes del aplauso, originó el drama patriotesco, o sea, el anecdotario declamado con histriónica exaltación efectista.

Frío e inerte lo primero, falso y burdo esto último, surgió del fracaso necesario de tales tentativas la conclusión de que el drama histórico nacional era una idea de imposible o casi imposible realidad en el teatro argentino.

Sin duda lo es, si se le concibe sólo con el criterio de la historia o sólo desde el punto de vista del teatro; pero es tan posible como cualquiera otra expresión dramática, y sin duda, también, más grande, más vasta, más nacional que todas las otras que nuestro espíritu y nuestro ambiente propios, locales, pueden alcanzar, si abandonando el concepto restringido y paralizante de lo histórico por sí mismo, se lleva a la escena los elementos vitales de historia susceptibles de ser libremente tratados por el artista en lo significativo de su dinamismo, ya moral, ya objetivo: — espíritu de época, alientos de acción, fuerza de pasión humana, — y se funde todo esto en la creación eminentemente dramática concertada y desarrollada dentro de aquellas realidades por la concepción imaginativa que sabe hacer la realidad de las ficciones poéticas.

El caso, importante al concepto de un joven teatro nacional, atribuye interés a la siguiente exposición del criterio y procedimientos que han regido la composición de *El teniente coronel fray Luis Beltrán*, y que sirve de prefacio a esa obra en la edición con que la hará conocer en breve la Biblioteca *Atlántida*.

I

LA HISTORIA EN EL DRAMA

CAMBIANTES DEL PASADO

En este drama de fray Luis Beltrán, dentro de la acción escénica y sobre la acción escénica, hay un movimiento de grandes sucesos y trascendentales manifestaciones históricas cuyo espíritu, sentimiento y magnitud expresa la versión teatral con el sentir de los personajes y con los incidentes de la trama imaginada, que suscitan en ellos, mediante las alternativas del conflicto, dramático, las reacciones propias de su situación en el cuadro de la época en que figuran.

Hay, pues, en él, una obra de teatro, concebida para cobrar su realidad objetiva en la escena, pero lo integran otros elementos o valores que los inherentes a la acción, y esto hace que no sea puramente o solamente una obra de teatro. De aquí que pueda ser presentada al lector sin que sea indispensable haberla sometido al espectador.

(Excusado parece advertir que este aserto y los demás de la misma naturaleza que surjan en el curso de estas consideraciones, sólo afirman el concepto de la obra según el autor; lo que ha querido y entendido hacer. Al público, naturalmente, es a quien corresponde decir si lo ha logrado).

Pero, no obstante ese fondo de historia, éste no es, ni por su concepto ni por su finalidad, lo que suele llamarse un drama histórico. Su acción corre dentro de una grande empresa histórica y es a la vez un hecho histórico por sí misma en cuanto está constituida como elemento fundamental por la biografía del protagonista; pero, desde luego, en esa acción dramática el elemento biográfico ha sido combinado, trenzado, podría decir, con una intriga pasional que ninguna parte tuvo en la vida del héroe; y en lo que respecta al gran acontecimiento de historia a que esa vida estuvo vinculada, sólo actúa en el drama con sus valores de sugestión y expresión heroicas; es decir: con lo que en ella fué energía de inspiración y fuego de sentimiento épico, entusiasmo libertador identificado con victorioso afán de gloria,

que se consagraron al trascendental empeño de la libertad americana sintiéndolo ante todo como hazaña, sin calculada consideración de los intereses políticos y factores sociales a que ese gran movimiento respondía.

El pensamiento de la emancipación continental preside así la acción dramática propiamente dicha, y la impulsa en todo momento vibrando en el ánimo de los personajes con dinámica repercusión de fuerza de epopeya; pero la idea, la finalidad, la obra histórica, no son en *El teniente coronel fray Luis Beltrán* la obra dramática, aunque todo eso esté en ella como elemento generador y como ley superior de su desenvolvimiento. El drama surge del hecho histórico concreto, pero no busca dar a ese hecho realidad escénica, que es lo que se propone o debe proponerse el drama histórico.

Esto último supone una composición teatral subordinada en su conjunto y en sus elementos, — asunto, acción, personajes, conceptos de lenguaje (podría decirse “texto”, para responder mejor a la idea de precisión),—subordinada, decía, a la verdad real del caso o suceso que lleva a la escena.

Este criterio histórico aplicado al teatro da una resultante muy conocida. La fusión de lo dramático imaginado en el molde estricto de lo sucedido conduce casi siempre al frustramiento del drama; el hecho categórico e inflexible impuesto por la historia reduce el aporte imaginativo y el elemento teatral a una tímida función de ornato.

Ese propósito de hacer teatro calcando la historia, está excluido de esta evocación dramática de una gran época que sólo se hace sentir mediante una acción combinada muy libremente con personajes libremente concebidos también dentro de su cuadro histórico propio.

La biografía de Beltrán es más que otra cosa una foja de servicios con algunas noticias muy sumarias sobre hechos o antecedentes de su vida extra-oficial. Me refiero a la publicada en *La Revista de Buenos Aires* por el doctor Vicente G. Quesada, y a la cual se refieren también el general Bartolomé Mitre en su *Historia de San Martín*, y don Eduardo de la Barra, en un opúsculo, *El teniente coronel fray Luis Beltrán*, cuyo título he adoptado. Este trabajo del escritor chileno es una atrayente ampliación literaria de la biografía del héroe franciscano, y fué en realidad lo que con su amable colorido novelesco me ins-

piró, casi en la infancia, la idea de un drama con Beltrán como protagonista.

Esa impersonalidad con que las biografías oficiales presentan al sujeto histórico me ha permitido concebir el personaje sin reatos de obligada sujeción a rasgos preestablecidos, forjándolo con desembarazo dentro de la amplia generalidad de sus líneas fundamentales e introduciéndolo con igual libertad en una ficción dramática en que su historia propia se concierta con elementos extraños a ella.

El mismo criterio de desembarazada adaptación de medios al fin propuesto: (realizar un bello drama heroico que fuera expresión escénica de la epopeya de la independencia americana), ha regido la elección y combinación de esos elementos concurrentes. La intriga pasional, que corre entrelazada con el drama del protagonista, es la novela que tejieron los amores de Necochea con la bella Pepa Morgado y que el prestigio de lo romancesco ha legado a la simpatía de la posteridad tal como los despliega don Vicente Fidel López en *La loca de la Guardia*. El complot que resuelve en el tercer acto con propicia catástrofe el conflicto sentimental de Arcainos y Clarisa, al mismo tiempo que hace crisis el drama de Beltrán, es una situación en que están teatralmente combinados el pronunciamiento revolucionario que estalló contra Bolívar en 1828 en Bogotá, y el levantamiento de los prisioneros españoles confinados en San Luis, en 1819. La acción teatral lleva todo esto a Trujillo, elaborando así libremente con elementos reales un episodio ficticio. Con igual libertad de composición están concebidas y desarrolladas las escenas que en el segundo acto rodean con movimiento de acción pseudo-histórica el episodio de la entrevista de Guayaquil.

LA LUZ FIJA

Pero esta libertad para componer escénicamente, así ejercitada como una facultad inherente a la condición y función del dramaturgo en virtud de ser requerida por la naturaleza propia de la obra de arte, no supone en manera alguna la facultad de falsear la historia en sus caracteres y hechos fundamentales y trascendentalmente significativos.

En cuanto a esto, *El teniente coronel fray Luis Beltrán* es una obra escrupulosamente histórica.

Detrás de la fábula escénica sopla el viento de la epopeya, van multitudes y banderas siguiendo el paso triunfal de la visión coronada de laureles que simboliza con gloriosa figura el destino de la América; pasa la historia. Y esto ha sido celosamente respetado con *lungo studio e grande amore*.

Los personajes que actúan en escena viven libremente la vida del drama combinado con su imaginaria actuación personal, pero sólo gozan de esa libertad en cuanto ella no atente contra la verdad íntima de la historia ni adultere los hechos y rasgos sustanciales del grande acontecimiento que los envuelve en su épico desarrollo, y cuyo espíritu, ambiente y caracteres deben hacer sentir al público, cumpliendo función de expresiones de época.

Lo que había de ocurrir después en Bogotá, combinado libérrimamente con lo que ocurriera antes en San Luis, aparece sucediendo en Trujillo cuando el motín es allí una situación necesaria del drama; pero no se inventa, falseando la íntima verdad histórica, un pronunciamiento de conspiradores contra Bolívar que, dentro de las circunstancias y del espíritu político de la época, no hubiera podido producirse.

Son imaginarios los personajes, supuestos los comentarios y el cuadro escénico que dan su ambiente y su repercusión teatral a la entrevista de los dos libertadores; los oficiales de Bolívar y los de San Martín manifiestan allí en cierto momento un celoso antagonismo oponiéndose las glorias y títulos de sus respectivos capitanes en un diálogo imaginario también. Pero no se inventa con esto lo que no pudo ser, lo que falsearía la situación histórica real por ser históricamente imposible; antes, al contrario, se traducen así rasgos efectivos que constituyeron un aspecto de esa situación.

Del mismo modo, lo que Bolívar habla no fué hablado así por él en la situación en que se le presenta, pero fácil es reconocer en lo que dice, sus ideas y expresiones dispersas en cartas, notas, proclamas y discursos.

Son ejemplos éstos que bastan para aclarar el concepto de armonización de la fidelidad histórica con la libertad del drama heroico cuando éste tiene en la historia su génesis y su ley superior de desenvolvimiento.

Pero dentro de esa faz de la obra artística, es del caso decir algo en particular sobre la figura de Bolívar que aparece en el drama.

II

EL DRAMA EN LA HISTORIA

BOLÍVAR

No es ya este personaje uno de aquellos elementos de acción dramática que pueden ser concebidos y modelados con la soltura con que se forjan los caracteres que, como el de Beltrán, están sólo indicados en la historia con líneas muy generales. Forzoso es presentar a Bolívar tal como fué.

Pero a la vez, su gran figura no ofrece el inconveniente de aquellas que, como la de San Martín, aparecen ante su pueblo estilizadas con un neto contorno estatuario que niega toda flexibilidad, y con cierto valor abstracto de símbolo histórico-nacional que, además de suscitar con solo la presencia del personaje el vulgar aplauso patriotesco, excluye todo calor humano imposibilitando la acción y la expresión dramáticas.

En Bolívar, la gran función histórica, la genialidad heroica y la consagración de la gloria no han sustituido el prócer sagrado al hombre, porque su vida no fué la página de bronce que se labra sólo con inscripciones memorables destinadas a la posteridad; fué esa vida un magnífico y cálido y animado cuadro de fuerza humana desplegándose suntuosamente con todas las energías del genio turbulento, apasionado, vibrante: una entusiasta embriaguez de ambición, de lucha, de victoria, ennoblecida por la fe de los altos destinos, por el afán de inmortalidad, por el idealismo de la hazaña, y al fin redimida de sus enturbiamientos sensuales por la trágica amargura de las grandes decepciones y por la severa dignidad del dolor.

Esta personalidad puede ser llevada al teatro sin que sea necesario infundirle carácter dramático; lo tiene de por sí. Hubo en esa vida mucho de gloriosa teatralidad y en el fastuoso héroe mucho de gran actor que aseguran la firmeza de

los rasgos históricos contra la vulgaridad de la ficción histriónica.

Pero en el drama de fray Luis Beltrán no tienen función la personalidad completa de Bolívar ni su vida de libertador y jefe de los pueblos. Es el Bolívar encendido en ardor de vehemencia tropical, en cuya alma soplaban, a la par de los anchurosos vientos de una soberana ambición, cortantes rachas de voluntarioso autoritarismo, el que actúa y se define con esas características por imposición del proceso dramático necesario.

Esa grandiosa, aunque no igualmente generosa ambición de Bolívar, se sobrepone en la entrevista de Guayaquil al ideal político de San Martín, y al separarse para siempre los dos héroes, el último deja con rara nobleza en manos de su gran rival la espada de América. Este es el momento en que se decide el destino de fray Luis Beltrán. Será Bolívar quien corone la inmortal empresa de la libertad del continente con los laureles de la batalla final. El es quien continúa en sus últimas etapas la marcha iniciada por los guerreros del sur al pie de los Andes argentinos; y los soldados de San Martín, fieles a su consagración libertadora, siguen con él la ruta de su gran misión. Pero el destino de Beltrán va a quebrarse en Bolívar. El Libertador, irritable y violento, lo hiere de muerte en un apóstrofe que azota al abnegado fraile con una alusión de sospechosa negligencia ante una imposibilidad del leal esfuerzo.

Un día Bolívar, — dice la biografía escrita por Quesada, — a cuyas órdenes estaba Beltrán, quiso visitar personalmente el parque y maestranza, en el que encontró mil tercerolas y fusiles, entre otras armas. El dictador dió a Beltrán la orden de limpiar ese armamento, componerlo, aceitarlo y encajonarlo, fijándole el término perentorio de tres días, pues aquellas armas eran indispensables para las operaciones del ejército.

A pesar del incesante trabajo de Beltrán, a pesar de su infatigable constancia, ocho días después no estaba terminada la tarea. Los brazos eran escasos, la maestranza tenía pocos obreros, y era necesario recorrer todas aquellas armas para que fuesen útiles para combatir. Todo faltaba; a todo suplía Beltrán, menos al tiempo...

Cuando se presentó al parque nuevamente el dictador, viendo que su orden no estaba cumplida, mandó llamar a Beltrán. Allí, en presencia de los obreros y de los jefes que lo

acompañaban, no sólo reconvino con tono altanero y despótico a Beltrán, sino que lo amenazó con hacerlo fusilar”.

Ante esta humillante injusticia, el pundonoroso patriota que había forjado en sus incansables fraguas los rayos con que los soldados de San Martín fulminaron el poderío español en la gran cruzada continental, decidió morir; frustrado su suicidio, se dislocó su mente en la locura; curó, al fin, del acceso; renació a la lucidez; pero, para siempre vencido moralmente, rehizo triste y oscuro el camino de las pasadas glorias y vino a morir olvidado en Buenos Aires.

Es, pues, agente inmediato de la catástrofe dramática un estallido iracundo de Bolívar; pero lo que en ese arrebató hiere de muerte a Beltrán es el ultraje que fulgura con la idea de traición en el inflamado espíritu del dictador; y ese ultraje, tratándose de oficial tan meritorio y de tan probada lealtad a la causa patriota como el teniente coronel franciscano, se explica por el ánimo poco confiado y no muy propicio del libertador del norte hacia los combatientes que había forjado a fuego de gloria el libertador del sur, y que rendían, naturalmente, íntimo culto de adhesión a este gran rival histórico del héroe colombiano.

El acto en que se desarrolla la entrevista de Guayaquil presenta en situación escénica este antagonismo como antecedente necesario de la crisis que fulmina al protagonista.

LOS DOS SOLES

La rivalidad de Bolívar y San Martín, acentuada en el primero por la vehemencia ambiciosa del temperamento, es tan humana, que resulta imposible no sentirla como consecuencia inevitable de la situación de ambos héroes; y tanto más lógica cuanto más se sintieran ambos respectivamente equivalentes en fuerza de personalidad, capacidad histórica y títulos al respeto recíproco.

El uno y el otro, actuando en un mismo plano como genios militares y políticos, con un mismo objetivo de ambición superior y comunes atributos de prestigio y éxito, se encuentran al fin en el punto en que las líneas hasta entonces paralelas, de

sus destinos, convergen y chocan exigiendo como resultante de esta oposición de fuerzas la preeminencia de uno de ellos.

Es imposible imaginarse tal situación sin inherente rivalidad, y la documentación del encuentro la acusa en ambos caudillos por lo menos como una refracción discordante.

Bolívar en su carta a Sucre, publicada en las Memorias de O'Leary, revela un ánimo despectivo: "...el pueblo del Perú lo veía como a su libertador — dice de San Martín; — él, por otra parte, había sido afortunado, y usted sabe que las ilusiones que presta la fortuna valen a veces más que el mismo mérito".

San Martín, a su vez, dice en sus cartas al capitán Lafond: "A primera vista, su persona (la de Bolívar) no predisponía en su favor. Parecía estar poseído de mucho orgullo, lo que contrastaba con su costumbre de no mirar jamás de frente a la persona con quien hablaba a menos que no fuese muy inferior a él. Pude observar su falta de franqueza en las conferencias que celebré con él en Guayaquil". "El tono con que hablaba a sus generales era extremadamente altanero y anti-pático".

Los efectos del sentir personal, del amor propio y de la emulación fueron todavía reforzados en este caso por los hechos políticos. Bolívar se había anticipado sin consideración alguna a resolver por hecho de su voluntad la cuestión de Guayaquil, que San Martín, según notorias declaraciones, se prometía decidir diplomáticamente en la conferencia. El pabellón guayaquileño fué arriado y sustituido por el de Colombia, quedando extinguida la soberanía del Guayaquil independiente, y Bolívar afirmó ante San Martín el hecho consumado invitándole a estrecharse las manos en aquel suelo de Colombia".

Al desembarcar el Protector en Guayaquil se encontró así con que el Libertador lo había "ganado de mano", según su propia expresión. De aquí que al decir de O'Leary, se notara "cierto desagrado en su semblante durante su corta estancia en Guayaquil".

El entusiasta amor a la gloria y al poder fué en el espíritu del Libertador característica dominante que su vida toda evidencia y proclama, y en aquel momento en que se decide, con la suerte de América, la consagración de su destino, está en una radiante culminación de su existencia. Tiene treinta y nue-

ve años; sus últimas etapas han sido magníficas marchas triunfales; se presenta ante su famoso rival literalmente coronado de fúlgidos laureles; es la victoriosa personificación de una gran patria americana forjada por su mente y por su espada; es el árbitro, por el poderío y el genio, del destino de América; "no hay poder humano que pueda oponerse a Colombia", según las palabras de la intimación al gobierno de Guayaquil, y su genio y su estrella le aseguran la apoteosis en el último campo de batalla ofrecido por ese Perú donde acaba la ruta gloriosa de su rival, privado de elementos para conquistar el triunfo definitivo. Se conoce a sí mismo y sabe que ni la acción conjunta con San Martín ni su jefatura sobre éste, que noblemente se le propone, son posibles, dadas la entidad, el prestigio y el carácter del libertador argentino. Resuelve, pues, terminantemente el conflicto, y empuña la espada que San Martín depone ante su ambición.

Es esta la realidad histórica que traducen el comentario y la situación escénica en el drama.

LAS NUBES

Este antagonismo histórico de los dos grandes hombres, definido por su conjunción en aquella hora memorable, se refleja naturalmente en sus respectivos compatriotas y adictos de ambos ejércitos, acentuándose con más elemento de pasión.

La admiración y el espíritu de cuerpo contraponen las dos figuras en términos antitéticos.

El general Espejo trasmite esta impresión del desembarque de Bolívar en Guayaquil:

"Nosotros, que anhelábamos estudiar al hombre extraordinario que por primera vez teníamos tan cerca, no desperdiciábamos ocasión alguna para compararle con nuestro general. Ostentaba sus entorchados con profusión que contrastaba con la espartana sencillez de San Martín. El aspecto de Bolívar era poco simpático; generalmente bajaba la vista y tenía un ceño que le diferenciaba en mucho de la atractiva popularidad de San Martín".

O'Leary, tan profundamente identificado con Bolívar, siente así a los dos héroes:

“Difícil sería hallar dos caracteres más opuestos que los de Bolívar y San Martín. Franco, ingenuo, ardiente en sus amistades y generoso con sus enemigos era Bolívar; San Martín, frío, disimulado, e incapaz de perdonar las injurias o de hacer un beneficio que no redundase en su provecho”.

Como la guerra de Colombia había ya terminado. — dice el mismo O’Leary refiriéndose a la presencia del Protector en Guayaquil, — San Martín venía a pedir auxilio al Libertador para dar cima a la del Perú. Este era, en apariencia, el objeto ostensible de su visita. Sin embargo, se susurró entonces que las miras del Protector eran menos amistosas y sinceras, y que creyendo él llegar a Guayaquil al mismo tiempo que la división de Santa Cruz, y mientras el Libertador estuviese ocupado en Quito, daría aliento con su presencia al partido peruano y quizá lograría la anexión de la provincia al Perú”.

La chismografía histórica, las confidencias epistolares y las crónicas ofrecen abundante caudal de datos sobre la prevención con que respectivamente se miraban y trataban argentinos y colombianos, y sobre todo, de las actitudes agresivas o poco simpáticas con que trataba Bolívar a los primeros. Pero de todo eso, sólo han tenido acceso al drama dos anécdotas: la muy conocida y tan típica del coronel Rojas interpelado por Bolívar en uno de los banquetes de Guayaquil, y la de Lavalle en el de Quito, cuando contestó al brindis en que el Libertador manifestó su esperanza de pasear el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino; pues la verdad de este proyecto de Bolívar, al cual Lavalle y sin duda los demás argentinos creían del caso atribuir una intención deprimente, aparece comprobada en la carta de Bolívar a Anzoátegui, a quien ya en 1819 decía: “Después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos a libertar a Quito; y ¡quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas, y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas!”

También es O’Leary el que en sus Memorias suministra esta comprobación documental, y deliberadamente uso casi con exclusividad esta fuente de comprobaciones, porque esas *Memorias* del ayudante de Bolívar, tan adicto y tan leal a su jefe, son consideradas como el evangelio boliviano.

EL RAYO

Hablando del coronel Briceño Méndez dice O'Leary: "Como ministro de la guerra mostró talento y aplicación y dejó a todos satisfechos. Sus maneras suaves y modestas hacían gran contraste con el genio variable e irascible del Libertador".

Su aspecto (el de éste), cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado; el cambio era increíble".

Esta irascibilidad no sólo no respetaba a los jefes y oficiales, sino que parecía exacerbarse en el trato con ellos. Ya hemos visto que en su carta a Lafond, San Martín señala la antipática altanería con que el Libertador trataba a sus generales, y agrega todavía: "Entre los individuos de tropa Bolívar era muy popular porque les permitía más libertades que las que prescribía la ordenanza; en cambio, no sucedía lo propio con los jefes y oficiales, a quienes trataba con un modo vejatorio".

El mismo O'Leary, tan fervorosamente adicto y tan fiel a Bolívar, fué víctima de la iracundia del general al regresar de su misión a Colombia, sincera y lealmente desempeñada. "En La-Plata, dice, encontré al Libertador, quien me recibió mal y desaprobó el modo cómo yo había desempeñado mi comisión. Uno de sus edecanes trató de consolarme diciéndome que no era culpa mía, sino del malhumor del Libertador, que había, como Idomeneo, hecho el voto de sacrificar al primero que encontrase". "Con motivo de este disgusto no acompañé al Libertador a Venezuela".

"Trujillo, desde la llegada del Libertador (es siempre O'Leary quien habla) presentaba el aspecto de un inmenso arsenal. Todas las cosas necesarias para el ejército se construían bajo la inspección inmediata del Libertador, que infundía actividad con el ejemplo, y cuando éste no bastaba, recurría a las amenazas y hasta al castigo".

Este fué el caso con Beltrán; sólo que, aparte el espíritu y la forma vejatoria del apóstrofe de Bolívar en este incidente, la gravedad y condición del castigo con que amenazó, — el fusilamiento, — implicaban, tratándose de un teniente coronel, el concepto de un delito mucho más grave que la falta de diligencia; ello revelaba, sino quizá la sospecha efectiva, sin duda el propósito de atribuir a lenidad desleal la falta de cumplimiento

a la orden de preparar las armas que iban a esgrimirse contra el peligroso enemigo.

Crejera o no crejera Bolívar realmente en una negligencia y en una desobediencia intencionada, el hecho es que hizo sentir con singular desconsideración al jefe argentino el rigor de la imputación que, por otra parte, hasta cierto punto podría explicarse por la desconfianza natural que le inspiraban, en general los militares argentinos, más íntimamente vinculados a San Martín que a él, a su persona; de temperamento nueno suniso o más libremente desenvuelto que el de los oficiales que él había formado; hijos de un país que había seguido una política que contrastaba sus tendencias de genio avasallador, y, reconocámoslo, un tanto afectados en su concepto militar por la entonces reciente traición del Callao, entregado a los españoles por los soldados de la guarnición argentina.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Julio de 1919.

ZURRON

A D. Francisco Chella.

Zurrón, burdo sayal, tosca sandalia,
bordón florido, va por el sendero,
entrelazando rimas, un romero
buscador de la fuente de Castalia.

Agil la pierna, cual membrudo el brazo,
flexible el torso, la acbeza erguida;
lleva del cinto un hacha suspendida,
con lema heróico: "Para abrirse paso".

Corre pór las praderas esmeraldas,
cogiendo flores, al azar, sin tino,
para hacerse coronas y guirnaldas
con que realzar su paso en el camino.

Se refleja en la linfa transparente;
bebe en la palma de la mano; grita;
mientras le va llenando una infinita
voluntad de vivir omnipotente.

Y él que sabe por miles las canciones,
y urde romances de imperfecta rima,
todo el sendero en magnas eclosiones
engalanado, con su voz anima:

EL ROMERO

Santa Protectora de los caminantes
preserva mis pasos de la tentación,
pues te dí en custodia, rendidos y humeantes
todos los deseos de mi corazón.

Guarda con tus ojos, que son dos estrellas,
Guarda con tus dedos, diez cuentas de luz,
a los caminantes, que siguen las huellas,
las plantas llagadas, cargando la cruz.

Santa Protectora
de los peregrinos,
haz que en los caminos
florezca la aurora
su carmen de luz.

Y otra, y otra canción, desprevenido.
al sol flotantes los dorados rizos,
dichoso de admirar en cada nido
el bullir de revuelos primerizos;

con el zurrón cargado de ilusiones,
que es en su espalda mágico tesoro,
mientras responde el eco a sus canciones
con un lejano y fascinante coro:

CORO

Tú que vas a la muerte, paso a paso
sin exprimir el zumo de la vida,
acércate, yo escanciaré en tu vaso
del divino licor... ¡Bebe y olvida!

LA GULA

Prueba la carne de la roja poma
que la gula en el pecho humano atiza;
¿no es dulce su sabor, grato su aroma?
¿Cómo te sabe, di?

EL ROMERO

Sabe a ceniza...

LA SOBERBIA

Ponte de oro la túnica, y el manto
de púrpura y armiño viste; luego
enguirnalda tu frente con acanto...

EL ROMERO

¡Me quema las espaldas vivo fuego!

LA AVARICIA

¿Quieres grandes arcones llenos de oro,
y la intensa fruición no superada
de acariciar, ingente, tu tesoro?

EL ROMERO

No podremos llevar nada a la nada...

LA ENVIDIA

De ver los otros culminar me inflamo;
el ver los otros ascender me escuece:
el torpe triunfa, el necio se engrandece...
¿nada respondes, caminante?

EL ROMERO

¡Amo!

LA IRA

Ven a engrosar la fila en mi cortejo,
crispado el puño, pronto a la rencilla,
lívido el rostro, fiero el entrecejo...

EL ROMERO

Aquí tienes, Señor, la otra mejilla

LA PEREZA

La vida nada importa. Está dispuesto
por la Suprema Inteligencia todo;
reposa en mí con descuidado modo...

EL ROMERO

El hacha, por favor. ¿dónde la he puesto?

NOSOTROS

LA LUJURIA

Ven conmigo, mortal: bebe mis besos,
cúbreme toda entera como un manto,
y encenderán las brasas de mi encanto
la médula vibrante de tus huesos.

Muerde mis senos de manzana: hunde
tu mano trémula en mi cabellera;
succiona; y en mi sangre ardiente funde
tu deseo viril, de tal manera
que al rendirme a tus ímpetus, esclava
en el momento del placer convulso,
el cuerpo exhausto, fatigado el pulso,
desborden en mi ser ríos de lava...

.

Y al reanudar la marcha, cara al viento,
triturando en los dientes una queja,
el zurrón en la espalda circunfleja
le pesaba como un remordimiento...

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

LUCIO STELLA

I

Pequeño, musculoso y fuerte; la piel morena; el rostro delataba su temperamento irreflexivo, enérgico y vehemente, con líneas acentuadamente indígenas: pómulos, labios, ojos, la hirsuta cabellera y el bigote ralo; la mirada inquieta, recelosa y vivaz; la cabeza siempre arrogante; la pupila perdida a veces en vagas lejanías misteriosas; desgarrado en el andar y con un desaliño extraordinario en el vestir... tal era, en su aspecto físico, aquel talento preclaro, maravilloso cincelador literario, romántico forjador de aventuras imposibles y aventurero él, torturado por un desequilibrio fatal entre el "ser" y la "razón de ser"...

Vivió perennemente bajo la obsesión de un triunfo precoz, inmediato, inaudito, sin disciplinas previas ni sacrificios, y esa ambición insensata hizo de su breve existencia un largo y cruento sacrificio.

Desplegó actividades en forma tan variada, tan múltiple, tan extraordinaria, que su enunciación exigiría la más pintoresca y extraña sarta profesional.

Surgido casi adolescente de la cultísima ciudad mediterránea donde naciera, cruzó por Buenos Aires como astro errante, sembrando una estela de admiración y afectos; fatalmente envenenado por loco afán de peregrinar a la ventura, ignorado, sin recursos, vivió una odisea desconcertante a través de varios países e hizo estremecer, en angustiosas inquietudes, los corazones de toda la juventud intelectual y estudiosa de su tiempo.

Córdoba era una ciudad pequeña, socialmente virtuosa, cuyo espíritu ultramontano, resguardado en la heredad de una tradición cómoda y sosegada, resistía sin mucho esfuerzo las tendencias nuevas que inquietudes juveniles agitaban.

Apenas lograron conmoverlo y dar pie al comentario sin trascendencia los gestos y palabras con que un Leopoldo Lugo-



MARTÍN DE GOYCOECHEA MENÉNDEZ
(LUCIO STELLA)

nes, un Ricardo Caballero y algunos otros, pretendieron, en aquella época, derribar falsos ídolos, despertar conciencias e iluminar senderos. Sus actitudes gallardas resultaban simples escarceos inofensivos.

Una tarde memorable, congregóse en el teatro Rivera Indarte la asamblea que sancionó ruidosamente la fundación del Ateneo. Núcleo valioso, descollante en la política, la cátedra y las artes, prestigió la idea; y, a poco que sus componentes hubiesen sabido demostrar que merecían el concepto de "liberales"

con que los motejaba el sentimiento religioso de la población, —ahogando, de paso, el egoísmo y la envidia que se desarrolla entre los elementos dirigentes de toda institución mal disciplinada,—ese Ateneo pudo y debió ser el vértice de una constelación formada por las provincias hermanas, que de allí recibirían calor y ejemplo.

No es oportuno analizar el desenvolvimiento efímero de aquella tentativa. Cabe, sí, recordar las proporciones inusitadas que alcanzó la recepción de Rubén Darío: pareceme escuchar aún la palabra cálida, vibrante y musical de Carlos Romagosa, y la voz emocionada del aeda que desgranó su salutación a fray Mamerto Esquiú ante el esplendor de la sala en aquella noche inolvidable.

Al retirarnos de la asamblea, nos encontramos Lucio Stella y yo. Hacía unas semanas que, a mis instancias por conocer el autor de unos ensayos que publicaba *La Libertad*, fuimos presentados por Julio Rodríguez. Esa presentación me había producido íntimo fastidio por la descortés indiferencia y el gesto olímpico con que reparó en mí, estrechándome la mano, displicente, como quien está habituado a recibir homenajes merecidos: o exageraba su valer o disminuía mi personalidad. Mi criterio juvenil no justificaba tanta petulancia en otro muchacho que, como yo, se iniciaba quizás con más fortuna, pero no con más recursos. Era reporter de *La Patria*, diario oficioso del gobierno, y en él solía exponer, bajo el anónimo de la redacción, sus laudatorias vehementes e interesadas.

Sonriendo afectuoso me tendió la mano, a tiempo que esbozaba un elogio trivial de mi elegancia *bon marché*, y como llevábamos la misma dirección, nos acompañamos ensayando, uno y otro, frases jocundas, como si ambos pretendiéramos medir las varas de ingenio que atesoraba el compañero. Yo me confesaba derrotado a cada instante, por que aquel muchacho era un maestro de expresiones gráficas e incisivas, y en su vocabulario pintoresco danzaban, como repique de cascabeles, los dichos y ocurrencias más despampanantes que imaginarse pueda.

En el correr de los años, evocando este recuerdo, he podido confirmar la sabiduría del Destino cuando une al azar con poderosos vínculos, en el matrimonio o en la amistad, dos seres de temperamentos antagónicos, como si quisiera compensar las deficiencias de uno con el excedente de cualidades de otro:

el equilibrio de los contrastes, dice la razón humana, incapaz de comprender el oculto designio de la ciencia Suprema.

Anduvimos largo rato por la "calle ancha", hasta la casa habitada por el doctor Pedro C. Molina, maestro de periodistas probos, cuya firmeza de convicciones y virtudes preclaras tienen tan altos merecimientos. Entramos a visitarlo y, con deferencia gentilísima, nos escuchó y nos habló por espacio de una hora.

Continuamos nuestro camino, en dirección a la plaza General Paz, en cuyas inmediaciones vivía mi acompañante. Se insinuaba el crepúsculo, y era grande el desfile de coches por la hermosa Avenida: damas y señores, niñas y jóvenes, todos saludaban sonrientes y afectuosos a Lucio Stella, pues tenía éste, por su familia, espectables vinculaciones en aquella sociedad, amén de la simpatía que inspiraba personalmente por la verba extraordinaria con que exhibía su talento indiscutible.

No parecía fatigarse ni de hablar ni de oírme; aceptó mi invitación a comer en un restorán modesto, y a los postres, como obedeciendo a un formulismo respetuoso, me insinuó su deseo de que iniciáramos el juego del "tí-te-tú", con lo cual, desde aquel mismo día, proscribimos en nuestro trato el "usted" y todo otro ceremonial que no fuese fiel expresión de fraternidad camaradería.

Y fuimos a mi casa.

III

Mi casa, en esa época, era un humildísimo cuarto en perfecta concordancia con el exíguo arrendamiento que me cobraba el sacristán de uno de los muchos conventos de la ciudad claustral.

La patrona, fornida y guapa morena cuarentona, sin hijos, prodigaba sus afanes a ciento y un tiestos floridos que adornaban el patio y alegraban el paisaje, encuadrado desde mi alcoba por el marco de la puerta cuya cornisa era alta de un metro y medio...

En ese laboratorio, mi fantasía y mi ingenuidad preparaban, a través de retortas y alambiques ideológicos, las más extrañas concepciones. Y en las noches de luna, por mis poé-

ticas ficciones, el patio aquel bien valía el jardín de las Hespérides.

Lucio Stella me visitaba indefectiblemente todas las noches, no sé si halagado por mi cordial acogida o seducido por valores morales entrevistos o por secreto placer de huir a los mediocres y adulones que le acechaban y atosigaban a toda hora.

A veces, se me aparecía gran señor, entre tenues gasas azulinas arrancadas en succiones laboriosas al estupendo habano, y haciendo sonar con estrépito un gran bastón en las baldosas del pavimento. Tenía esa flaqueza. Podía estar exhausta de billetes la cartera, el traje raído y el calzado sucio; con su bastón y un puro, él se sentía feliz de toda felicidad, en tal forma que el mundo a su lado era un enjambre de coleópteros.

En tales ocasiones, denunciaba su aspecto alguna entrevista con personaje prominente en la casa de Gobierno, donde hay siempre un buen cigarro para los periodistas correligionarios que están en el secreto.

Nuestro roce cotidiano pulió todas las asperezas de antagonismos que ofrecían nuestros temperamentos. Con idéntico afán y con sincera emulación bogábamos el mismo bajel de lirismos y utopías; aunque él llevaba una ventaja enorme, pues era *del oficio* y no había encontrado, como yo, piedras en el sendero.

El diablillo vagabundo que danzaba en su organismo, hacía repiquetear las castañuelas de un viaje a Buenos Aires, atrayéndolo en una formidable sugestión. No le preocupaban, ni pensó jamás en los medios o los recursos indispensables para residir en la gran ciudad. Quería salir del ambiente en que actuaba, y su alma aventurera reducía a sus ojos el valer de aquella sociedad y hasta el calor de los afectos familiares.

—Antes de un año, estaré allí, triunfador... me dijo una noche con gesto solemne.

IV

Paúl Groussac envió una carta a Lucio Stella; una carta que era una consagración, con todas las prerrogativas inheren-

tes a quien había logrado arrancar un aplauso tan vibrante a la exigente parquedad del maestro. Este decía:

“Señor Lucio Stella: — Haciendo honor a la sinceridad e independencia de la crítica, no suelo nunca observar sus ataques ni agradecer sus elogios. Pero me saca de mis hábitos al artículo publicado por usted en *La Libertad* del 30 de enero. Es doblemente excepcional por el talento que revela y el cariño que respira. De la notoriedad, grande o pequeña, que trae el trabajo literario, la más preciosa manifestación, la única realmente grata, es, sin duda, la conciencia de despertar simpatías ignoradas — mayormente cuando el amigo desconocido alza una voz tan vibrante y sonora como la de usted. Amo la juventud, y joven ha de ser usted para derramar así las exuberancias de su entusiasmo artístico. De sus elogios excesivos no acepto sino la menor parte, pero es la más valiosa y significativa, la que me muestra elocuentemente que no es del todo estéril mi propaganda. De entre las filas juveniles que así aplauden, saldrán los que hayan de sucedernos para completar la buena obra comenzada en la tierra argentina. Con un gran gesto de simpatía, a la distancia y al tanteo, le envío a usted la expresión de mi agradecimiento. — *P. Groussac.*”

Esa carta, abierta por los compañeros—que al conocer la procedencia estampada en el sobre, no pudieron resistir la seducción de la travesura,—fué publicada en *La Libertad* antes de ser entregada a Lucio Stella. ¡Imagínese las transiciones espirituales—estupor, asombro, vanidad, orgullo,—experimentadas en esos minutos al ojear, como todos los días, el diario aquel, y tropezar con el insospechado y extraordinario homenaje! Esa tarde y esa noche, fué su andar más airoso que de ordinario, el gran bastón se contoneaba evidenciando la importancia de su dueño, y éste se fumó seis puros obsequiados por gente de pro.

Pero,—es hora de decirlo—la buena intención del señor Groussac tuvo consecuencias imprevistas. Esa carta fué un chispazo que enardeció las impacencias del destinatario. Más que una voz alentadora, fué la vibración de un clarín que auguraba triunfos e incitaba a la rebeldía; había que huir del mezquino ambiente provinciano—tan provechoso para el desarrollo de los talentos privilegiados por la austera disciplina a que obliga el medio — e ir en pos de la embriagante atmósfera metropolitana donde las sugerencias sibaritas del placer restan energías al estudio, especialmente en los años juveniles, cuando es tan fácil la derrota o la claudicación.

Armado caballero literato por el pontífice Groussac, Lucio Stella creyóse a cubierto de todos los fracasos. A la sombra augusta del maestro, todas las puertas se le abrían, y hasta sentía ya el calor del abrazo con que iban a exteriorizar el re-

gocijo de su aparición todos los cultores del Arte de la gran colmena suramericana...

Y si no tomó rumbo inmediato hacia la Meca de sus ambiciones, fué por cumplir su conscripción, para la cual su gran amigo el doctor Figueroa Alcorta, entonces Gobernador de Córdoba, le hizo extender los despachos de Teniente en el arma de Infantería.

V

Terminado el breve período del servicio militar, que en aquella época se reducía a sesenta u ochenta días de baqueteo, compiló rápidamente sus ensayos en un volúmen, al cual tituló *Los Primeros*, y anduvo a la pesca de mil subterfugios para vencer la obstinada negativa de parientes y amigos a realizar su anhelado viaje.

Yo escribí algo, saludando calurosamente la aparición de ese libro, y por fortuna guardo aún la hoja que recibí en respuesta. Transcribo esa página porque conserva todavía el prestigio de aquellas horas juveniles, como una flor marchita impregnada de añoranzas:

"Emilio: — Un beso sobre tu frente pálida de poeta gemebundo, una frase que refleje un raudal desatado en armonías gigantescas desde las alturas de la inspiración, y una sencilla flor de mis juveniles ensueños, debiera ser el galardón a tu elogio; ya que no puedo enviarte esa flor ni esas armonías, ahí va el beso que sonará a tus oídos como melodías del alma. — Tu hermano, *Lucio Stella*."

Por esos días, el azar reintegróme a la casa paterna en Buenos Aires, y no es necesario expresar cuánto influyó mi salida de Córdoba para que Lucio Stella me siguiera.

Un mes después, recibí una tarjeta postal cuyo texto decía:

"Querido Emilio: — Estoy. Palabra cumplida. Florida y Cuyo, 8 de la noche. — *Lucio Stella*."

¡Qué trasunto de vanidad satisfecha en tan pocas palabras! ¡Qué arrobamientos ideológicos, qué cúmulo de sensaciones, mezcla extraña de inquietud, estupor, desasosiego, confianza, angustia, alegría y miedo, agitaron sus nervios esa mañana, ante el esplendor de la gran ciudad, al deslizar sus primeros pasos por las calles populosas, entre los enormes edificios y las plazas llenas de gentes desconocidas que no reparaban en el joven forastero provinciano, cuyo arrogante aspecto y vulgar indu-

mentaria escondía una chispa genial en el cerebro y una carta de Groussac en los bolsillos!...

Tras el ruidoso y cordial abrazo que, a la hora indicada, presenciaron los paseantes avizores apostados en la esquina estratégica, discurrimos largamente por regiones de utopía y ensueño. Su única visita del día había sido para el Director de la Biblioteca Nacional, y las frases en que me relató la entrevista me permitieron comprender cuánto más grato le hubiese sido no efectuarla, para conservar, así, incontaminado, el entusiasmo de la víspera. Su fe en las virtudes de la carta mágica había decrecido enormemente, y una desorientación conturbadora agitaba en secreto sus abstracciones mentales.

Al separarnos, lo invité, y me prometió ir a mi casa al siguiente día. Pero no cumplió su promesa, y pasé un mes sin verlo ni obtener dato alguno de su paradero.

VI

Solía yo pasar algunas horas diarias en una librería de viejo, muy modesta, que existía en las inmediaciones del Parque. El propietario, Don Antonio, me conocía desde niño, y en más de una ocasión mi juventud tuvo en él consejero eficaz y amigo probado.

Una tarde, interrumpió nuestra conversación la presencia de un muchacho, pobrenmente vestido, que ni era parroquiano ni revelaba ser hombre de letras. Echó sobre el mostrador unos libros, ofreciéndolos en venta: eran tres ejemplares de *Los Primeros*.

Sorprendido, alarmado, lleno de ansiedad, pregunté al muchacho:

—¿De dónde has sacado esos libros?

—Me los ha entregado un hombre para que los venda, me respondió.

—Pero, cuándo, dónde?

—Ahora, hace un momento; él está aquí en la plaza...

Don Antonio, que, a fuerza de oírme, tenía por Lucio Stolla mucho afecto aun sin conocerlo personalmente, interrogó a su vez:

—Pero ¿no sabes quién es; si será el autor?

—Yo creo que sí.—contestó el chico, sin entender bien la pregunta.

—Pues vamos allá,—resolví. Y en un instante salvamos el corto trecho hasta la plaza Lavalle.

Esta plaza era un refugio de vagos, en aquella época. No la rodeaban, como hoy, magníficos palacios, ni presentaban sus jardines la seducción de umbrío y amable solaz. Una extraña inquietud conmovía el corazón al cruzar por las noches entre sus arboledas, a cuyo amparo deliberaban juntas tenebrosas y dormían los réprobos sobre bancos o malezas, a la intemperie.

—Allí está;—me dijo el muchacho de los libros, a veinte pasos del enorme ceibo que ostenta aún su admirable corpulencia.

Efectivamente: sentado junto al tronco, estaba Lucio Stella, barbudo, con enorme y "poblada" cabellera, sucio, descamisado, el cuello envuelto en un trapo negro, saco y pantalón de tinte indefinido, y calzado con alpargatas de lona.

—¡Qué malo eres!—le dije al estrecharle la mano, (sin atreverme a abrazarle por secreta e instintiva repugnancia de contaminación insecticida) y él guardó silencio, doblemente ahogado por mi reproche y por las lágrimas que asomaron a sus ojos.

Su emoción no era inferior a la mía. Ambos comprendimos la trascendencia de aquel encuentro... Un designio más poderoso que el azar, unía nuevamente nuestras rutas, quizás para que yo contrarrestara la influencia de atavismos dolorosos.

Ahorrrando explicaciones inútiles y peposas, lo llevé a casa, pasando antes por la librería, donde el buen amigo Don Antonio brindó gentilmente su cuarto de baño, jabón y ropas limpias; el peluquero hizo lo demás y Lucio Stella quedó transfigurado.

Enterada de lo que ocurría, su familia le mandó pasaje para que retornara al hogar. Desde allí, enviéme esta carta:

"Mi querido Emilio: — Ya no siento aquellos mágicos estremecimientos de estómago que fueron mi característica antes de entrar a tu bueno y hospitalario hogar. Hoy me baño (un colmo), fumo de hoja (otro colmo), y tuve el placer de saber que me habían puesto reemplazante en *La Patria* (este es el más grande y sorprendente de los colmos). Pero, en cambio, S. E. el señor Gobernador de la Provincia me da un hermoso puesto con un sueldo aun más hermoso. Llegué, después de un día de calor horrible, matador. ¡Pero llegué! He aquí el hijo pródigo que llamó a su hogar y fué recibido con mieles y dulcísimos cariños. La bíblica tradición tiene aún sus herederos. En los in-

"censarios aun se quema la mirra de las sorprendentes ilusiones. Por hoy no te escribo más. Sé bueno. Y trabaja para la gloria de tu casa. Y recibe un beso en la frente, de tu hermano. — *Lucio Stella*"

VII

¡Cuán pronto olvidaría las angustias pasadas! ¡Con qué poder mágico lo seducía y lo llamaba la bohemia, la ventura, la vida zozobranante, el abismo de los días sin pan, sin techo y sin amor!

Por que—y todavía no se ha dicho—este muchacho, triunfador, conquistador de todos los prestigios que puede ambicionar un talento privilegiado, cruzó por la vida sin saborear un romance sentimental.

Tan impregnado, tan poseído estaba de su misión artística, que su pecho no tuvo—o él no le dejó tener—una vibración para rimar el eterno poema del alma femenina. Cruzaba fugazmente por salones y tertulias, admirando bellezas que le inspiraban dulces madrigales sin conmoverle el corazón.

—¡Qué linda es!—decía de alguna, e inmediatamente se refugiaba en el castillo de sus ideaciones maravillosas, donde el mundo entero se diluía en notas y colores, en flores y armonías para embellecer y loar su futura grandeza omnipotente. Su soberbia ingénita daba contornos estupendos al pedestal en que imaginaba erguirse alguna vez...

Apenas duró dos meses aquel sosiego, con halagos maternos, con amistades poderosas, con bienestar económico, ese cordel tendido por afectuosos vínculos que, a poco de suavizar las tenaces rebeldías del temperamento inquietante, pudo servirle de magnífico trampolín para un salto asombroso.

Volvió a Buenos Aires, y recomenzó su prosaica y efímera odisea. No tenía residencia fija; siempre al azar. Huía de mí porque mi palabra llamaba constantemente a su reflexión y "no quería" conmoverse. Carecía de recursos para comer, para no dormir a la intemperie, para fumar, para moverse en la ciudad enorme, pero nunca, entiéndase bien, jamás le ví un gesto mendicante, una actitud que pudiera ser molesta para el interlocutor ni humillante para él. Cuando el hambre arreciaba, acudía en hora oportuna para obligar a la invitación, o requería de su ingenio una frase jocunda, o mentía estar muy

satisfecho por haber salvado mil penurias relatadas en forma amena, pintoresca, chispeante, que bien compensaba el valor del cubierto con el placer de escucharle.

En varias ocasiones, me visitó de mañana, muy temprano, todo limpio, reflejando en la pupila una satisfacción de envidiable bienestar. Le invitaba a desayunarse, y respondía:

—Acepto, si adivinas de donde vengo...—y me refería algún episodio novelesco e inverosímil, o me mostraba, simplemente, la ficha del asilo nocturno donde, por unos cobres—bienhabidos de los “canillitas” en el mísero juego de “cara o cruz”—había alcanzado la gloria de pasar una noche en contacto con la hampa, cosechando observaciones acerca de la vida y costumbres de tipos extravagantes, holgazanes y vencidos.

VIII

Esa vida de holganza, sin otros deberes que la caprichosa voluntad y sin más reproches que los de la conciencia acomodaticia, le hizo mentiroso.

Dedicó gran parte de su ingenio a la urdimbre pintoresca de sucesos fantásticos en que le tocaba ser actor; y poco a poco, esas historias adquirieron tal volúmen que sombreaban su talento literario.

Fué a Montevideo, entre un contingente de uruguayos llamados a las filas para sostener una de las más sangrientas revoluciones del país hermano. Posiblemente fué soldado y asistió a alguna batalla; pero cabe ponerlo en duda porque desde la vecina orilla llegaron a algunos diarios noticias de que había sido herido y hasta se anunció su presunta muerte; todo falso, como pudo a poco comprobarse con su regreso, sin una sola cicatriz, aunque él afirmara una actuación honrosa, llegando a hacerme depositario de un botón de “su” chaquetilla, en el cual “una bala, al pasar, estampó un beso privándole del otro beso, el de la muerte, glorioso en el campo de batalla”...

Su familia, azorada en afán angustioso de verle, de comprobar que vivía aún, gestionó y consiguió un nuevo retorno al hogar. Pero, cuando pasaba por Rosario renunció a seguir, y se cobijó en casa de unos parientes. Y los efectos de una epistolar admonición paterna, recibida allí palpitan en esta curiosa carta:

“Emilio: — Lucio Stella ha muerto intelectualmente. Su pluma acaba de romperse en mil pedazos. Ya de la estrella no queda sino la materia vil, fría e inerte. La maldición apocalíptica ha caído sobre su frente; el dolmen hase tumbado hecho astillas al ser herido por el rayo; el peñasco deja ver su entraña calcinada por el fuego de los cielos. Un blanco sudario cubre todo el horizonte; oigo los cánticos funerarios que entonan sobre el ataúd y aspiro ya el perfume de las flores deshojadas sobre mi cadáver. Parece que ya sintiera sobre mi pecho la palada de tierra que cae aplastadora sobre la materia, con toda la pujanza que vibra sobre el granito del Evangelio. El beso de Luzbel ha ennegrecido mi espíritu, y mi eternidad no será arrullada por el ritmo de los cánticos de vírgenes angélicas. Lucio Stella ha muerto, para su familia, para sus amigos y para las letras.—Q. F. P. D. — ¡Oremus! — *Lucio Stella.*”

Respondí a esta esquila, ampulosa y vana, con una carta llena de juiciosas reflexiones y consejos; pero quizás ni inesperienza no supo darles forma eficaz para convencer al destinatario, pues éste replicóme de modo tan chacotón, tan despampanante, tan “suyo”, que no resisto a la tentación de reproducir esa página; y el buen criterio del lector atenuará los contornos grotescos con que fué caricaturada mi buena intención juvenil:

“Emilio: — Hoy recibí tu carta de melodrama, tu epístola de Don Basilio, tu misiva cuco! Anoche, sobre las tablas del Olimpo, vi la representación de *La Mascota*, y garántote que las gracias de S. E. el Príncipe Lorenzo XVII no me han hecho reír tanto como esas líneas que tienen no sé qué secreta concordancia con las de las novelas por entregas de Fernández y González. Sin embargo, a pesar del matiz de agudo sentimentalismo que adorna las cinco carillas de tu carta, no puedo dejar de reconocer, ni por un momento, el gran valor literario de su forma. ¡Qué estilo, chico! Diríase que ella ha sido trazada después de un ideal connubio con una musa hermafrodita! Allí has derramado toda la hermosura armoniosa de tu plectro. Si yo fuera Lucila, creería, al leerla, que era toda ella un melancólico arrullo de Endimión. Mas, ya que, desgraciadamente, no tengo castas formas de Venus griega, y como tengo perdida el alma, y como el corazón sólo sirve para ser el motor que da energía al sistema arterial, juzgo la carta con el cerebro y me la guardo como una curiosidad epistolar, digna de figurar como epitafio sobre el sepulcro de alguna esqueletosa virgen romántica fallecida de flato o consunción. Termino. Gracias por tus conceptos y tus sentimientos; y emplazándote para el porvenir, verás qué vale más: si un inmenso corazón o un andrajo de cerebro. ¡Adiós, romántico! — *Lucio Stella.*”

Fuí, pocos días después, a Rosario, y mi palabra resultó eficaz. Volvió a la casa paterna, y nuevamente chispearon sus escritos en las columnas de *La Patria*. Juicioso, trabajó un par de meses y abordó el teatro. He aquí unas líneas reveladoras de su temperamento o, si se quiere, expresión categórica del daño que produce el aplauso sin medida otorgado, sobre todo a sujetos en quienes finca muy alto el concepto del propio valer:

"Mi querido Emilio: — ¡Te escribo vencedor! Libré anoche en el *"Progreso* una batalla con mi *Cuento Pompadour*, y triunfé. Fui Alejandro, o Anibal, o César. El laurel cayó sobre mí entre la seda de la bandera de la patria. Bésote en la frente. — *Lucio Stella.*"

Es interesante en esas líneas la sinceridad que reflejan. Destinadas al amigo más íntimo, iba en ellas, sin mira de efectismos, una profunda convicción. Y embriagado por el triunfo casero, familiar, tornó a la conquista utópica de Buenos Aires, que esta vez le preparaba nuevas e insospechadas aventuras.

IX

En ese ir y venir desesperado, febricitante, al margen de toda disciplina laboriosa, adaptándose a las más atroces situaciones que le brindara cada aurora, cruzando las sombrías encrucijadas de la abyección y el vicio, era difícil salir indemne, aún cuando él se vanagloriaba con Díaz Mirón:

Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan: mi plumaje es de esos...

Si bien yo presumía, por conversaciones incidentales, la gestación de un plan que cambiaría aquel estado de cosas, aquella forma de vivir, no llegué a sospechar lo que sucedió: episodio ingrato del que fué víctima aquel buen amigo Don Antonio, el librero gentil a quien debía mucho cariño y gratitud.

Desapareció nuevamente, dejándome estas líneas:

"Emilio: — Cuando te anuncié mi propósito de hacer lo que hice, en frases que tú no comprendiste, estaba ya resuelto al mal o al bien. Mi destino es la cloaca; pues a ella me arrimo, hasta que me mate la fetidez o escriba, muriendo, una página de gloria. A Don Antonio le pedirás, en mi nombre, lo que la Magdalena le pedía al Cristo, y tú recibe un beso en la frente, de los labios marchitos del hermano rebelde. — *Lucio Stella.* — Periódicamente, y sin saber en donde estoy, recibirás noticias mías."

Las primeras noticias que recibí me las proporcionó un agente viajero de comercio que lo vió en el mercado de la ciudad de Tres Arroyos "expendiendo naranjas en un puesto de frutas", una mañana en que cruzaba por allí. Un mes después, recibí esta esquela, cuya procedencia descubrí en el timbre postal; venía de Bahía Blanca:

"Mi querido Emilio: — Salud buena. Esperanzas de regeneración, muchas. — Trabajo. A Don Antonio, lo que levanta y sublima; a ti, una roja flor del corazón. Tu hermano rebelde, *Lucio Stella.*"

Sin expresarle mi sentimiento de repulsión por la fechoría que cometiera, le contesté, interesado en demostrarle que había descubierto su paradero. Quizás esto contrarió sus planes, pues inopinadamente, inmediatamente, me endilgó esta sabrosa misiva:

“Mi querido Emilio: — Una sola carta tuya he recibido. Ello quiere significar que me olvidas. Mejor. Gracias. Hace tiempo que lo deseaba. Me quieres demasiado. Yo te he tenido y te tengo un cariño que tú no has alcanzado a comprender (más grande es un águila que una montaña porque asciende más alto). Tu aconsejado silencio no me hiera ni me incomoda. Me produce una sonrisa... y nada más. Ya llegará el día en que, sin llamarte, me buscarás. Hasta ese instante guarda tu pluma. Y si te enojas, toma una lección de paciencia en los anales de los místicos martirios, o enójate. Si acaso esto sucede, lee a Rousseau que te aconsejará o a Sumay que te narcotizará. Es la última vez que me ocupo de ti, y aunque esto no envuelva un desprecio, ni mucho menos, te envío un gran encogimiento de hombros. — *Lucio Stella*”.

En el correr vertiginoso de aquellos días juveniles, no era posible ahondar el análisis para establecer qué designio misterioso o qué dosis de cinismo encerraba esa página. Alivié el escozor que me produjo encogiéndome de hombros a mi vez, mientras el raciocinio me insinuaba la sospecha de que no duraría mucho tiempo el artero propósito de alejar mi amistad.

Ocho días después, un chico mandadero me entregó en casa una esquila suya anunciándome que me esperaba “en la esquina”. Llegué al lugar de la cita desierta; sólo un recluta de línea bien plantado, de espaldas a mí. Ocurrióseme que, arrepentido de su actitud se habría marchado, pero de pronto el milico aquel giró sobre los talones y me estrechó en sus brazos. Era el mismo Lucio Stella que respondía a mi estupor con una de sus amplias y sonoras carcajadas.

—Eres un loco—le dije.

—Y tú, un coleóptero—replicó vivaz.

—Pero ¿qué haces... aquí... con ese uniforme?...

—Soy soldado... ya lo ves...

—Pero ¿qué te propones?

—Ahora, como siempre, ir al azar, al margen de todos los convencionalismos ridículos. Tú eres un pobre gato, incapaz de concebir nada grande; por eso te alarma mi manera de vivir. No alcanzas a comprender la grandeza de mi obra. No hay satisfacción más intensa que ejercitar el talento en la observación de lo que nos rodea por el camino de lo imprevisto: hoy, entre los oropeles y la magnificencia de las mansiones po-

derosas; mañana, en la cloaca social, entre los miserables, los envilecidos, los fracasados...

—Pero,—le interrumpí—en el cuartel no vas a encontrar esos tipos...

—Sí, los hay,—replicó—aunque al engancharme yo no lo sospechaba... Me metí porque este regimiento se trasladaba a Buenos Aires, y quise venirme yo también “ganándome unos pesos y sin pagar pasaje”...

Luego me relató una serie de hechos delictuosos, costumbres extravagantes, aberraciones instintivas de algunos sujetos; y si bien es incalculable el extremo de vileza a que la perversión humana puede llegar, así es difícil, también, establecer qué porción fantástica vertía su facundia pasmosa en la truculenta narración.

Fuí a verle, en circunstancias que hacía guardia de centinela, fusil al hombro, en el gran portalón de entrada al cuartel, en Palermo. Cuando fué relevado se nos permitió charlar largamente. A ratos pasaban ante nosotros algunos milicos, e iba él señalándome algunos “casos” de los que me refiriera la víspera, exhibiéndome los sujetos como confirmación decisiva del relato.

X

La poderosa influencia de amistades conterráneas lo restituyó muy pronto a la vida civil.

Refugiado nuevamente bajo el hogar paterno, en la quietud amable de la ciudad nativa envuelta en la caricia de sus panoramas serranos y sus balsámicos vergeles, bajo el encanto arrobador de una primavera propicia a evocaciones arcaicas, escribió las páginas hermosísimas de sus *Poemas Helénicos* que representan el más gallardo exponente de su talento, la obra que define acabadamente su personalidad para proyectarla en el futuro.

No es necesario extremar el elogio ni insistir en los méritos del pequeño libro, pero no estará mal reproducir la carta emocionante que el ilustre autor de *Aphrodite*, le dirigió:

“Querido señor: — Vuestros *Poemas helénicos* me han encantado. “Miro con placer en esa bella América esta florida resurrección del “arte helénico que pregonáis con vuestro libro. Porque hay flores en

"él, desde Orfeo hasta Safo y desde Safo hasta Narciso. Me decid que habéis intentado acercaros a mí en esa obra, y me enorgullezco de ello. Yo soy vuestro hermano en la comunión de los hijos del Arte. Mi pan es vuestro pan, mi vino es vuestro vino. Al daros la mano, os doy todo mi afecto. Hacéis sonar vuestro gallardo idioma magistralmente. De Venus decid los espasmos; de Narciso su cántiga noblemente egoísta; de Apolodoro la armonía roja del colorido; de Orfeo la égloga de palmeras y ruiseñores; de Fidias la tragedia del genio; de Tirteo el canto viril de la batalla; de Ifigenia la caída de las hojas del loto; de Safo la vibración triunfal de la cadera. Generalmente, no aplaudo ni hiero. He querido ser crítico de mí mismo y artista para los demás. Pero ¿quién no lanza un grito de admiración al descubrir un ignorado bajorrelieve que se presenta en la expresión de toda una hermosura? Y el que os habla, es a la vez el artista y el crítico. Os envío *Biblyso* y *Aphrodite*. Queréd aceptarlos como acepto yo vuestra ofrenda al proclamaros vencedor en la originalidad de vuestro bello talento. Recibid el afecto de vuestro hermano en la "Poesías. — *Pierre Louys*. — Calle D'Angoulême. 1142".

Nuevamente volvió a dar tumbos en Buenos Aires; pero esta vez—ya por haber alcanzado un concepto más cabal de la vida de relación, o por una feliz transacción de su temperamento, o por simple interés de oportunismo—pasó una breve temporada cultivando el trato amistoso de los escritores que, en ese tiempo, destacaban su personalidad con prestigios más o menos acentuados.

Concurría asiduamente al "cenáculo" (que distaba mucho de ser cofradía) constituido en la redacción de *El Mercurio de América*, la interesante revista que dirigía Eugenio Díaz Romero. Todos, o casi todos, los miembros de *La Sirhynga* observaban con curiosidad al forastero lugareño y desgarbado cuyo talento e ingenio rara vez exhibían sus brillantes facetas. En aquel ambiente, donde florecían ampulosas muchas vanidades, bien o mal disimuladas, el "cordobés" se replegaba en un silencio astuto y avizor que le permitía tamizar los valores morales de los contertulios. Y era todo un espectáculo oírle luego desfogarse en pintoresca verba para satirizar a mansalva las flaquezas, la bambolla, la necedad, la farolería de algunos tipos. Más tarde, llegó a escribir, atenuando por cierto la crudeza del lenguaje, algunas páginas, mordaces caricaturas donde los perfiles grotescos reflejan el apasionamiento tendencioso del autor.

De todos aquellos escritores que formaban el lírico escudrón escolta de las Musas, en cuyas filas estaban Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Eugenio Díaz Romero, José Pardo, Ricardo James Freyre, los Berisso, Darío Herrera, José Ingenieros, Carlos Baires, Manuel María Oliver, Luis Doello Jurado,

Alejandro Ghigliani, Antonio Monteavaro, José León Pagano, Américo Llanos, José Ojeda, y algunos otros menos asiduos,— muy pocos resultaron indemnes de su chispeante vapuleo, y su soberbia demoníaca empujaba el talento de todos para destacar enorme su propia figura.

Varios le protegieron; y así vale recordar a Luis Berisso que tuvo para él su mano pródiga y su mesa tendida en todo momento. Cada vez que salía del comedor hospitalario, reventaba de vanidosa satisfacción refiriendo detalles de la suntuosa morada cuyo ambiente realzaba los manjares suculentos, los vinos de cepa y los licores exóticos que allí se prodigaban. Pero su probidad artística establecía un desnivel enorme entre el anfitrión y el literato...

Invitado por el doctor Baires, pronunció una conferencia en el Ateneo, abordando por asunto *La Odisea*, donde su talento halló brillante motivo para poner en evidencia la copiosa erudición adquirida en la rica biblioteca de Carlos Romagosa. Y es lástima que el vaivén de su azorosa vida haya extraviado esas páginas con que podrían deleitarse las nuevas generaciones estudiosas.

No resisto a la tentación de referir un episodio a que dió lugar esa conferencia: una de las muchas travesuras de que fueron víctimas algunos amigos a quienes él consideraba obligados a brindarle afecto, admiración y "apoyo". Para presentarse ante el público del Ateneo, necesitaba ropa decente, y entre varios compañeros lo trajearon. Todos éramos pobres, y el de más espectral posición económica (estudiante universitario a quien no me atrevo a nombrar) se aventuró a prestarle uno de los dos sobretodos que poseía.

Como pasara algún tiempo sin que le fuera restituído el abrigo, su dueño me pidió, en mérito a mi mayor intimidad, que reclamase en buena forma la devolución. Lucio Stella limitóse a enviarle, por correo, la correspondiente papeleta de empeño, sin una sola línea que excusara la incorrecta maniobra. El otro, creyendo darle una lección, le mandó, también por correo, un ejemplar del *Manual de urbanidad* por Carreño; y he aquí ahora, en unas líneas que recibí, perfectamente delineado el temperamento levantisco del firmante:

"...A Fulano le dirás, como cosa tuya o como cosa mía, que después de recibir el ideal libro que se ha dignado enviarme, he sacado en consecuencia que, tanto física como intelectualmente, pertenece a la

"numerosa familia de los protozoarios. ¿Qué se habrá figurado ese "bebé para andar propalando todo género de especies contra mi persona? Cuando un "Fulano de Tal y Alcachofa" valga lo que vale un "Lucio Stella; cuando deje de ser un niño de teta y le saquen la papalina, y le quiten el babero y no le zurren las nalgas; cuando germine "siquiera una idea en su cerebro de cambalache; cuando deje de ser "átomo, entonces, sólo entonces, deberá atreverse a medir estaturas, "desde sobre las cuales puede muy bien caerse y estrellarse su crisma "de melón ambulante. — *Lucio Stella.*"

XI

No imagine el lector que ese contacto con aquella tertulia intelectual, ni las tareas literarias que esas vinculaciones le imponían, pudieron distraer su obsesión aventurera.

En todo ser humano hay dos voluntades con tendencias antagónicas. Son dos fuerzas que disciplinan constantemente el carácter: una arrastra hacia la abstracciones y lirismos ideológicos, y otra sujeta todos los entusiasmos al espigón de convencionalismos y sanciones que rigen la conservación de la especie. El perfecto equilibrio de ambas tendencias produce tipos normales, mayoría abrumadora en que descansa la sociedad. Los otros, los que van al margen de toda organización, de todo orden, porque en cada choque de las voluntades innatas hay un desequilibrio entre el "ser" y la "razón de ser", esos, no pueden reflexionar serenamente sobre las ventajas de un sometimiento, pues los intereses que podrían usufructuar con un cambio de actitud, para ellos representan una claudicación de su propia fe.

Para Lucio Stella, como para cualquier otro individuo sometido a las leyes de la propia conservación, era muy grato el apoyo amistoso, la mesa, el halago, el dinero, compartidos fraternalmente con los que, merced a felices aptitudes, pudieran hacerle partícipe de su bienestar. Pero, esos favores eran, según él lógico tributo que todos los hombres deben pagar al que sufre, al que les va alumbrando el camino con los chispazos geniales del talento. Y no cabía reprocharle sus extravagancias: estas surgían del criterio con que encaraba su "misión" artística, cuya fuerza avasalladora se sobreponía a todos los convencionalismos egoístas.

Así, un día, le sedujo el vaivén de las olas; su fantasía lo agitó en afanes de cruzar océanos, capear temporales, gozar plenilunios en mares tersos y lejanos, ser pirata, palpar sensacio-

nes de abordaje, zafarrancho y degüello, relatar inauditos naufragios y macabras escenas de cautiverio a merced de tribus antropófagas, . . . y, bajo la fiebre de la inmortalidad conquistada con una obra maestra de desconcertantes aventuras, se enganchó marinero en un buque de guerra.

Lo alistaron de servicio a bordo del monitor *Vanguardia*, y muy pronto pudo comprobar que la aventura representaba un cruento y doble sacrificio, físico y moral, sin compensaciones, pues los oficiales de mar tenían de la disciplina un concepto mucho más rígido que los camaradas del cuartel, y no se preocuparon de los méritos intelectuales que guardaba atesorados el extraordinario grumete.

Por otra parte, fracasaron sus propósitos, pues la nave no salió del puerto. Aprovechaba las horas de licencia en visitas y tertulias literarias, trocando en casa, previamente, el uniforme por su traje civil. Un día, descuidó presentarse a bordo en la hora reglamentaria y, creyendo zafarse de la pena leve en que había incurrido, irreflexivo como siempre, sin medir ulterioridades, fué desertor. Intervino la justicia militar, y, tras una solapada excursión por Santa Fe, Paraná y otros rincones, el tráfuga rebelde cayó prisionero; lo encerraron en la corbeta *La Argentina*, y más tarde fué pasado al pontón *La Paz*, donde agasajaba a sus visitantes, pocos por cierto, cómodamente instalado.

Por ahí anda, impreso, el hábil y luminoso informe médico legal del doctor Veyga demostrando la irresponsabilidad del delincuente. Merced a ese informe y otras poderosas influencias que intercedieron en favor suyo, recuperó la libertad.

Como en todos los grandes afectos, en el nuestro se interpuso, por esos días, alguna información "amistosa", y él, receloso y suspicaz—en grado sumo después de las incidencias torturantes del proceso,—cortó la fraternal camaradería que nos ligaba, sospechándome enemigo, o sabe Dios por qué. . .

Nunca más volvimos a vernos.

XII

Libre nuevamente, y tras algunas correrías miserables, se detuvo en Asunción, donde fué "curandero" y redactor de *Los Sucesos*.

Es fama allí que dió salud a muchos infelices, y Federico A. Gutiérrez—que residió algunos años después en la capital paraguaya—pudo recoger informaciones precisas acerca de la veneración con que se le recuerda entre las gentes humildes.

No dejó menor prestigio en el periodismo, pero la cosecha de aquel año fué *Guaraníes*, publicada al regresar a Buenos Aires por el diario *El País* que había abierto un concurso literario y discernido un premio a ese trabajo.

Perdido otra vez en la gran metrópoli, vivió días amargos que le inyectaron misantropía y neurastenia. Ingenieros,—eminentemente psicólogo—un poco por simpatía y algo por observar el bello caso clínico, lo halagó con todo su afecto y apoyo cordial; infiltró un poco de optimismo en el espíritu del atormentado vagabundo y enardeció los afanes latentes de aventuras extraordinarias. Se entendieron muy bien, y el noble protector tuvo la fortuna de ser su último amigo y confidente.

Nuevamente en Asunción, ¿cómo llegó a ser Jefe de Sanidad con un servicio de médicos “auténticos” a sus órdenes? ¿Cómo obtuvo del Gobierno paraguayo una credencial de “doctor”, delegado a un Congreso de Higiene que por ese tiempo se reunía en París? No lo sé. Ingenieros, a la sazón en la capital francesa, tuvo oportunidad de comprobar la documentación auténtica, y que estaba, además, munido de muchos miles de francos y de un vestuario en que figuraban por duplicado el frac y el sombrero de copa: un desquite formidable de la miseria de otros días...

Consecuente con su temperamento, fué pródigo y fastuoso. Por Niza, Mónaco y Montecarlo gozó la embriaguez de su boato gloriosamente efímero. Desde Amberes envióme un saludo afectuoso en una simple tarjeta postal; y sabe Dios por qué surgió en su mente mi recuerdo a tal distancia y tras tan largo tiempo!

¿Entre qué fangales habrá arrastrado su cimera luminosa y su florido estandarte; dando tumbos en la desolación de ese ambular desesperado, lejos de todo apoyo, de todo afecto, de la mano fraternal que reconforta y del cerebro juicioso que guía!

¿Qué andanzas, qué dolores, qué hambres habrá padecido! Después, a México...

Y ante la conjetura de su muerte, sin comprobación real aún, por simple sospecha tras los muchos años corridos sin ver-

le, sin oírlo y sin tener noticias suyas, cabe preguntar si la derrota y el hastío no lo impulsaron a un silencio irrevocable... , sí, trocada la mágica pluma por un trabuco de bandolero, no vivirá todavía en alguna selva mexicana...

Pero, si en verdad ya no existe entre los vivos, los que le conocimos podemos afirmar que su lirismo extraordinario habrá palpitado en él, sin claudicaciones, hasta el postrer suspiro.

Y aun digo más: posiblemente su afán por escribir una página imperecedera le habrá arrastrado al sacrificio de la vida (a los veintinueve años) seguro, "convencido" de una resurrección inmediata para poder relatarnos luego, en su estilo pomposo, vibrante y musical, las sensaciones conturbadoras de la agonía, las cosas y los paisajes estupendos de ultratumba.

EMILIO M. BARRIOLA.

Del epistolario de Edgardo Poe y de sus amores

My letters... speak for themselves.
(Mis cartas... hablan por sí mismas).

EDGAR POE.

Is it not something in this cold, dreary world *to be loved*? Oh, if I could but burn into your spirit the deep — the *true* meaning which I attach to those three syllables underlined! but, alas! the effort is all in vain and "I live and die unheard".

¿No es algo en este frío y triste mundo *el ser amado*? Oh! si supiera tan sólo encender en su espíritu el profundo, el *verdadero* sentido que doy a estas tres palabras subrayadas! Pero ¡ay! todo el esfuerzo es en vano y "vivo y muero sin ser escuchado".

EDGAR POE.

I

Es opinión muy generalizada que los epistolarios de los grandes hombres dañan a veces más que contribuyen a su fama. Ello se debe a que en sus obras refulgen en la grandeza del genio, mientras que en su correspondencia se muestran con las debilidades y pequeñeces de hombres, tales y como son, en toda su integridad sentimental y moral, despojados de todo artificio literario. De ahí que Stendhal llame al epistolario: "la historia del alma del escritor". Yo he dicho una vez: "la biografía es historia y las cartas son el espíritu de la historia". Pueden ser asimismo un complemento o rectificación de ella.

Lombroso llama al epistolario de Foscolo "el más bello monumento de su alma grande". Del epistolario del abate Fernando Galiani dice Víctor Pica: "La figura del sutil abate fluye de él completa y seductora". Y Jerónimo Weis del de Leopardi

di: "Puede decirse que es casi su biografía viva y palpitante". Zola observa a propósito de la correspondencia de Balzac: "Se ve al gran hombre de bata, sin la corona de laurel ni la prosopopeya oficial". Se ve tal y cual es. Refiriéndose a las primeras cartas, escritas a su hermana Laura, observa: "Todo Balzac estaba ya en esas cartas de la juventud". "Entre las pocas cartas de Enrique Federico Aniel que han sido publicadas — observa Roberto F. Giusti en su interesante ensayo sobre su *Diario íntimo* — son fundamentales para aclarar su biografía moral las que escribió a su amigo el profesor Julio Vüy. En esas pocas páginas de la despreocupada juventud, ya está Aniel de alma entera". Antonio Messeri ha escrito sobre *Un carteggio inedito* de Josué Carducci lo siguiente: "Su alma se vuelca entera, en una casi ternura de aflicción, en estas cartas que descubren el lado menos conocido, quizá, de su corazón, que, a un mismo tiempo, fué de león y de niño".

Jorge Sand ha dicho acerca de las cartas de Mauricio de Guerin: "Cartas confidenciales, íntimas y sublimes revelaciones a su amigo más querido; son una monodía no menos conmovedora y no menos bella que los más bellos poemas psicológicos destinados y entregados a la publicidad. Para mí ellas tienen un carácter más sagrado todavía, porque es el secreto de una tristeza ingenua, sin oropeles, sin espectadores y sin arte; hay allí una poesía natural, una grandeza instintiva, una elevación de estilo y de ideas a las cuales no se alcanza por las obras escritas teniendo en cuenta al público y retocadas en las pruebas de imprenta".

En el prólogo puesto a la traducción "de una selección del *Epistolario completo* de Federico Nietzsche, hecha de manera que siguiendo año por año la vida del filósofo, desde su salida del colegio de Pfosta hasta pocos días antes del ataque cerebral que destruyó su inteligencia, viene a constituir una verdadera autobiografía del *padre de Zarathrusta*, como Nietzsche se llama a sí mismo en una de sus cartas", el traductor Luis López Ballesteros y De Torres, considera: "Todo epistolario de un pensador tiene siempre el enorme interés de hacernos conocer su personalidad *humana*, muy distinta a veces de la que él nos ha mostrado en sus libros y presentárnoslo como hombre o siguiendo el giro emersoniano como carácter. En nadie es tan apasionante como en Nietzsche este elemento puramente huma-

no, y nada más difícil, se ha dicho, que llegar a él a través de sus obras, llenas de contradicciones”.

La dama que se oculta bajo el pseudónimo de Sebastián Albin, traductora de la correspondencia de Betina Brentano con Goethe, en el prefacio del primero de los dos volúmenes observa que en ella “se hace conocer toda entera” la joven escritora. de modo que “nos permite y nos obliga a hablar de ella tan a nuestro gusto y con tanta osadía”.

Dice Sainte Beuve que “Madama la madre del Regente” habría podido poner a la cabeza de sus cartas (traducidas por Brunet del alemán al francés) este epígrafe: “Soy muy franca y muy natural y digo todo lo que tengo dentro”. El mismo autor ha escrito: “La memoria de la amiga de D’Alembert, mademoiselle de Lespinasse, no habría dejado de sí más que una idea un poco vaga y bien pronto lejana, si la publicación de dos volúmenes de cartas de ella que se hizo en 1809, no hubiese venido a revelarla bajo un aspecto enteramente diverso y a mostrarla no como la persona amable y querida por la sociedad, sino como la mujer de corazón y de pasión, la víctima abrasadora y devorada”.

Dos veces “abrasadora” por su pasión ardiente y por su fiebre de consunción, y dos veces “devorada” por el desengaño y por la muerte.

Nencioni califica las cartas de Julia Lespinasse al pisaverde del coronel Guilbert, de “tragedia de un alma”.

El ejemplo más sugestivo y más edificante que me sea conocido a propósito de cartas de mujeres que descubran una personalidad distinta de la públicamente conocida, aun cuando no pertenezcan a la categoría de los pensadores, lo proporciona el carteo de la Du Barry. La mujer vana, frívola, caprichosa, siempre alegre y consagrada tan sólo al lujo, al boato, a las joyas y al cambio de trajes, se revela en él enteramente distinta. En las cartas que le escribiera a lord Seymour, la mujerzuela fácil, la favorita... del primer llegado, que llegó a ser “la famosa favorita del rey”, se demuestra capaz del amor sentimental, noblemente delicado y gentil. Se ha aseverado que si esas cartas no estuviesen autenticadas por la letra, la ortografía característicamente equivocada y la bien conocida firma, se dirían apócrifas. No, pues. Otras cartas confirman con el elocuente lenguaje del corazón que esa criatura predestinada a la

guillotina, nutría en lo íntimo nobles y generosos sentimientos. Y precisamente cuando ese fatal instrumento era afilado para segar bellas cabezas víctimas del terror, incluso la suya, ella, sin cuidarse del grave y amenazante peligro, escribió a María Antonieta, caída del trono, ofreciéndole cuanto poseía, sin exceptuar su delicioso palacete.

"*Lucienne est à vous, Madame*". Ante la solemne majestad de la desventura olvidó que su majestad la reina, tan pronto como ascendiera al trono, se había demostrado despreciativa enemiga de ella y la había hecho perseguir.

De las *Letters of love*, de las "cartas de amor", esto es: del amante, Elisabet Barrett (más tarde de Browning), vinculada por recíproca sincera estimación y admiración entusiasta a Edgardo Poe, que le dedicó a ella — a la autora de *The Drama of exile* — sus poesías, dice: "Hojas muertas, mudas...! y sin embargo... parecen vivir y palpitar en mis manos temblorosas". Las cartas, en verdad, nunca están muertas ni mudas; en ellas palpa y revive siempre el corazón de quien las haya escrito. Y esto puede decirse de todas las cartas, y particularmente de las de Edgardo Poe, "porque Poe — como lo observa Ingram — lo mismo que Byron, Burns y los bardos hermanos, estaba siempre pronto a descubrir los secretos de lo íntimo de su corazón, hasta (escribiendo) al más extraño".

La señora Sara Elena Whitman, con quien el poeta mantuvo apasionada y nutrida correspondencia, es de opinión que las cartas de él "lo habilitan a uno para comprender, como ningún otro escrito suyo podría hacerlo, los elementos singulares y perplejos de su naturaleza: la intensa superstición, el perseguidor temor del infortunio, el tierno amor lleno de remordimientos, la profética imaginación — ya altiva y exultante, ya melancólica y azarosa — la susceptibilidad vehemente para culpar, la afligida e indignada protesta contra el injusto reproche" (1).

N. P. Willis escribe: "cuando estaba en sí mismo y como nosotros lo habíamos conocido, su modestia y humildad natural, acerca de sus propios merecimientos, agregaba un encanto a su carácter. Sus cartas revelan esta cualidad muy notablemente".

Acerca del epistolario de Poe y a su respecto, que Harrison ha podido reunir con diligente cuidado y sumo amor, luchan-

do con insuperables dificultades y publicándolo como complemento e ilustración de su biografía, considera el mismo compilador en la Introducción: "Un volumen de correspondencia, siempre interesante cuando se relaciona con un autor, es de peculiar interés en el caso de Poe. Instilaba por tal modo su personalidad en todo cuanto escribía, que ningún crítico ignora que el hombre mismo está en sus obras. De ahí que la publicación del presente volumen no necesite explicaciones para ser justificada. Tiene por propósito completar la biografía (*it is intended to supplement the biography*), pues arroja una luz muy clara sobre la vida interior del hombre".

Es de deplorar — lo que no dice Harrison — que de sus cartas, sobremanera numerosísimas, que podrían tal vez llenar más de un grueso volumen, han quedado relativamente pocas. Todas las que les escribiera a los cónyuges Allan han desaparecido, sin duda por obra de quien estaba interesado en destruir todo documento que pudiera atestiguar el indelicado proceder de Allan mismo para con su hijastro, y al mismo tiempo para suprimir el más sincero y fuerte testimonio de afecto de éste hacia él y más aún para con la madre adoptiva, tiernamente amada. A la falta de dichas cartas se debe el misterio que envuelve la vida escolar de Poe, deplorada por Ingram.

Las cartas que escribió él desde la Universidad de Virginia a la señorita Sara Elmira Royster — su primer amor, comparado por él con el de Byron por María Chaworth — fueron interceptadas y destruidas por el padre de ella.

Excesivamente sensible, extraordinariamente apasionado y por eso mismo extremadamente expansivo, se sentía movido de continuo a desahogar la emoción exuberante de su corazón; escribiéndoles a las mujeres que amaba. Aquéllas a quienes más amó y a quienes más escribió, fueron: María Luisa Shew, Sara Elena Withman, "Annie" y Francisca Sargent Locke de Os-good. De la inmensa cantidad de cartas que escribiera a la primera de ellas, apenas se conservan cuatro, y de las que le dirigió a la segunda, nueve, reproducidas de Ingram por Harrison.

A propósito de la correspondencia con "Annie", aquél biógrafo ha escrito: "Con ella mantuvo una correspondencia lo más voluminosa y característica, en el último año de su vida llena de incidentes; pero como una parte muy considerable de ella

se refiere a personas que aún no han seguido al escritor al “valle cavernoso”, solo pueden ser transcriptos trozos separados”

Aun cuando después de entonces dichas personas han seguido al poeta, las cartas no han sido reintegradas, sin embargo; de modo que, de la voluminosa correspondencia sólo quedan nueve cartas de él a ella.

En el epistolario búscanse en vano las cartas, quien sabe cuan interesantes, dirigidas a la señora Osgood, que dijo a propósito de ellas que “sus cartas eran divinamente bellas”.

Con respecto a la correspondencia entre ambos circula una historia accidentada y un tanto misteriosa.

La señora Ellet, indiscreta y curiosa, y celosa — indiscreta como lo son algunas mujeres y curiosa y celosa como lo son casi todas — vió... por *casualidad*, en casa del Poeta, probablemente en ausencia de éste, una carta de la señora Osgood para él. Fingió estar escandalizada del contenido, pero la verdad es que había sido herida por los celos, y se propuso vengarse. Reunió a algunas amigas mogigatas, les refirió el hecho exagerándolo y las indujo a que se presentaran a la escritora para ponerla en autos de que sus cartas a Poe eran escandalosamente expuestas a la vista del público.

La pobre señora cayó en el lazo tendídole con refinada habilidad y en prueba de gratitud para con las diligentes amigas, les encomendó que se personaran al Poeta para exigirle la devolución de sus cartas. El Poeta, ofendido en su amor propio y en su dignidad de hombre, herido por el dolor de verse humillado a los ojos de la noble dama a quien amaba y estimaba altamente, excitado por la indignación contra la que él sabía que había sido autora del insidioso artificio, que se vengaba de él, de él que no había querido corresponder a su amor, furioso de toda furia dijo que la instigadora hubiera hecho mucho mejor yendo por sí misma en busca de sus cartas... Pero de pronto, arrepentido de haberse excedido de ese modo, hizo inmediatamente un paquete con ellas y él en persona las entregó en la puerta de la casa de la interesada. Esta negó el hecho, negó que Poe le hubiese restituido las cartas. El esposo y el hermano de ella, como es natural, intervinieron en el asunto con empeño y calor, y embistieron contra Poe.

Ingram y Lauvrière, los dos biógrafos de Poe que se propusieron hacer obra de reivindicación, uno siguiendo los hechos

genuinos racionalmente interpretados y el otro los hechos iluminados por la ciencia, citan la aseveración de la señora Ellet (2) dejando en suspenso y a cargo del lector la indagación inductiva de si verdaderamente dijo la verdad, lo cual importaría por lo menos en mengua de la fama de Poe la acusación de impostor y mentiroso. ¿Quién tenía interés en mentir? Por cierto no era él. ¿Qué interés podía moverlo a declarar que había restituido las cartas, cuando lo cierto es que esta acción era impuesta por la necesidad de remediar la inconveniencia cometida en un momento de furiosa excitación? Impulsivo, una vez cometido el error tentó inmediatamente ponerle remedio. "Nadie como él más solícito para reparar un daño", dice Graham. Por otra parte toda su vida es la negación abierta y franca de la impostura y la mentira. Y, por el contrario, aquella señora tenía todo interés en mentir. Si hubiese confesado haber recibido las cartas, a indicación del marido, naturalmente tendría que habérselas hecho leer. Pero si ellas eran, según parece, comprometedoras para ella, ¿cómo podía hacerlo así? Ergo: la necesidad impelente, urgente, la "necesidad necesaria", que dijera Poe, de negar.

Fácil es imaginar el escándalo, el chismerío y la algarabía que provocó en Nueva York ese incidente, del cual se apoderaron los enemigos de Poe para mofarse de él.

"Este más deplorable incidente de su vida — dice Ingram — ha sido representado con falsedad, exagerado y desfigurado de cien distintas maneras por enemigos y por torpes vendedores de escándalos al menudeo. La cándida naturaleza de la señora Osgood y el espíritu apasionado y altivo de Poe, hacían de ambos una fácil presa del engaño y de la fría duplicidad calculadora".

No sólo se debe a éste incidente la pérdida de las cartas de Poe a la señora Osgood, sino también la de las de él a la señora Ellet. Toda vez que se considere su natural inclinación hacia la mujer y cómo tenía ansia de ser amado, puede argüirse la importancia psicológica de aquellas cartas en las cuales rechazaba una mujer y el amor de ella.

Además de la correspondencia que mantuvo con las mujeres que he nombrado, la mantuvo también con la señora *Stella* (Ana Lewis) con quien estaba en íntimas relaciones y a quien, como tuviese el presentimiento de que pronto moriría, le en-

cargó que escribiese su biografía. Sólo se han publicado dos cartas de él a ella.

Entre los enemigos ocultos más perversos y más despiadados de Poe había un reverendo Rufus Witmond Griswold, su rival en literatura y en amor, y, por consecuencia, excitado por las dos pasiones que más enconan los ánimos: la envidia y los celos. En literatura, Poe era un coloso y el otro un pigmeo; por sus dotes estéticas, Poe primaba por su singular belleza, mientras que el otro era cordialmente antipático. Los ojos de Poe eran fascinadores, tal como son los ojos del genio, y los de Griswold eran apagados y siniestros como lo son los del hipócrita. No miraba éste jamás a la cara a las personas, que hasta en los retratos de él que conozco tiene los ojos fijos en el suelo; nunca he visto retratos semejantes.

Dada la doblez astuta de la naturaleza de éste y la candidez infantil de nuestro Poeta, nuestro Poeta, lejos de saber juzgarlo, lo creía su mejor amigo, y le confió el alto, honroso y delicado encargo de publicar, después de su muerte, sus obras. Su tía y suegra, la señora María Clemm que fué para él "más que madre", inmediatamente después de su deceso y aunque oprimida por profundo y desgarrador dolor, animada por la esperanza de hacer brillar la fama de su Eddy (diminutivo cariñoso de Edgardo), le entregó a Griswold todos sus escritos, que antes de partir para el viaje que no tuvo regreso, él, como empujado por el presentimiento de su próximo fin, había reunido y ordenado, entregándoselos a ella. Seis días después de su fallecimiento, le comunicó complacientemente a su piadosa amiga "Annie" lo siguiente: "he arreglado por fin con el señor Griswold para que ordene sus obras y las dé a luz. El señor Willis va a coordinar este trabajo de amor; *labor of love*". Y cuatro días después, el 17 de Octubre de 1849, le escribía a la misma, exaltando a los dos fieles amigos del Poeta: "¡Cuán noblemente han obrado aquéllos señores, que tan bondadosamente se han encargado de la publicación de sus obras!".

Y esperó con reverente afecto y ansia febril la publicación. la publicación que confiada y esperanzada le parecía reivindicatoria de sus méritos excelsos para que de ellas surgiese fúlgida en la gloria, la memoria de su dilectísimo hijo, tan indignamente perseguido y tan cruelmente ultrajado.

Pero cual no fué su sorpresa y cual no fué su dolor cuando

lo vió, por el contrario, pérfidamente transfigurado en un triste sujeto por el clérigo Griswold, con perfecta ignorancia de Willis, y pintado por él con los hoscos colores de la antipatía, del resentimiento y del odio. El rencor secreto que éste clérigo nutría, como lo ha demostrado, en su alma siniestra, disimulándolo, por su noble y confiado amigo, lo desfogó arrojando a mansalva sobre sus cenizas aún calientes, hielo y fango; el hielo del odio y el fango de su vileza, cometiendo, según la expresión vengadora de Jorge R. Graham, "una infamia inmortal".

Ahora bien: ¿es lógicamente concebible, es humanamente admisible que éste, entregado a la denigración de la fama de su confiado y desgraciado amigo, dejase subsistir y publicase las cartas más interesantes, las de autodefensa, de las cuales a buen seguro Poe debía haber dejado copia, y que desmentían su insidiosa obra? Habría procedido como el loco que mientras se propone perpetrar un delito en la impunidad de las tinieblas, abre de par en par puertas y ventanas. Y Griswold era bien otra cosa que un loco. ¡Quién sabe cuántas copias de cartas fueron por él destruidas! Cartas que pasaron a ser letra muerta, como que sus recibidores estaban interesados por una u otra razón en no darlas a la publicidad, tanto más si eran acusadoras.

Un hecho tanto más deplorable cuanto más pueda serlo autoriza mi sospecha.

Desde fines de 1846, tenía preparado Poe un volumen intitulado *The literati*, que contenía a más de los escritos publicados en diversas revistas, y especialmente en *The Lady's Book* bajo el mismo título (que después fueron reeditados por Griswold en el tercer volumen de sus obras), muchísimos otros inéditos de crítica, de arte, de *autodefensa*, etc. Por más que hizo, no le fué posible entregarlo a la prensa. Escribía demasiado bien, con una forma demasiado artística y demasiado aristocrática — como ha sido observado — para ser leído por el vulgo profano y debía pasar penas negras para obtener que se aceptasen sus trabajos, aún hasta después de ser universalmente conocido y admirado su poema *The Raven* (El cuervo). Ese volumen que tenía por epígrafe la frase de lord Coke: "La verdad, quizá puede ser hollada durante un tiempo por la fuerza, pero jamás por ningún medio, cualquiera que sea, puede ser hollada por siempre", estaba destinado, pues, a hacer triunfar

la verdad, siempre alterada en perjuicio del perseguido Poeta. Y bien: "el manuscrito de esta obra, — observa simplemente Ingram, — desapareció después de la muerte de Poe. Todos sus papeles, que habían quedado a cargo de la señora Clemm, pasaron a poder del señor Griswold". La conclusión *va sans dire*.

Por otra parte, puso poco y ningún cuidado en la compilación de las obras de Poe, defecionando el sagrado deber que pesaba sobre él. Lo demuestra el hecho de que su edición se limitó a cuatro volúmenes en octavo, tardando doce años en completarla (3). Con un poco más de atención, Stoddard aumentó dos volúmenes a la edición, equivalentes en conjunto a un millar de páginas más (4). Y el aumento continuó y continuó. Stedman y Woodberry pudieron reunir y publicar diez volúmenes de obras poetianas (5), que, finalmente, gracias al sumo cuidado y al gran amor de Harrison, han alcanzado la imponente proporción de diez y siete volúmenes (6). A esos diez y siete volúmenes es menester añadir el volumen de cartas a que me refiero, y que tal vez hubiera podido triplicarse, si, como en parte lo he demostrado, el material no hubiérase perdido.

Una gran parte de las cartas de Poe publicadas por Harrison fueron por éste reproducidas de las editadas por Ingram.

Estos dos autores, insignes por sus propios méritos intelectuales y animados por sentimientos de benévola justicia, han aprovechado, en cierto modo, las cartas de Poe a título de documentos autobiográficos, por lo que se refiere a datos de hecho, mas no reputaron necesario someterlas a ese análisis psicológico que es capaz de descubrir las genuinas intenciones bajo el velo de la discreción, interpretar las expresiones de dudoso o incierto sentido, revelar, en una palabra, el íntimo sentimiento del escritor. Tanto más cuanto que el mismo Ingram, contrariamente al juicio de Poe, que he puesto por epígrafe al frente de esta disertación, considera que "Las cartas de Poe, aunque divinamente bellas, según las califica la señora de Osgood, a veces son susceptibles de ser mal comprendidas y representadas falsamente por aquellos que sólo están acostumbrados a las cartas familiares, convencionalmente frías y propias de gente muy a ras del suelo".

"Hablan por sí mismas" para quien, libre de preconceptos, de intenciones personales y de odiosa aversión, saben en-

tenderlas en su genuina expresión. Y, al contrario, son susceptibles de ser mal comprendidas por quienes juzgan con prevención, aversión y malignidad.

De donde resulta que esas cartas consideradas "divinamente bellas" por la señora Osgood, son tales, según el concepto de Woodberry que de ellas "habría sido fácil sacar un partido mucho más enojoso todavía para la memoria de Poe, de lo que ha hecho Griswold". ¡Nada menos! Eso asevera dicho autor en el boceto de la vida del Poeta que publicó en *Century illustrated monthly Magazine* de Nueva York.

Voy a servirme para ejemplo de una a la cual él califica terminantemente de "testimonio de una depravación sin atenuantes", y en la cual William Griswold, hijo del difamador del Poeta, ha encontrado elementos de tal modo denigrantes de la fama de éste, que justificarían plenamente la acción reprochable e injustificable de su padre.

Ante todo quiero presentar una prueba de cómo maneja Woodberry los documentos epistolares que se refieren a nuestro autor. Se trata de una carta de Tomás W. White dirigida a Poe, acerca de la cual la señora Arvéde Barine hace estas consideraciones:

"Esta carta tiene una historia que prueba la dificultad para llegar a la verdad con respecto a Poe. Ella había sido inserta por Jorge Woodberry en su biografía de Edgardo Poe, cuya primera edición, publicada en Boston, es, si no me equivoco, de 1885. Figura en ella sin fecha, pero atribuyéndola a 1837 o a fines de 1836. En 1894, y precisamente en Agosto, Jorge Woodberry la publicó de nuevo en la revista neoyorquina *Century illustrated monthly Magazine*. En esta ocasión ella tiene fecha: Richmond, 29 de Setiembre de 1835. (con esta fecha la transcribe Harrison, vol. II, pág. 20, dándola como perteneciente a la colección Griswold), y su texto presenta numerosas diferencias. Y no es todo. Casi al mismo tiempo, una nueva edición de la biografía de Jorge Woodberry reprodujo el antiguo texto y el de la carta sin fecha. ¿Dónde está la verdad?"

Ello demuestra que este biógrafo no tiene escrúpulo de ninguna especie para variar y alterar los documentos epistolares; como, por otra parte, el juicio que expresó sin examen previo acerca de la carta que reproduciré en seguida, denota

que él juzga con la superficialidad propia de quien está animado por la prevención, sino por la odiosidad.

He aquí la carta incriminada que Edgardo Poe escribió desde Richmond, en Setiembre de 1849, a la señora Clemm:

"Todos me aseguran que si doy una segunda conferencia, con cincuenta céntimos de entrada, he de ganar, cuando menos, cien dólares. Jamás he sido acogido con igual entusiasmo. Los periódicos no han hecho más que alabarme. Te adjunto uno de los artículos, el solo en el cual se ha deslizado una palabra de desaprobación escrito por Daniel, el sujeto con quien tuve el otro año, ese altercado.

"Recibí un sinnúmero de invitaciones, mas tuve que prescindir de la mayoría de ellas, por falta de levita. Hoy, Rosa, mi hermana, y yo, pasaremos la velada en casa de Shelton. Anoche estuve en casa de los Potiaux, la noche anterior en la de S. . . , donde he visto a mi querida amiga Elisa Lambert, la hermana del general Lambert. Se hallaba indispuesta y en cama, pero insistió en vernos y nos quedamos con ella hasta cerca de la una de la mañana. En una palabra: sólo he recibido demostraciones de bondad desde mi llegada, y hubiera sido del todo dichoso sin esta excesiva ansiedad que siento por tí. Los Mackensie me hartan de atenciones desde que han tenido noticias de mis propósitos matrimoniales.

"Y ahora, mi querida, mi preciosa Maddy, tan pronto como sepa algo con precisión, te lo comunicaré sin pérdida de momento. La señora Shelton habla de ir a ver nuestra casa de Fordham, pero yo me pregunto si eso será factible. Más convendría quizá que te vinieras, dejando allá todo lo nuestro. Contéstame en seguida y dame tu opinión, pues siempre sabes tú mejor que yo lo que conviene. . .

"¿Seremos más felices en Richmond o en Lowell? Porque es absolutamente necesario que yo me halle en un lugar desde donde pueda verme con Annie. . .

"Thompson me urge para que le escriba algo para su *Messenger*, pero mi angustia es extremada y no puedo escribir. El señor Loud, esposo de la señora Loud, la poetisa de Filadelfia, vino a verme y me ofreció cien dólares porque publique los poemas de su esposa. Naturalmente, he aceptado. Es un trabajo que sólo ocupará tres de mis días. Lo debo tener listo para Navidad. Reflexionándolo, creo que más valiera que te vinieses

de inmediato. Tú sabes que podríamos pagar muy bien nuestras deudas en Fordham, y seguir residiendo allí; el paraje es bueno, pero yo necesito estar cerca de Annie... No me hables de ella, al contestarme. En estos momentos no podría soportar que me la nombres, como no sea para informarme que su marido ha muerto. He comprado ya el anillo de bodas y acabaré por procurarme una levita".

II

Los dos puntos que han sido censurados en esa carta, severamente censurados por los arcángeles de la moral, que con flamígera espada montaban la guardia en el templo del puritanismo, pura y sencillamente denigrantes según William Griswold y Woodberry, consisten en que estando Poe en vísperas de casarse, declaraba que *le era necesario estar cerca de Annie* y en que la señora Clemm no le hablara de ella *sino para informarle que su marido había muerto*.

Vamos a ver si es cierto que esas expresiones encierran la repugnante culpabilidad que se les atribuye.

En la carta que me ocupa hay un pedazo del alma enigmática del Poeta, y para entenderla y juzgarla rectamente es menester dilucidarla e ilustrarla difusamente.

Poe se refiere directamente a su proyectado matrimonio con la señora Sara Elmira Ryster, viuda de Shelton, y desde luego voy a empezar por ahí. Encontrándose con esta señora, que, como ya lo he dicho, había sido amada por él cuando ella era jovencita, en el momento psicológico en que la señora Sara, Elena Whitman, con quien debía contraer matrimonio, se había negado a cumplir el compromiso contraído, engañada por las habilidosas mentiras de sus pérfidos enemigos, se reencendió en él, que era tan inflamable, el antiguo fuego, y obtuvo que se comprometiese con él. Y contemporáneamente cometía el sacrilegio — y ¡qué sacrilegio! — de desear estar cerca de "Annie".

Mucho se ha charlado y mucho se ha fantaseado, y, como de costumbre, con mucha malignidad, con respecto a la relación con la señora Shelton; y digo que, como de costumbre, porque todas las acciones, todos los hechos envueltos en la duda

o en el misterio, referentes al Poeta, eran interpretados siempre en menoscabo de él, malignamente.

Ingram, a quien dicha señora comunicó sus reminiscencias, escribe: "Aunque la señora Shelton no parece haberse comprometido definitivamente con Poe, había indudablemente entre ellos un convenio suficiente para confirmar al Poeta en su creencia de que una vez más era un pretendiente aceptado por el amor de su adolescencia". Tan es así, que el 18 de Setiembre de 1849 Poe escribió a la señora Clemm: "Elmira acaba de volver del campo. Pasé la tarde de ayer en su compañía. Yo creo que me ama con más fervor que cualquier otra persona que yo haya conocido, y yo no puedo pasármelo sin amarla en correspondencia". Y en efecto: en las memorias que ella publicó en el *Appleton's Journal*, confiesa: "Era él uno de los hombres más seductores que yo haya visto jamás... Yo lo admiraba más que a cualquiera de los hombres que haya conocido". Pero por lo que se refiere a que se hubiese comprometido definitivamente, lo niega, diciendo: "No hubo compromiso, sino un parcial bien entendido". Esta incertidumbre es desmentida por el hecho de que Poe ya había comprado el anillo nupcial y se preparaba a realizar sus "propósitos matrimoniales", con cuyo fin le impartía a la señora Clemm las instrucciones oportunas y se proponía procurarse el traje conveniente. La señora Shelton, por su parte, había expresado el deseo de ir a visitar la casa que creía que él estaba resuelto a habitar, y lo cierto es que con la intención de ver si era *comfortable* y de su gusto. De modo, pues, que los esponsales estaban decididos y eran inminentes. El se vió obligado a partir precisamente con la esperanza de encontrar en Nueva York el dinero que le era necesario. Se despidió de su novia manifestando que se trasladaba a aquella ciudad para rematar algunos asuntos comerciales, según lo refiere Ingram, y ella misma lo confirmó, en el mencionado diario.

Pocos días después, en una "noche de tétrico Octubre, de su año más memorable,—los cielos estaban grises y eran tristes, las hojas estaban encrespadas y marchitas, las hojas pálidas y amarillentas" — a tenor de su epicedio *Ulalume* — cayó agonizante en una calle de Baltimore y cuatro días después expiró en un hospital de dicha ciudad.

Tales son los hechos puros y simples e indiscutibles.

Y sin embargo ¡cuánto no se ha fantaseado malignamente sobre la relación del Poeta con la señora Shelton!

La señora Talley-Weiss no hesita para escribir cuanto sigue: "Para su proyecto del *Stylus* (nombre, éste, de una revista que él pensaba fundar) ante todo precisaba dinero; todo lo demás dependía de ello; y costase lo que costase, él necesitaba hacerse de ese dinero, a precio de cualquier sacrificio. De ahí *ese negocio* con la señora Shelton. Era una dama muy respetable, pero de maneras comunes y de juicio positivo, de más edad que Poe y carente de uno cualquiera de esos rasgos que pudieran creerse capaces de atraer a un hombre de su gusto y su temperamento excepcionales".

De modo, pues, que su matrimonio con la señora Shelton habría sido un "asunto de dinero", con el único fin, con el solo fin de lograr la realización de su deseada empresa de fundar una revista propia; "una revista — dice Ingram — que le debía dar el dominio supremo de la sociedad intelectual de América": una revista que "debía asegurarle (según lo escribía Poe el 28 de Noviembre de 1848 a Eduardo Valentine) en uno o dos años una fortuna y una influencia muy grande".

Pero por otra parte esa señora asegura que "casi todos los amigos que él tenía en Virginia habían prometido ayudarle proporcionándole los fondos necesarios y que él estaba lleno de ilusiones con respecto al éxito, del cual se sentía seguro". Y en efecto: Ingram ha observado que desde el año 1847 "éste sueño de toda la vida principió gradualmente a tomar una forma más definida que la que hasta entonces había tenido". Y refiriéndose a la inminente realización de ese sueño: "en esta época estaba tan lleno de ilusiones sobre el éxito de su proyecto, que toda su conversación como su correspondencia están llenas de este asunto. Escribió a todos sus amigos para que le ayudaran, enviándoles el prospecto y tratando de electrizarlos hasta el entusiasmo".

Y lleno de satisfacción y desbordante de gozo, el mismo Poe le escribía a un amigo: "Ha sido como lo deseaba, y mi éxito final es seguro". Ya estaba encontrado el editor; ya Carlos Anthon "el más distinguido de los hombres de letras americanos" había aceptado el cargo de redactor en jefe en el ramo de literatura clásica; ya habían sido nombrados los corresponsales en las principales capitales europeas, etc.

De cuyas pruebas resulta que los fondos estaban asegurados y que, por consecuencia, la indelicada y gratuita aseveración de la señora Talley-Weiss resulta absolutamente infundada. Y aún puedo abundar en otras consideraciones que la escluyen terminantemente.

Poe detestaba a los "utilitarios", a los que "tienen en la amplia bolsa, junto con su dinero toda la propia alma", y amaba a los soñadores, "a los que ponen su fe en los sueños como si fuesen la realidad". Le hace decir al héroe de *Benerice*: "Las realidades del mundo me afectaban tan sólo como visiones, mientras que las locas ideas del país de los sueños se convertían a su vez no en la materia de mi diaria existencia, sino en verdad en mi única y entera existencia". Y él era así. Vivió, como gran Poeta que era, con la fantasía soñando en el mundo de las idealidades, poblado por él de bellas quimeras y maravillosas visiones. De él podría decirse lo que Alfredo de Vigny, en *Poèmes antiques et modernes* dice de Dante: "Su vida fué toda un ensueño".

Experto y valeroso nadador no pudo nunca "aprender — usando la frase de Nietzsche — a nadar en la corriente de la vida".

En la carta a la señora Clemm él mismo confiesa implícitamente su completa incapacidad en las cosas de la vida práctica, cuando dice: "tú sabes siempre mejor que yo lo que es conveniente". Y a su vez, la señora Clemm declaraba escribiéndole a Neilson Poe: "Yo atendía a sus negocios literarios, porque él, pobre hombre, no sabía nada de transacciones de dinero". Refiriéndose a ella, dice Willis: "Andaba en busca de ocupación para él", y cuenta que se le presentó a él mismo en la redacción de su revista en solicitud de trabajo.

T. W. White, citado por Woodberry, atestigua que "las buenas condiciones domésticas (limpieza, orden, etc.) y la mayor parte del *comfort* de que disfrutaba, tanto en sus años más felices como en los más tristes, eran mayormente debidos a los buenos oficios de su suegra, que lo amaba con una devoción y constancia más que maternal. Élla era la constante guardiana de la casa, protegiéndola contra la continua amenaza de la necesidad, que cada día parecía aproximarse más... Era ella quien salía a la calle a hacer sus negocios, haciendo peregrinación entre el Poeta y sus editores..."

Y el poeta absolutamente ajeno a todo lo que era negocio ¿se habría inducido a hacerse calculador con la mujer de sus sueños juveniles que el destino le ofrecía para compañera? Él, que durante tanto tiempo había buscado con ardiente anhelo de su corazón viudo, con febril ansia de sediento de amor, una compañera, consuelo y sostén para las tribulaciones de la vida. ¿se proponía explotarla en el momento mismo en que la había encontrado? Él, que sentía como ningún otro “la emoción casi divina del amor humano, esa emoción que con sólo nombrarla hace que tiemble la pluma”, esa emoción bajo la cual “toda su alma se estremecía en un trémulo éxtasis”. ¿es posible que pensase, como un prosáico y vulgar burgués, sacar provecho de ella? No, pues.

De acuerdo con la máxima de la señora Dudevant (Jorge Sand): “los ángeles no son más puros que el corazón de un joven que en verdad ama”, Poe observa en *Marginalia* que para que eso sea estrecha y exactamente cierto es necesario agregar que el joven amante debe ser poeta, porque “el juvenil amor del poeta es indiscutiblemente el sentimiento humano que más aproximadamente realiza nuestros sueños de voluptuosidad casta del cielo”.

En *Tamcrlane*, poema de la adolescencia, consagrado precisamente al primer amor, canta: “El amor apasionado es siempre divino. Yo la amaba como lo haría un ángel en los rayos que emanaran de ese resplandor que brilla en el santuario de Edis”.

Tal y tanta exaltación de idealidad, que lejos de haber alterado y restado el destino adverso y las desgracias, se había hecho más fervorosa y había sido más ennoblecida, ¿podía dar lugar a la reflexión egoísta, cualquiera que ella fuese, al encontrar él a la mujer de sus ensueños juveniles y primera inspiratriz de su genio?

¡Ah! con qué facilidad incurren las mujeres en pecado de malignidad! ¡En pecado de malignidad y en juicios erróneos! Y sus juicios tienen muy especialmente tal cualidad si se refieren a individuos de su sexo. El juicio que produce una mujer con respecto a las cualidades de otra mujer, noventa y nueve sobre cien veces es distinto del que pudiera producir un hombre. Poe miraba a su prometida con sus propios ojos y no con los de la señora Talley-Weis. Y luego, aun cuando la señora Shelton

hubiese adolecido de los defectos observados por aquélla, él la veía como las almas ardientes y apasionadas ven a su propia amante, con “la exaltación que, para usar las palabras de él, expresadas al tratar otro asunto, excita la fantasía y reprime la razón”. La veía en la fascinación de su primer amor, “nacido—dice él,—en el momento en que la juventud tiene necesidad de amar”, resucitado por el recuerdo y por el corazón (todo se destruye y se desvía en el mundo, según un proverbio italiano, pero el primer amor no se olvida nunca) en el momento psicológico en que aquella necesidad, debido a los calamitosos años pasados, a la persecución sufrida y al cruel abandono que lo aplastaba, se había hecho imperiosa; tan imperiosa que de ella dependía su vida. “A no ser que me salve el amor de una mujer, verdadero y tierno y puro, — escribía él un año antes a la señora Shew, — difícilmente alcanzaré a vivir un año más”. Y fué profeta, puesto que el de la señora Shelton, aun cuando verdadero, tierno y puro, llegó demasiado tarde.

¡Y decir que la indelicada y gratuita suposición de la señora Talley-Weiss fué acogida sin examen por Lauvrière y por Harrison, tal y como si fuese una verdad absoluta! (7).

Anulada “con el escalpelo de la razón”, que diría Poe, ¿deberé exponer las calumnias inventadas acerca de la pretendida escandalosa ruptura del inminente matrimonio? No, porque de la historia expuesta resulta que no hubo tal ruptura. Pero no puedo resistir al deseo de referir sucintamente una historiecilla de sabor poctiano que hace una cincuentena de años remitió a un diario de Italia un corresponsal de América, quien, con gran satisfacción y casi diría que con orgullo la aderezó para sus lectores a título de primicia... de la *actividad* de aquél.

No recuerdo la ciudad de dónde provenía, ni la del diario, ni el nombre de éste. Pero recuerdo — porque siendo tan impresionante quedó esculpida en la juvenil memoria — hasta los más mínimos detalles de la historiecilla.

Era la noche de la fiesta nupcial. La casa de la esposa, donde se efectuaba la fiesta, resplandecía de luz por las ventanas y las amplias puertas, abiertas a la curiosidad de los ciudadanos que habían concurrido estimulados por un acontecimiento semejante. La sala del banquete estaba arreglada fastuosamente con tapices y adornada con flores y festones de laurel,

símbolo de la corona que merecía el glorioso Poeta. La mesa estaba convertida en un fragante *bouquet* y resultaba un delicioso espectáculo por los cándidos linos, la vajilla de plata y la cristalería que refractaba fantásticamente los rayos de los artísticos lampadarios de Argand, tan amados por el poeta; y en torno de ella, los invitados en ansiosa expectativa por saborear sabrosos manjares que recreaban los ojos, pero en expectativa más ansiosa por ver entrar la feliz pareja...

Hela ahí... La exultante alegría se trueca de repente en un silencio grave y solemne... Cien ojos se concentran fijos mirando hacia la puerta como si hubieran sido un solo ojo... "Horror de horrores!" — exclamaría Poe — ¡Horror de horrores! Sólo penetra en la sala pálida de toda palidez la esposa, con el cándido traje descompuesto, presa de la mayor desesperación y gritando: "Edgardo ha huído!"

¡Tableau!

III

El desear ardientemente estar cerca de una mujer, mientras se entregaba por completo a la tarea de arreglarlo todo para unirse en matrimonio con otra, es, por cierto, si se considera el caso ajustándolo al criterio corriente, un caso de anormalidad. Pero como todos los grandes y todos los genios, Poe no puede ser considerado con el criterio corriente para considerar al común de los hombres, tanto más cuanto que, empujado por las raras, extrañas, penosas y duras vicisitudes de la vida, él se sentía de continuo propenso a buscar consuelo en el Amor y en la Belleza, sediento de ellos.

El Amor se le aparecía en el cielo de la idealidad sentimental, lisonjero y prometedor de la suprema felicidad, mientras en la cruda realidad del desierto de la vida, en el momento de lograrlo o apenas logrado, como visión de espejismo para el peregrino del desierto, se desvanecía dejando en su ánimo la amargura del abandono o la de la desilusión... "¡Ay! todo el esfuerzo es en vano, y vivo y muero sin ser escuchado!"

Y el amor y la Belleza, elevados a rango de deidades de su ánimo, cantaron en versos inmortales con fervor de enamorado. En *Annabel Lee* santifica el Amor: "nos amábamos con

un amor que era más que el amor, yo y mi Annabel Lee, con un amor tan ardiente que los alados serafines del cielo nos celaban a ella y a mí”.

A la señora Withman le escribía: “En este frío y triste mundo *el ser amado* TO BE LOVED! ¡Oh! ¡Si sólo, si tan sólo pudiera insinuar en su alma el profundo, el verdadero sentido que yo doy a estas tres palabras! Pero ¡ay! todo el esfuerzo es en vano y vivo y muero sin ser entendido!”

En el cuento *The domain of Arnheim* (El dominio de Arnheim) exalta el amor de la mujer, colocándolo entre los elementos esenciales de la felicidad humana. En el mismo cuento y en *Landor's cottage* (La cabaña de Landor) y en *The island of the Fay* (La isla del Hada) y en *The Elk* (El Anta) describe las bellezas naturales con tal poder de representación y de encantamiento poético que entusiasma al lector.

Del encanto de la naturaleza, representado poéticamente por él en Leonor, dice; “tan maravillosa Belleza hablaba a nuestros corazones con fulgentes conceptos del Amor y de la Gloria de Dios”.

Tenia el firme convencimiento de que el sentimiento de lo Bello, elevado a la perfección, emanante de un sexto sentido, de un sentido divino, hace capaces de reconocer a Dios, transfundiendo al mismo tiempo la inmortalidad en los espíritus electos que nutren ese sentimiento con ferviente culto.

Hace decir a *Politian*: “no es posible que yo muera, nutriendo, como nutro, en el corazón, un culto tan apasionado por lo Bello”.

“El placer más intenso, más elevado, más puro — escribe en *The philosophy of the composition* — no se encuentra más que en la contemplación de lo Bello, que, impresionando todo el espíritu, lo excita, lo entusiasma, lo eleva sublimemente”.

En busca de amor, anhelante de amor, murió de amor. “Edgardo Poe ha muerto de amor—repito con Gabriel Mourey —así como también del amor que él había consagrado instintivamente por naturaleza a todas las bellezas del arte y de la vida y de los misterios que el arte y la vida ocultan y que él no lograba satisfacer en ninguna parte.

“Edgardo fué un ser de amor; las únicas alegrías que le proporcionó su extraño y trágico destino se las debió al amor. Creo

que su mayor ambición consistió en ser amado; tal vez no conoció verdaderamente ninguna otra.

“En su más tierna infancia ella lo poseyó y lo atormentó; y en torno de ella su emocionada sensibilidad y la enfermiza necesidad de ternura que le acosó hasta su último suspiro, batió sus alas”.

Y durante toda su vida fué irresistiblemente transportado por afinidad estética y sentimental hacia la criatura que más personifica en su sublimidad al Amor y a la Belleza, hacia la mujer, que es la representación más gentil, más exquisita, más atractiva de la belleza y del amor. La cual, dotada por la naturaleza del magisterio de la ternura, la piedad y la gracia, guía, consuela y alienta la vida del hombre “haciendo más leve el dolor y más grande la felicidad”. Y el desventurado poeta, torturado por la persecución, herido de mil maneras por la desventura, aplastado por el aislamiento, corría anhelante en busca de ella.

“Ningún hombre tiene derecho para lamentarse del destino—escribía él—si conserva en la adversidad el amor inmutable de una mujer”.

“A despecho de todos los pesares e infortunios de su corta carrera—dice Ingram—fué frecuente y buen destino de Poe hallar y estar asociado con nobles y abnegadas mujeres, y, probablemente no podría citarse más solemne testimonio en favor de su bondad que la paciente y amistosa simpatía que por él manifestaron estas señoras”.

La señora Osgood, que, como se sabe, fué una de las más sinceras amigas de Poe y que ha dejado acerca de las costumbres, la persona y la vida íntima de él los más interesantes detalles, le escribía a Grinswold: “Con los hombres era acaso tal como lo pintáis y como hombre podréis tener razón. Pero afirmo que con las mujeres era totalmente distinto, que jamás ninguna mujer ha podido conocerle sin experimentar por él un profundo interés. Nunca se me ha aparecido sino como un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad”.

Y añade: “Para una mujer sensible, de una cultura refinada, tenía un singular encanto irresistible en su caballeresca reverencia graciosa, casi tierna, con la cual él se aproximaba invariablemente a todas las mujeres que habían conquistado su

respeto". Y aún dice: "Seguramente ninguna mujer le ha conocido personalmente sin sentir interés por él".

"Incapaz, a lo menos en sus últimos años solitarios, de tomar una parte activa en el trabajo del mundo—observa Ingram—buscó más naturalmente la sociedad de cultas señoras que la de los de su propio sexo; y lo mismo que todos los hombres de su temperamento poético, siendo femenino en sus gustos, aunque no afeminado, en ellas encontró sus amigas más firmes y congeniales".

Y Lauvrière: "No tendremos ya tampoco en adelante más que un solo espectáculo en la vida de Poe, el de un pobre ser desamparado, que, indiferente a toda consideración humana o social, se aferra como un náufrago con la energía de la desesperación a toda mujer lo bastante sensible para atestiguarle el menor sentimiento de simpatía o de piedad".

Y otra señora, Sara Helena Whitman: "El se complacía cuando estaba en sociedad de mujeres superiores".

Era uno de esos raros espíritus a quienes la emotividad exuberante, la fantasía poética, el aislamiento y la adversidad de los hombres y del destino los transporta, por impulso de su propia naturaleza y por ley de compensación, a expandir su afecto poniéndolo en varias mujeres a un mismo tiempo, sin concebir en lo más mínimo, en su ingenua virtualidad, que tal comunión espiritual pueda ofender las costumbres sociales y la moral convencional, máxime cuando son, por lo general, altivamente despreciativos de aquellas y de esta.

Además de las mujeres que ya tengo mentadas, amó a Elena Stannard y a Virginia Clemm, que fué su esposa.

Harrison asevera que era rápido para amar y otro tanto para olvidar, lo que significaría afirmar que era un voluble.

La historia de sus amores, que con el propósito de tratar en cuanto más a fondo me es posible el tema, voy a resumir a grandes rasgos, no justifica tal aseveración.

El despertar de su amor juvenil por Sara Elmira Royster cuando ya era viuda, demuestra que nunca estuvo apagado en su corazón.

Su condiscipulo Roberto Stannard lo invitó un día a visitar su casa; la madre de Stannard, bella y gentil señora, al ver tan hermoso y agraciado joven lo colmó de afectuosas amabilidades. El pobre huérfano, en cuyo pecho palpitaba el sensible co-

razón de un poeta, se conmovió tanto ante aquellas ternuras de madre, que poco faltó para que se desvaneciese. Desde aquel momento se vinculó a ella con pasional apego. Lo llama "primer y puro amor ideal de su alma". Y a ella le dedicó una de sus poesías de la adolescencia (*To Helen: A Elena*), en la cual expresa su adoración por la belleza y su gratitud por el amor de ella.

"¡Oh! ¡Cómo te veo aparecer seniejante a una estatua, erguida en el espléndido nicho del balcón, teniendo en la mano la lámpara de ágata! ¡Ah Psiquis! tú has llegado de regiones que son Tierra Santa!"

Y cuando aquella su infeliz amiga, en la plenitud de su vida floreciente, atacada de alienación mental, murió en un manicomio, el amor se convirtió en veneración por su memoria. Todas las noches se postraba en adoración y en llanto sobre su tumba, hasta cuando "las frías lluvias autumnales caían copiosamente y los vientos pasaban con melancólicos lamentos a través de los sepulcros".

Y durante toda su vida conservó en el corazón, como en un relicario, esa veneración, a la cual, en los patéticos momentos de las remembranzas, daba libre expansión, escribiendo a las personas queridas, como resulta de la carta a las señoras Shew y Whitman.

Recogido en casa de su tía María Clemm, se enamoró de Virginia, su hija, con ese amor sentimental que constituía la esencia de su alma.

Ella era, puede decirse, una niña: tenía catorce años, y él casi el doble: veintisiete. Era bella, delicada suave, menudita, como una de esas vaporosas imágenes de sus sueños imponderables de poeta. Estaba predestinada a ser víctima de esa fatal enfermedad que siega las criaturas de grandes y magníficos ojos, de cabellera copiosa y fluyente, con la sensibilidad exquisita de las almas gentiles.

La adorable criatura solo pensaba—tal como el poeta lo cantó en *Annabel Lee*, que es la más inspirada, tierna y suave de sus poesías—"ser por él amada y amarlo a él". Y canta: "Y nos amábamos con un amor que era más que el amor, yo y mi Annabel Lee: un amor tan ardiente que los Serafines del cielo nos celaban a ella y a mí". Y se unieron en matrimonio, en una unión tal que fué comunión espiritual de las almas an-

helantes de amor. No es posible formarse otro concepto de esa unión, cuando se tiene delante de los ojos el retrato de Virginia, que fué calificada por una mujer (la señora Arvède Barine) "femme-enfant" y por el propio Poe "dulce niña", y cuando se recuerda la idealidad sentimental del poeta y su pasionalidad platónica. Él la llamaba "mi querido corazón" (*My dear Heart*), expresión gentilmente afectiva que encierra el significado de aquella unión, que fué unión de dos corazones. Unión de dos corazones que palpitaban al unísono, concordemente gozaban y sufrían y mutuamente se asistían y confortaban.

Escribiéndole a un amigo, Poe le declaraba: "Yo la amaba como jamás hombre alguno amó"; y en otra ocasión, a otra persona: "más quería a su alma que a la misma vida de mi alma".

Y cómo y cuánto amase a Virginia lo demostró durante la larga enfermedad de ella. Graham, en la defensa de su desventurado amigo elocuente y noble, elocuente porque fué fundamentada en hechos y noble porque fué inspirada en sentimientos de justicia humana, se expresa de esta manera: "Jamás olvidaré cuán solícito era de la felicidad de su mujer y de su suegra mientras fué uno de los redactores del *Graham's Magazine*: todos sus esfuerzos parecían ser dirigidos a procurar la confortación y el bienestar de su hogar..." Y habla "de la adoración y fidelidad de su joven esposa", añadiendo: "Se le ha visto rondar en torno de ella, cuando estaba enferma, con todo el temor, con todo el cariño y con toda la tierna ansiedad de una madre por su primer hijo". Se dedicó a ella "con tierna consagración"—afirma la señora Withman, protestando contra los difamadores;—se dedicó a ella con una consagración tal que le valió ser calificado por la señora Shew "un marido heroico" debido a sus sacrificios, privaciones, largas y reiteradas vigilias y cuidados amorosos.

Contra las acusaciones de "los fabricantes de injurias" como los llama Ingram, la señora Osgood exalta "el encantador amor y confianza que existía entre su esposa y él" y se declara firmemente convencida de que "Virginia, la esposa perdida y amada y no olvidada, fué la única mujer a quien él amó verdaderamente".

Pero ello no obsta para que en la capacidad de su gran corazón desolado pudiese entrar otro afecto por otra mujer con-

temporáneamente con el que nutría por “su bonita y dilecta mujercita”, de la cual conservó duradera y sagrada memoria. Y entró efectivamente, natural, espontáneo y dulce por la misma señora Osgood, con quien, por afinidad de genio poético y atracción simpática se ligó en “amable relación”, según la califica Lauvrière; relación que fué, a juicio del mismo autor, “como un oasis de felicidad en ese desierto de una vida infortunada”. Ya Ingram había dicho: “en la simpática sociedad de Francisca Osgood encontró el infortunado y acosado poeta algún lenitivo para sus congojas” y con sentimiento de gratitud “la admiró con intenso y duradero afecto”. Dicha señora refiere: “Durante el año de nuestra relación, venía por consejo y cariño en todas sus muchas ansiedades y pesares” y obligada a viajar por motivos de salud, mantuvo regular y constante correspondencia con él, secundando por tal modo la viva solicitud de Virginia, quien sabía que ella ejercitaba sobre él una influencia benéfica y saludable.

“Sensible y de carácter ardiente, el alma misma de la verdad y del honor”, era la señora Osgood a juicio de Poe, se conmovió de piedad y de amor, viendo que se le hacía blanco de ataques inhumanos, mientras aislado del mundo, concentrado en su propio dolor, asistía a su propia esposa que se extinguía lentamente y penosamente, y le dirigió versos de simpatía y de consuelo. Y a él consagró su último canto, como que ella se fué en pos del poeta tras breve intervalo al Paraíso soñado por los poetas, donde “los ángeles prestan bálsamo para todas las penas sufridas”. Ese canto empieza así: “La mano que pulsaba la lira con más que mortal pericia; la brillante mirada, el corazón de fuego, los fervientes labios, inmóviles están! Ya no conmoverán en éxtasis o en angustia con su melodía, ah! nunca más!”

Y justificó a las almas generosas, incluso la suya, que aliviaron las angustias del desventurado poeta, con estas memorables palabras:

“Ellas (las bocas habladoras, amantes de la calumnia) no pueden por cierto dañar a los verdaderos y puros que venerando su genio y compadeciendo sus infortunios y sus errores, trataron de suavizarle su triste carrera con oportuna buena voluntad y simpatía”.

La señora Shew fué “una de esas almas generosas, tan

escasas, que embellecen tanto esta Tierra y la libentan de todo lo que es repulsivo y sórdido". Así la honra Poe. Y en otra ocasión: "la más brillante, la más desinteresada de todas las que alguna vez me han amado". Y añade: "La coloco a Vd. en mi estimación—con toda solemnidad—el lado de la amiga de mi adolescencia, la madre de mi condiscípulo, de quien he hablado a Vd., estimación que he expresado en el poema *A Elena*, como la más sincera y sensible de las almas de mujer en este mundo, y un ángel para mi naturaleza desamparada y melancólica".

En una sublime poesía que le dedicó canta que "*su* espíritu en comunión con el de un ángel (el de Virginia), le dicta palabras inspiradas por el culto de la gratitud en su loa, porque ella a los dolientes y a los desesperados les dice: "Sea la luz!"

Esta señora, hija de un renombrado médico y apasionada por la medicina, atendía con solícitas, generosas y amorosas solitudes a los pobres y a los amigos enfermos, y atendió especialmente a Virginia y a Poe plenamente agotado después de la muerte de su esposa, cuyo cadáver envolvió en cándida y fina mortaja, piadoso lujo que estaba fuera de los posibles de aquella miserrísima familia. Fué —como la llamó él—"*su* angel bueno".

Su temperamento sentimental no concebía la gratitud sin el cariño, y no el cariño en sus manifestaciones tímidas, pacatas y plácidas, sino en la vehemencia de súbita y rápida pasión, expresada con lenguaje de fuego. Tal vez la señora Shew encontró que ese lenguaje era excesivo y rompió toda relación con él. Él le escribió. "Usted debe saber y estar convencida de mi sentimiento y de mi pesar si algo de lo que he podido escribir ha podido lastimarla alguna vez. Mi corazón no la ha agraviado nunca". E Ingram dice al respecto: "Su desprecio por los convencionalismos comunes de la vida a veces hacia difícil para sus amigos conservar sus relaciones con él. La señora Shew continuó por mucho tiempo favoreciendo con su amistad a Poe y a su tía, pero por fin, sus excentricidades, que aumentaban de continuo, la compelieron a circunscribir los límites de su trato".

La última carta que le dirigió a ella es de una exquisita ternura, de una doliente melancolía, de un conmovedor desaliento: "¿Será verdad, Luisa, que Vd. fija en su mente la idea de abandonar a su desgraciado e infortunado amigo y enfermo?"

Usted no lo dijo así, pero hace meses que yo estaba viendo que Vd. me abandonaba, aunque *no voluntariamente*, pero no por eso menos cierto, a mi destino.

“La inexorable fatalidad ha dado una caza encarnizada, cada vez más encarnizada, hasta que su canción no tuvo más que un ritornelo, hasta que los cantos fúnebres de su esperanza han adoptado este melancólico estribillo: Nunca, nunca jamás! (8).

“Así es que de esto he estado advertido hace meses. Lo repito, mi ángel bueno, mi leal corazón. ¿Tiene Vd. también que desaparecer, como todo lo que yo amo o deseo de mi enttecida y *alma perdida*?...

Y concluía. “Intentaré dominar mi dolor por amor a su destinteresado cuidado de mí en el pasado y de la finada, y siempre soy suyo agradecido y consagrado”.

La señora Shew observa: “Creo que soy la única correspondiente del señor Poe, quien se llama a sí mismo “*alma perdida*”. No creía que su alma estuviese perdida. Solo era un sarcasmo que le agradaba repetir para expresar sus sufrimientos y “desesperación”.

La frase aquella de la cual resulta que ella lo abandonaba, aunque *no voluntariamente*, excluye tanto nuestra suposición como la de Ingram de que lo abandonase a causa de sus excéntricas e induce a pensar que ello debió ser porque desde entonces entre ella y el reverendo Dr. Rolando S. Houghton hubiéranse ya iniciado las relaciones que más tarde los unieron en matrimonio y que por eso considerase, por conveniencia social, necesario abandonar a su amigo el poeta al propio destino... El canto fúnebre de su Esperanza repetía también en esta ocasión el fatídico: “Nunca, nunca jamás!”

Perdida su dilecta compañera, desaparecida su última amiga, entonces, más que en otro cualquier momento de su vida, en esos sus “últimos años solitarios”, “tras largos años de tristeza y duelo”, con “el alma dolorida, presa infausta del pesar”, “con el alma abrumada de pesares, transido el corazón”, entonces, más que nunca, se sintió atraído por la fascinación irresistible de esos “espíritus raros y radiantes” que difunden en torno suyo la ambrosía celestial de la Esperanza, del Consuelo y del Amor. Tales eran la señora Whitman y “Annie” y se asió a ellas indistintamente y apasionadamente.

Enamorándose idealmente de la señora Withman por sus méritos literarios geniales, entrevista de noche en su jardín, envuelta en la misteriosa y pálida luz lunar y por los suaves bálsamos que exhalaban las flores que le sonreían a su señora vestida con blanco traje y con la fluyente cabellera suelta cayendo sobre sus hombros, vagando por entre los arriates como un hada poética o una de las hadas de la fantasía, conecedor de algunas de sus idiosincrasias consideradas por él como idénticas a las suyas, se sintió ligado a ella por “una profunda simpatía, como si su corazón hubiera entrado en su pecho y el *suyo* propio hubiera entrado en el de ella”.

Cuando la vió, la simpatía y el enamoramiento ideal se convirtieron inmediatamente en idolatría, en esa idolatría que, si correspondida o no contrariada, lo exalta y lo encanta todo el ser: el corazón, la imaginación, la inteligencia, y por lo mismo se convierte en inspiradora de artísticas magnificencias y dadora de toda felicidad; pero que si no es correspondida o es contrariada, puede empujar al aniquilamiento, a la desesperación, al suicidio y a la locura.

Y Poe tuvo un exceso de excitación alienante y tentó suicidarse bebiendo una onza de láudano, no porque no fuese correspondido, sino por algo peor todavía: porque “el ángel amado de su corazón, el alma de su alma, la queridísima Elena”, a quien adoraba con “la adoración tan pura y tan real como jamás haya sido ofrecida a un ídolo o a Dios”, engañada por las malas artes de sus implacables enemigos, retiró la promesa de ser suya, y él cayó desde la exaltación sentimental, desde la ensañación más poética de las felicidades hasta la desesperación.

“¡Ah! Todo es ahora un mero sueño!—escribió.—Mis triunfantes visiones se derritieron dulcemente a la solana de un amor inefable y dejé que mi imaginación vagara con Vd., y con los pocos que a los dos nos aman, a los orillas de algún tranquilo río, en algún valle encantador de nuestro país.

“Aquí separados, no muy lejos del mundo, poníamos en práctica un gusto que no estaba dirigido por ningún convencionalismo, siendo el esclavo juramento de un arte natural, en la construcción de una cabaña para nosotros, en la que ningún ser humano podría jamás entrar sin una jaculatoria de admiración, por su extraña, hechicera e incomparable belleza y, sin embargo, lo más sencilla. ¡Oh! las lindas y vistosas, pero no siempre

flores raras entre las que medio las enterraríamos! el esplendor de las magnolias y de los liriodendros que estaban guardándola el exuberante terciopelo de sus prados—la brillantez de su arroyo, que corría a su misma puerta—el interior elegante y lleno de comodidad, la música, los libros, las inostentosas pinturas, y sobre todo el amor que arrojaba una aureola inmarcesible sobre el todo!... Ah! todo es ahora un mero sueño!"

Vuelta a la realidad de los hechos, gracias a un examen más maduro de ellos, conocedora de las maniobras siniestramente insidiosas de los malévolos que la habían inducido en engaño y recordando este paso tristemente profético de su desventurado adorador: "mi única esperanza está ahora puesta en Vd., Elena; según me sea fiel o me falte, así viviré o moriré", la señora Withman, después de la prematura muerte, imprevista y casi trágica de él, quiso consagrarse, como tributo póstumo de arrepentimiento, de admiración y de afecto, quiso consagrarse por completo a su memoria. Y lo hizo conservándose célibe, y lo demostró "en su encantadora correspondencia y conversación—como lo dice Ingram—en sus melódicos cantos (especialmente en "Nuestra Isla de los Ensueños" y, sobre todo, en su pequeña monografía, verdaderamente bella, sobre *Edgardo Poe y sus críticos*, esforzándose invariablemente en poner más prominentemente de manifiesto los rasgos más brillantes del carácter de su héroe, lo que no podía ser realizado por ninguna otra persona y por ningún otro medio".

Acerca de esa monografía dice Mallarmé: "Páginas indignadas, espléndidas, gritos de alma grande y de espíritu fiero defendiendo una memoria sagrada contra todas las mentiras que por largo tiempo lo postraron con su sombra triunfal".

La señora Withman fué la única de las mujeres amadas que parece olvidó Poe, si el silencio pudiera ser, que no lo es, prueba de olvido. Pero aún admitido que la hubiese olvidado, ello no constituiría una prueba de volubilidad, sino una prueba de profundo resentimiento, que en los ánimos excesivamente sensibles subsigue precisamente a las desiluciones de amor ardiente.

Profundamente ofendido en su dignidad de hombre porque ella había confiado ciegamente en las malignas inventivas de sus adversarios, y más que todo ultrajado en su dignidad de amante, se vengó de ella con el silencio.

Ella, que también amaba al poeta, no pudo convencerse de que así fuese y quiso ilusionarse creyendo que le había dedicado *Annabel Lee*. Con cuyo propósito la señora Osgood “que—estándonos a lo asegurado por Ingram—indisputablemente sabía más de los sentimientos íntimos del poeta en los últimos cinco años de su vida, que cualquiera persona fuera del círculo doméstico”, observa que el objeto de aquel “poemita primorosamente patético” es Virginia, y sigue diciendo: “He oído decir que con él se proponía hacer referencia a un amorío anterior; pero aquellos que creen esto, en su incapacidad han entendido evidentemente mal, o no han acertado con la bella significación latente en los más lindos de todos sus versos, allí donde dice: *de una nube salió soplando un viento, que heló a mi bella Annabel Lee, de modo que su noble pariente vino y quitándomela, se la llevó.*”

Es opinión difundida en el vulgo—y dígame de paso que con frecuencia los poetas recogen y sublimizan tradicionales prejuicios—que una corriente de aire es la causa primitiva de la tuberculosis. La imagen del ángel, del “noble pariente” de Virginia, que se la llevó al cielo volando, evoca en la mente el concepto del poeta griego Menandro: “Joven muere el amado de los Dioses”.

IV

Durante la última fase de la relación con la señora Withman, se encontró con “Annie”, su “nueva amiga”: *new friend*. la llama Woodberry—y la amistad se trocó bien pronto en devoción por ella: *making rapid progress in his devotion to her*, dice ese mismo autor en la “Memoria”. Así era su naturaleza. Y, por otra parte, el magisterio de belleza y gracia, de bondad e inteligencia que adornaba a su nueva amiga era irresistible.

Tan pronto como se vieron, entre ella y él se produjo esa mágica corriente eléctrica que une a las criaturas afines con vínculos de simpatía y ternura. Mujer de exquisitos y nobles sentimientos, de no común intelecto, de temperamento místico. “Annie” se enterneció por el amigo besado por el genio en la frente luminosa y torturado por mil tribulaciones, y demostró por él el más afectuoso interés, y acabó por amarlo platónica-

mente. “Fué la felicidad de Poe—dice Ingram—en medio de todas sus angustias”. El mismo austero Woodberry se ve constreñido a reconocer que “la simpatía de ella por él fué para él el mayor consuelo—*most consolation*”.

¿Qué puede admirar, pues, si deseaba estar cerca de ella?

Aun en relación con la señora Withman, le escribía: “No es mucho lo que pido, dulce hermana Annie. Mi madre y yo alquilaríamos una pequeña cabaña—¡oh! tan pequeña y tan humilde!—Estaría yo lejos del tumulto del mundo, de la ambición que aborrezco, trabajaría día y noche y con diligencia... ¡Podría llevar a término tanto! ¡Annie! Sería un Paraíso, más allá de mis más locas esperanzas; podría ver a alguno de su amada familia cada día y a Vd. a menudo”.

Es el mismo insistente, afectuoso deseo que manifestó más tarde en la carta incriminada; deseo que, aún considerado desde el punto de vista del más frío convencionalismo burgués y de los más rígidos principios de la moral corriente, no tiene absolutamente nada de reprochable.

Nada más simple, más natural ni más inocente, que el poeta, sensibilísimo hasta el éxtasis, expansivo hasta el entusiasmo y agradecido hasta la adoración, deséase estar cerca de la confidente, afectuosa y gentil amiga, de la “dulce hermana” y de las personas igualmente queridas que constituían su familia. “Honni soit qui mal y pense!”

Las pocas cartas que quedan de él demuestran que le abría a ella, con franca y cándida sinceridad, su corazón y le confiaba sus grandes sufrimientos y sus pequeñas alegrías; que sin reticencias le revelaba sus estrecheces económicas y la lucha para superarlas; que le manifestaba sus esperanzas para un porvenir mejor; que le exponía sus proyectos y sus planes de estudio; le comunicaba sus trabajos solicitándole su juicio; que hasta le enviaba ciertas cartas confidenciales dirigidas por terceras personas; y que, en suma, corespondía con ella como hermana del corazón, confidente, tierna y queridísima. Y como tal ella lo aconsejaba amorosamente y le había impuesto que no bebiese. Acusado ante ella de haber faltado a la promesa, él se defiende: “si alude a haber quebrantado la promesa que le hice a Vd., digo simplemente que no lo he hecho, y con la bendición de Dios jamás lo haré. ¡Oh! Si solo supiera Vd. lo fe-

liz que soy manteniéndola por el cariño que le profeso, nunca podría Vd. creer que yo la violara”.

Empujado por una de esas fuerzas misteriosas que la herencia ensimisma con fatal potencia en el organismo humano, se veía arrastrado a pesar suyo a beber. El mismo lo sabía, pero sabía también que solo la devoción por las personas que lo amaban podía darle la energía para resistir, se ataba a ellas como a una ancla de salvación y se ataba desesperadamente.

A la señora Shew le asegura que será lo que ella quiera (9). A la señora Osgood “le promete solemnemente abandonar el uso de estimulantes, y respeta formalmente la promesa”, de lo cual ella se asegura. La misma promesa es hecha por él sucesivamente a la señora Withman y a “Annie”, y antes que a ellas le había sido hecha a Virginia: “Ten la seguridad—le escribía—que hasta que no vuelva a verte, voy a guardar como amoroso recuerdo tus últimas palabras y tu ferviente súplica”.

Conocedor como soy de las humanas desventuras y sabiendo como sé cuán potente es la fatal pasión hereditaria por el alcohol, que sé también como resultan las tribulaciones un incentivo para entregarse a él y que sé asimismo que la lucha para dominarlo puede conducir hasta el suicidio, comprendo plenamente con qué anhelante deseo y con qué intenso impulso correría el desventurado Poeta en busca de una benéfica hada, de una de las dulces hadas seductoras por él soñadas, para que lo salvase de la amenazante ruina. Y cuando se le aparecía una de ellas, irradiando belleza y gracia, generosa dadora de consejos de benevolencia y de amor, ¡con qué transporte se le entregaba! Y así se entregó a “Annie”. Se asió a “Annie”—escribe Ingram—para consuelo y dirección, más tenazmente que a cualquiera otra de sus amigas”. Y se vinculó a ella con sentimientos espirituales que solo sienten y comprenden los espíritus escogidos y que el vulgo de los hombres no siente y no puede comprender, por lo cual o los niega o los sobreentiende y los mofa.

Poe—y bueno es repetirlo—no debe ser juzgado sobre la falsilla de los hombres vulgares, ni sobre la falsilla de los acompañados y fríos mediocres, de los “ingeniosos y discretos normales”—como los llama Evaristo Carriego,—sino como un poeta genial, equivalente a decir como un ser superior, cuyo espíritu, animado por el sacro fuego del entusiasmo, se eleva por encima de las materialidades para vivir y encantarse de idealidades es-

téticas y afectivas. El declara que “sentía la existencia de influencias espirituales completamente fuera del alcance de la razón”. Seres tales sienten, piensan y obran de un modo *sui generis*; y para juzgarlos es necesario, absolutamente necesario tener espíritu crítico capaz, idóneo y libre, para poder conocerlos, entenderlos y ensimismarse en ellos y con ellos. De ahí que Ingram considere con justicia que “es casi necesario un espíritu semejante al del poeta para una comprensión completa de la apasionada gratitud (él mismo dice que profesaba “el culto de la gratitud”), el ardiente afecto y la intensa simpatía que él sentía... por aquellos que se afligían por su destino y trataban de ayudarle al pasar en su jornada de la vida penosa”. Y esos sentimientos lo empujaron hacia “Annie”, la benefactora dama sentimental, “cuya simpatía—es fuerza repetirlo con el mismo Woodberry—le proporcionaba el mayor consuelo *in whose sympathy he found most consolation*”.

Y a ella, a quien “admiraba y respetaba cada vez más” (*I admire and respect you even more*”), le escribía con transporte de ardiente reconocimiento el 23 de Enero de 1849. “¡Fiel Annie! ¿Cómo podré jamás ser bastante agradecido para con Dios por haberme dado, en todas mis adversidades, una amiga tan leal y tan bella?” Estar cerca de una amiga tal era para él, más que un consuelo inefable, una necesidad vital, una necesidad de la vida sentimental que sostiene y gobierna y rige y alegra la existencia. Y su mente no podía concebir el pensamiento de que una tal proximidad, ajena a toda tentación sensual, pudiese ofender en lo más mínimo a la mujer con quien debía contraer matrimonio.

Cae así, pues, cualquier aventurada suposición, cualquier juicio interesado y cualquier interpretación maligna de la hipocresía disfrazada de moralidad.

Y paso al segundo punto.

Las noticias que se tienen acerca de la relación de Poe con la familia de “Annie” son limitadísimas. Si se exceptúa Ingram, que, con su acostumbrada diligencia recogió datos nuevos y los expuso con franca libertad, los autores americanos, en quienes los biógrafos europeos se han informado, envuelven esa relación con el púdico velo del silencio. El mismo Harrison sigue semejante método. Aún cuando en la *Vida* encabeza un capítulo con el nombre de ella, dice mucho menos que Ingram; y

solo da el apellido del esposo en una nota que pone en una carta de Poe a ella, transcripta en el segundo volúmen, donde hace decir al editor: "*Annie* era la señora Richmond, una dama con quien vivió cerca de Lowell (Mass.) durante algún tiempo la señora Clemm después de la muerte de Poe".

Woodberry, que ha sacrificado a sus miras su conciencia de escritor y de historiador, alterando documentos y fraccionándolos a capricho, realiza la obra inmoral... en homenaje a la moral, mintiendo a sabiendas de que miente. En una nota puesta en las *Obras*, dice: "*Annie was a Lady of Lowell, whose name has not been published*". esto es: "Annie era una dama de Lowell, cuyo nombre no ha sido publicado (10), mientras que lo cierto es que había sido clara y abiertamente publicado por Ingram quince años antes de entonces. No sólo dice este autor que era esposa del señor Richmond, sino que hablando de la hermana de ella, da también el apellido paterno, que era Heywood, por manera que desde entonces era público y notorio que se llamaba Annie Heywood de Richmond.

Pero lo que más sorprende es que tal reticencia, que denigra la misión del historiador—"el sacerdote por antonomasia de la Diosá Verdad"—ha sido seguida por Lauvrière. Al reproducir de Ingram "los recuerdos frescos y encantadores sobre Edgardo Poe" que le habían sido proporcionados a este autor por la señorita Sara Heywood, hermana de Annie, oculta el apellido de esta usando solo una inicial.

Por Ingram, que es entre los tantísimos biógrafos del poeta, el más claro, el más explícito, el más difuso, el más libre y el más concienzudo de todos, sabemos que, con motivo de su residencia en Lowell, a donde fué dos veces en 1848 a dar conferencias, conoció "a la amable familia de Richmond". La amistad que Poe estrechó con ella—sigue aquel autor—aunque infortunadamente tan inmediata a la conclusión de su triste carrera vital, fué uno de sus más brillantes incidentes. Los Richmond lo ayudaron en los días más oscuros de *sus últimos años solitarios*, tenían fe en él cuando fué calumniado; le recibieron como a un distinguido huesped cuando el mundo le despreciaba; le fueron fieles a través de todas las adversidades; y cuando la muerte liberó a su atribulado espíritu, proporcionaron un largo y hospitalario abrigo a su desolada madre, señora Clemm".

Pero en el breve período que duró esta relación (poco más

de un año), no se deslizó ella siempre plácida y serena, dulce y confortadora como eran los afectos que la ligaban: fué turbada por dos veces por un par de incidentes, a cual más graves de ellos, el segundo de los cuales amenazó romperla definitivamente.

Cada vez que "el sol de la Fortuna", tan adverso para el desventurado poeta, le sonreía, haciéndole encontrar benévolas y benéficas personas, sus vigilantes e implacables enemigos interponían sus artes insidiosas.

"Lamento profundamente—le escribía Poe a Annie con fecha de 23 de Enero de 1849—que el señor Richmond (los biógrafos dan púdicamente la sola inicial) piense mal de mí. Si Vd. puede desengañarle, haga por mí lo que crea mejor. Pongo mi honor, como lo haría con mi vida y mi alma, implícitamente en sus manos".

Era esto, indudablemente, el efecto de las primeras insinuaciones de los vigilantes e implacables enemigos. Pero se ve que Annie supo convencer al esposo y volvieron a ser buenos amigos, a tal punto que el Poeta y su madre se proponían refugiarse, sin duda por expresa invitación, cerca de los Richmond. Escribiale él a su "dulce amiga", el 8 de Febrero de 1849: "Hemos dicho al dueño que tomaremos la casa (de Fordham) por el año venidero. No permito, sin embargo, que el señor Richmond haga ningún arreglo para nosotros... porque siendo pobres, somos esclavos de las circunstancias".

Esta vecindad "valerosa y limpia", como la de las mágicas islitas del poeta italiano Aleardo Aleardi, que "se miran siempre y no se tocan nunca"; esta vecindad, considerada por los hipócritas sofistas de la moral como una deplorable inmoralidad; esta vecindad, pues, era concedida por el esposo de Annie, que conocía, por supuesto, la relación de su esposa con el poeta!

Perq̄ este sueño dorado, que "superaba hasta a la más loca de sus esperanzas" no habría de realizarse para suma desventura del poeta, que, tal vez, bajo la éjida de la Mujer benefactora, se hubiera abstraído por entonces al inminente Hado que incumbía sobre su gloriosa cabeza.

Once días después de escrita la precitada carta, Poe, doliente y consternado, volvió a escribir a Annie diciéndole que protestaba su inocencia contra las calumnias de dos personas, marido y mujer, (cuyos nombres no dan los biógrafos, pero que

parece fueron los cónyuges Ellet), que con malvada perfidia habían logrado, denigrándolo, sembrar la discordia entre él y la familia Richmond. Refiriéndose al jefe de ella, se expresa así: “Yo tenía todas las razones para amarlo y respetarlo... Es inhumano, de su parte, estando yo ausente y en la imposibilidad de defenderme, querer persistir en escuchar lo que esa gente dice en mi descrédito. No puedo por menos que considerar eso como la prueba más inexplicable de debilidad, de torpeza, de que yo haya visto jamás hacerse culpable a un hombre. Las mujeres se extravían más fácilmente ante estas cosas... La verdad es que yo no prevenía otra línea de conducta de su parte; pero, por otro lado, la verdad es también que no prevení que un hombre con todos sus sentidos abriera jamás sus oídos a acusaciones de origen tan sospechoso... No solo no debo visitarla a Vd. más, sino que tengo que interrumpir mis cartas y Vd. las suyas. No puedo y no quiero tener sobre mi conciencia el haberme interpuesto en la felicidad doméstica del único ser a quien he amado en el mundo al mismo tiempo con verdad y con pureza. No la amo solamente. Annie; la admiro y la respeto. El cielo sabe que mi devoción es pura de todo egoísmo”.

Los sentimientos expresados con semejante espontánea candidez—candidez reveladora de su noble naturaleza—honran altamente al poeta y desmienten al propio tiempo las interpretaciones arbitrarias, tendenciosas y malévolas de los adversarios. De donde resulta que los Richmond hicieron justicia a Poe es del hecho que el poeta continuó escribiéndole afectuosamente a su Annie. No obstante se mantuvo cierta rigidez con el marido de ella, tal como resulta de parte de Poe al no recordarle en el resto de las cartas más que una sola vez, encargándole a ella friamente que lo salude. Y el señor Richmond, que por dos veces había declarado que lo desestimaba y ya prevenido por eso mismo contra él, ¿no se habría resentido por la oda que Poe le escribiera a su esposa?

Como yo le manifestase esta duda a un eximio amigo mío, este me contestó: “¿Duda, dice Vd.? Diga Vd. no más certeza, certeza, certeza absoluta. Pero ¿le parece a Vd., que, un marido lleno de dignidad, pudiera tolerar las impúdicas imágenes del escandaloso poeta?”

Y siguió recitando:

“Y así yace ella (su alma), dichosamente sumergida en re-

cuerdos perennes de la constancia y de la belleza de Annie, anegada en un beso a las trenzas de Annie.

“Tiernamente me abraza, apasionadamente me acaricia. Y entonces caigo dulcemente adormecido sobre su seno, profundamente adormecido en el cielo de su seno”.

Y ¿qué me dice Vd. de la conclusión?:

“Mi corazón es más brillante que todas las estrellas del cielo, porque brilla para Annie, abrasado por la luz del amor de mi Annie, por el recuerdo de los bellos ojos luminosos de mi Annie...”

Y sin embargo ese amigo mío es un hombre modernamente libre, estudioso de vasta cultura, que en sus años juveniles fué “decidor en rima”, decidor elogiado. ¡Y decir que los antiguos decidores en rima italianos, los decidores de aquella época afortunada de la cual surgió por la audacia del pensamiento y la energía de la acción de los hombres nuevos, el glorioso Renacimiento, cantaban libremente sin suscitar ni celos ni recriminaciones, la belleza y la gracia de las mujeres ajenas!

La sociedad de aquella época afortunada, emancipada del espíritu burgués sórdido y rutinario y menospreciante el formalismo jesuítico, convencida de que “las pasiones cantadas por un poeta y las criaturas efigiadas por él, cualquiera que sea el contenido psíquico que tengan, no son nada más que *notas musicales*”, reputaba “simplemente ridículo ofrecer la rosa de la virtud o infligir el castigo del vicio a una nota musical” (11).

“En una mujer pensaban, de una mujer hablaban los decidores en rima—transcribo de Del Lungo;—de una mujer cuya belleza pudiera el rimador admirar visiblemente, alegrarse con su sonrisa, suspirar por su alejamiento, entristecerse de sus lutos, llorar sobre su tumba y custodiar el recuerdo piadoso e inspirador. Y a pesar de todo, en el homenaje que ella recibía nada había que pusiera celoso a su marido ni a la mujer del rimador... Entre las tantas causas por las cuales aquella gente altanera y reñidora llegaba hasta la sangre con tanta ligereza, no se guarda memoria que haya sido nunca uno de esos amores poéticos lo que haya afilado en el terrible silencio de la venganza o desenvainado en los furiosos de las riñas improvisas, los hierros fraticidas. Ningún códice, entre los tantos desbordantes de rimas amorosas, podría ser registrado entre los documentos infaustos de nuestras discordias ciudadanas. Cuya impunidad,

si así se la quiere llamar, no excluía, por supuesto, que el rima-dor hiciera de sus suspiros un misterio gentil y mostrase custo-diarlo secretamente, de modo que a la flor del arreglo amoro-so no le faltase ni siquiera esta su más delicada fragancia" (12).

Delicada fragancia es también y quizá más por la libre expansión del confidente afecto, la digna seguridad del poeta que no hace misterio alguno de las declaraciones de su corazón. Y nuestro poeta, precisamente, cuyas intenciones eran puras, como era incontaminado su amor, publicó sin reserva y libre-mente su oda a la mujer amada, con su propio nombre: *Tu Annie*, y antes de publicarla se la envió a ella, para que la juz-gase y la hiciera leer también por los demás miembros de su familia y por un amigo común. Esta franca y abierta sinceridad desarma cualquier mal intencionado juicio; y, por otra par-te, la magnificencia de esa oda quita sombra de impudicia, por-que el arte, el gran arte, como manifestación del genio—"el sol de la inteligencia"—es incontaminado, lo mismo que lo son los fúlgidos rayos del sol.

Pero no se conoce al señor Richmond y no se sabe si pen-saba como piensa mi amigo. No se sabe si en sus adentros con-servaba cierto resentimiento contra Poe porque había expresa-do en un trozo de carta que he transcripto, juicios muy severos, lisa y llanamente ofensivos para él.

Y así también se ignora si este a su vez no conservaría cierto resentimiento por la humillación que aquel le infligiera creyéndole capaz de una mala acción, de una acción reprobable, indigna de un caballero. Y que en un momento de mal humor y de irreflexión impulsiva (*genus irritabile vatum*) se sintiese inducido a decir lo que dijo. Lo que dijo, porque puede consi-derarse no escrito sino dicho en la más estrecha intimidad a una persona de su mayor confianza, a la que era para él más que la propia madre, tal como para que se lo pueda considerar como el reflejo de sí mismo. De modo que su expresión puede repu-tarse como dicha igual que en un soliloquio. Y las expresiones manifestadas en tal forma no están condenadas por ninguna le-gislación, ni aún por la más draconiana o la más severamente puritana.

Si los soliloquios fueran condenables, ¿cuántas personas se salvarían? Poquísimas o ninguna. ¿Quién es aquel que no ha concebido alguna vez un mal pensamiento?

Pero y luego, ¿es positivamente un mal pensamiento el de Poe? ¿Y si el señor Richmond hubiese estado enfermo, no era más que natural que Poe deseara ser noticiado de la ocurrencia de su muerte? Se trataba de una persona íntimamente vinculada con la criatura que más era amada por él en la tierra. ¿Cómo es posible que pensase en la muerte de aquel señor si hubiera estado en la plenitud de su salud física? Al contrario, al saber enferma a una persona de nuestra relación, aún sin estarlo de gravedad, nuestro pensamiento puede correr espontáneamente y rectamente a la muerte. Y el de Poe, obsesionado por el fenómeno de la muerte, corría espontánea y rectamente a ella más que cualquier otro.

Como ni el hijo de Griswold ni Woodberry hicieron investigaciones para eliminar tal probabilidad o posibilidad, esta permanece de pie, y, por consecuencia, por este lado también, sus odiosas apreciaciones pierden toda razón de ser.

Queda en el espíritu de los hombres libres y sin prejuicios, optimistas y buenos por naturaleza y por eso mismo sentimentales, un sentimiento de afectuosa gratitud por "los verdaderos y puros—repito con la señora Osgood, que fué uno de ellos—que venerando su genio y compadeciendo sus infortunios y sus errores, trataron de suavizarle su triste carrera con oportuna buena voluntad y simpatía".

¡Oh vosotros, que en las tribulaciones, en los dolores y en las lágrimas habéis gozado los consuelos inefables de los corazones generosos; oh vosotros, que habéis sufrido y aniado, y en el amor habéis encontrado el rayo de esperanza que ilumina y alegra el camino de la vida; oh vosotros, que enfermos, abandonados y perseguidos, habéis experimentado cuán delicioso es el bálsamo de la caridad y de la piedad fraternal y de la afectuosa y heroica defensa: uníos a mí para bendecir la memoria de las nobles damas que despreciando el convencionalismo social, supieron, aún manteniéndose immaculadas, suavizar con el magisterio de la bondad y de la gracia, las angustias del más desventurado entre los hijos del Genio!... ¡Y bendita sea, oh nobles benefactoras de consuelo, vuestra piadosa memoria!...

ESTEBAN M. CAVAZZUTTI.

NOTAS

(1) Para comodidad de los lectores y a fin de no interrumpir la lectura con demasiadas notas, me he propuesto poner aquí, al final del texto, la bibliografía de las obras citadas; y haré pocas excepciones. Una de ellas se impone para la obra de Sarah Helen Whitman: *Edgard Poe and his critics*, Providence, 1860.

Entre los hombres de ciencia europeos que se han ocupado de nuestro autor, — y todos erróneamente, como que no lo conocían sino imperfectamente — ocupa el primer lugar César Lombroso. El primer lugar, por su autoridad, por haberse ocupado de él exprofeso y difusamente y por los errores desconunales cometidos, uno de los cuales consiste, precisamente, en haber atribuido dicha obra a John H. Ingram, dándola por publicada en Nueva York en 1895 (*Genio e Degenerazione*, página 140, nota 1, Palermo, 1897). De modo, pues, que el ilustre hombre de ciencia no la conocía y no pudo haberla consultado. Cita en el mismo libro (página 147) como tomado de *Gordon Pym* un pasaje de Poe, que, viceversa, figura en *Berenice*. Dice: "le escribía a William Wilson" (página 143), cómo si éste fuese un personaje distinto que el autor y es el protagonista del cuento que ostenta por título el mismo nombre, en el cual se ha personificado el autor, transformándose más o menos, sirviéndose de la ficción del arte, según las indicaciones psicológicas. Luego, pues, el decir que Poe le escribía a William Wilson equivale a decir que se escribía a sí mismo. Ve Lombroso en este cuento "el naufragio del sentido moral" y, por el contrario, es su apoteosis! ... Y siguiendo tal método, tanto en *Genio e Degenerazione* como en *L'Uomo di Genio* maltrata de mil maneras al poeta, sin fundamento biográfico, sin conocimiento de las obras y pretendiendo hacer ciencia. Como tampoco es ciencia acoger la errónea y disparatada noticia de Latham que quiere que los fueguinos son, por efecto del frío y del hambre, pigmeos (C. Lombroso y R. Larchi: *Il delitto politico e le Rivoluzioni*, etc., página 84, Turin, 1890), cuando es sabido que los onas son los hombres más lindos y más altos del mundo, que descienden en línea recta de los famosos gigantes de la Patagonia; ni aseverar que Urquiza era talmente sensible a los perfumes que al aspirar el perfume de una rosa se desmayaba (no recuerdo con precisión si así lo asevera en *Genio e Follia* o en *L'uomo delinquente*), cuando es sabido desde Justinus que los iberos eran un pueblo de los más anestésicos y que con el ingerto del elemento étnico americano (la madre de Urquiza era criolla) esa anestesia en vez de disminuir ha aumentado. Como no es ciencia tampoco parangonar el famoso charlatán político Coccapellier con el sincero y honorable y heroico tribuno Cola di Rienzo (*Due Tribuni*, Roma, 1883), parangón que excitó las burlas de Stecchetti (Olindo Guerrini, *Brani di vita*, pág. 617 y siguientes, Boloña, 1908; ni lo es tampoco, en fin, calificar de sueño premonitorio al de Jacobo Alighieri, gracias al cual pudieron hallarse los trece últimos cantos de la *Divina Commedia* (*Ricerche sui fenomeni ipnotici*, etc., página 20 y siguientes, Turin, 1909, puesto que se trata de un caso de automatismo cerebral onírico de autosugestión. Es bien otra cosa que ciencia toda la puesta en provecho de su teoría, acumulando errores sobre errores y en detrimento y oprobio de la memoria de un ilustre y desventurado hijo del genio.

(2) EMILE LAUVRIERE: *Edgard Poe, sa Vie et son Oeuvre*, etc., página 202 y 203, París, 1904. John H. Ingram: *Edgard Allan Poe: Life, Letters and Opinions*, pág. 445 y 446, Londres, 1886. El primero de estos autores da el nombre de la señora Ellet; el segundo, tan sólo la inicial.

(3) RUFUS GRISWOLD: *The works of the late Edgard A. Poe, with notices of his Life*, in 4 vol., in 8.º, 1850, 1856, 1858, 1861, Nueva York. W. J. Widdleton, 1863, 1864.

(4) RICHARD HENRY STODDARD: *The works of Edgard A. Poe with an introduction and a memoir*, in 6 vol., in 8.º, Londres, 1884, 1885.

(5) EDMUND C. STEDMAN AND GEORGE E. WOODBERRY: *The works of Edgar A. Poe. Newly collected and edited, with a Memory critical introduction*, etc. (Illustr.) Chicago, Stone and Kimball, in 10 vol. in 8.º, 1894, 1895.

(6) THE COMPLETE WORKS OF EDGAR A. POE. Edited by James A. Harrison, in 17 vol. in 8.º. Nueva York, 1902

(7) EMILE LAUVRIÈRE, op. cit., pág. 291, reproduce y hace suyas las palabras de la señora Talley Weiss. James A. Harrison: *Edgar A. Poe, Life and Letters*, vol. I, pág. 312, coparticipa en cierto modo de la opinión de esta escritora. "Es muy posible—dice—que haya sido una recrudescencia de la antigua pasión mezclada con nuevos elementos de interés personal". (*Momentary recrudescence of the old feeling mixed with new elements of self-interest*). Pero y cómo puede este autor decir que el despertar de la antigua pasión del poeta por su primera amante era *momentary recrudescence*, habiendo muerto el poeta mientras se corrían los trámites para casarse con ella? Todo induce a creer, en cambio, que si se hubiera consagrado el matrimonio, habría durado cuanto su entera vida.

(8) Es una estrofa del poema *The Raven* (El cuervo).

(9) Le escribía a esa señora el 29 de Enero de 1847: "Yo seré todo lo que usted tan noblemente desea ver en mí". (*... you so nobles wish to see me*).

(10) THE WORKS OF EDGAR A. POE: Newly collected and edited, with a Memory critical Introduction, and notes by Edmund C. Stedman and George E. Woodberry, vol. X, pág. 195, Chicago, 1895. Como la nota no tiene firma alguna que la personalice, ignoro a cual de los dos autores le pertenece; aun cuando como la edición es hecha en común, común debe ser la responsabilidad. Por otra parte, Woodberry, en la Introducción, escrita por él, se ha dado maña para ocultar el apellido de "Annie".

(11) BENEDETTO CROCE: *La Letteratura della Nuova Italia*, vol. IV, pág. 168, Bari, 1915.

(12) ISIDORO DEL LUNGO: *Beatrice nella Vita e nella Poesia del secolo XIII*. "Nuova Antologia", Junio I.º de 1890.

BIBLIOGRAFIA

CESARE LOMBRÓSO: *L'Homme de génie*, traducción de Fr. Colonna D'Istria y Calderini, París, 1896.

VITTORIO PICA: *La Vita italiana nel settecento*, conferencia sobre "L'Abate Galiani", Milano, 1912.

DR. GEROLAMO WEISS: *Saggi critici in torno a Giacomo Leopardi*, etc., Milano, 1882.

ROBERTO F. GIUSTI: *Enrique Federico Amiel*, en su "Diario Intimo", Buenos Aires, 1919.

ANTONIO MESSERI: *Da un carteggio inedito di Giosué Carducci*, etc., Bologna e Rocca di S. Casciano, 1907.

GEORGE SAND: *Poètes et Romanciers modernes de la France in George Maurice Guerin. Revue des Deux Mondes*, París, 15 de Mayo de 1840.

LUIS LÓPEZ BALLESTEROS Y DE TORRES, en la introducción a la traducción del "Epistolario inedito de Federico Nietzsche", Madrid, 1919.

C. A. SAINTE BEUVE: *Causeries du Lundi*, etc., vol. II, pág.: 121, 142 y pág. 336-352; vol. IX, pág. 401.

ENRICO NENCIONI: *Medaglioni*, Roma, 1884.

JOHN H. INGRAM: *Life, Letters and Opinions of Edgard Allan Poe*, Londres, 1880.

JOHN H. INGRAM: *Poems and Essay, with a new Memoir*, Londres, 1884.

JOHN H. INGRAM: *The Tales and Poems of Edgard Allan Poe with a biographical Essay*, Londres, 1884.

SARAH HELEN WITHMAN: *Edgard Poe and his critics*, Providence, 1860.

N. P. WILLIS: *Death of Edgard A. Poe* in "Home Journal", Octubre 13 de 1849.

JAMES A. HARRISON: *Edgard A. Poe, Life and Letters*, 2 vol., Nueva York, 1902.

ÉMILE LAUVRIÈRE: *Edgard Poe, sa vie et son oeuvre*, Paris, 1904.

GEORGE R. GRAHAM: *Defence of Poe*, in "Graham's Magazine", Marzo de 1850.

THE WORKS OF THE LATE EDGARD A. POE, WITH NOTICES OF HIS LIFE, etc., in 4 vol., in 8.º, by Rufus Griswold, 1850, 1856, 1858, 1861. Nueva York, W. J. Widdleton, 1863, 1864.

THE WORKS OF EDGARD A. POE, WITH AND INTRODUCTION AND A MEMOIR by Ricard Henry Stoddard, in 6 vol., in 8.º, Londres, 1884, 1885.

GEORGE E. WOODBERRY: *Poe in the South, in Philadelphia and in New York*, "Century, etc.", Agosto, Setiembre y Octubre de 1894.

THE WORKS OF EDGARD A. POE. NEWLY COLLECTED AND EDITED, WITH A MEMOIR CRITICAL INTRODUCTION, etc., by Edmund C. Stedman and George E. Woodberry (con ilustraciones). Chicago Stone and Kimball, in 10 vol. in 8.º, 1894, 1895.

THE COMPLETE WORKS OF EDGARD A. POE, edited by James A. Harrison, 17 vol., in 8.º, Nueva York, 1902.

GABRIEL MOUREY: *Un amour d'Edgard Poe*, in "Revue Bleu", Febrero 27 de 1909, Paris.

B. SHAW: *Edgard Poe*, "The Nation", Enero 16 de 1909.

STÉPHANE MALLARMÉ: traducción de *Les Poèmes d'Edgard Poe*, Bruselas, 1897.

TEODORO DE WYSEWA: *Ecrivains étrangers: Edgard Poe*, etc., Paris, 1896.

ARVÉDE BARINE: *Neurosis: Edgard Poe*, etc., Paris, 1899.

SARAH TALLEY WEISS: *Last days of Edgard Poe*, in "Scribner's Monthly Magazine", Marzo de 1878.

BENEDETTO CROCE: *La Letteratura della Nuova Italia*, vol. iv, Bari, 1915.

ISIDORO DEL LUNGO: *Beatrice nella vita e nella poesia del secolo XIII*, in "Nuova Antologia", Junio 1.º de 1890.

POESIAS

Alma.

Alma, te sutilizas en las cosas
y en todo vibras porque adoras todo:
la gota que desprende el hilo de agua,
el misterio eterno que ofrece el Cosmos,
la piedra en que descanso en las mañanas
cuando no ríe el sol, y el cielo plomo
un cortejo fantástico de nubes
da a los vientos de Otoño!

Alma, te profundizas en las vidas
y hacia ellas descendes, poco a poco,
como un rayo de luna desde lo alto
que penetrara al fondo de algún pozo!

Tú recoges intensas emociones
que en la urdimbre sutil del verso, acopio,
mientras voy con mi carga de quimeras
siempre soñando, y olvidando todo
el pesar que a mi espíritu consagra
en un dulce estoicismo...

El silencioso
que entre los hombres va adorando, y tiene
dentro del corazón pesares hondos,
elévase...

Es que el alma ardiente debe
buscar la soledad, como el meteoro
el infinito espacio de los cielos
para extender su luz, en tanto el Cosmos

se admira ante los astros
que nos parecen centelleantes ojos!
Te sutilizas en las cosas, alma,
y en todo vibras porque estás en todo!

FÉLIX B. VISILLAC.

Hay un monstruo...

Hay un monstruo insaciable oculto a corto trecho
de ti, y entre las sombras aciagas del camino,
que está siempre dispuesto para saltarte al pecho.
que seguirá tus pasos con paso de felino
y oculto entre tu huerto quimérico y divino
te aguardará en acecho.

Luego, espiondo tu ausencia matará tus rosales,
secará los racimos de tus viñas triunfales,
desolará tu huerto,
y en medio de sus ruinas florecerán los males,
florecerán los males sobre tu ensueño muerto.

No te apartes entonces de tu huerto de ensueño:
en medio de tus noches yo velaré tu sueño,
estaré yo despierto...
no te apartes por nada de tu divino huerto
que el monstruo no desiste de su trágico empeño.

De la mano piadosa.

Dolor: no me conturbas porque estés a mi lado,
he aprendido contigo a ser noble y ser fuerte,
nunca habrá de angustiarme la maldad de la suerte
ni en la misma derrota me creeré derrotado.

Si luchando contigo ya me hubiese agotado,
si ya todas mis fuerzas no pudiera oponerte,
yéndome de la mano piadosa de la Muerte
tu sacrílego intento dejaría burlado.

Ella es la buena esposa que cuida mi vigilia,
la que vela en mis sueños y en mis sueños me auxilia,
la que a tu maldad ciega su amor ha de oponerte...

¡Oh, dolor!, si mis fuerzas hubieras agotado
no me hubieras vencido, yo me habría librado
yéndome de la mano piadosa de la Muerte...

ENRIQUE VELASCO.

LIBROS INEDITOS DE RUBEN DARIO (1)

I

Nadie antes que yo, que sepa, ha emprendido la impropia tarea de sacar a la luz de hoy y del mañana, en forma de libro ni en ninguna otra forma, la labor dispersa de Rubén Darío en sus primeras mocedades. Labor fecunda aquélla, intensa, del arte — su arte — en los primeros delineamientos, bien vale la pena de ser recogida y ofrecida a los numerosos lectores del gran escritor, del genial poeta, del aeda, del vate. Periodística en su mayor parte, por cuanto fué dada a periódicos y revistas, no por eso desmerece (2). "Ya he dicho en otra ocasión — es-

(1) El siguiente es el primer capítulo de los seis iniciales que llevará el libro inédito de Rubén Darío, *Prosas Pretéritas*, próximo a publicarse en Europa. Autor del trabajo es el escritor nicaragüense Gustavo Alemán-Bolaños, que ya colaboró en esta revista, en el número publicado en homenaje a Darío. También Alemán-Bolaños se dió a conocer en Buenos Aires, cuando aquí residió, por su colaboración en *La Nación*. Dos libros más, de éstos, están preparados, según noticias que nos llegan. — N. DE LA D.

(2) Dice Armando Donoso, escritor chileno, en una monografía sobre *La Juventud de Rubén Darío* (Nosotros, número 120):

"Gran corazón e inteligencia privilegiada (la de Darío), la necesidad del tirano mendrugo le obligó a dilapidar su talento en la obra volandera e insustancial del periódico, que muere con la hoja cotidiana... etc."

Mas tenemos que observar al autor: la obra periodística es volandera por naturaleza, pero eso no la priva de que pueda resultar *sustancial*. Mucho de lo de *Prosas Profanas*—para citar una de las obras de Darío—fué escrito entre el ajeteo de las redacciones, libro concebido no de una vez o en empuje uniforme, como lo da a entender Donoso (cap. XV de su citada Monografía), sino en labor fragmentaria y precisamente como contribución para periódicos. *El Elogio de la Seguidilla* apareció en 1892; *Era un aire suave...* en 1893, y *Divagación*, en 1894. El poeta costarricense Flores recuerda que en 1891 escribió Darío *El Coloquio de los Centauros*, que se publicó en uno de los periódicos de la época. Ya ve, pues, el señor Donoso.

cribe el propio Darío hablando de Cavia — mi pensar respecto a eso del periodismo. Hoy y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir. La mayor parte de los fragmentarios son periodistas. ¡Y tantos otros! Séneca es un periodista, Montaigne y de Maistre son periodistas, en el amplio sentido de la palabra. Todos los observadores y comentadores de la vida han sido periodistas". En hojas volantes dejó Rubén las primicias de su raro intelecto, ya en *El Termómetro*, periódico de Nicaragua que él cita, como en los diarios de Chile, de El Salvador, de Guatemala, de Costa Rica, en aquellos lejanos años en que él residiera, circunstancialmente, en cada uno de esos países. ¿Y la obra de *La Nación*, de Buenos Aires? *Los Raros*, ¿acaso no son tomados sino de las columnas del gran diario argentino? Ya sabemos que algo de sus *Prosas Profanas* se publicó en aquel notable periódico, y de correspondencias para *La Nación* están formados casi todos sus volúmenes de prosa.

Pues bien, no debemos dejar en olvido al periodista de antaño, al joven soñador y luchador que regara su sangre mental en los hoy viejos y apolillados papeles centro-americanos, mal pagado sin duda, una que otra vez en suerte, como cuando, él lo refiere, el Presidente Menéndez, de El Salvador, lo puso al frente de un diario. "A los pocos días — dice en sus Memorias, — me mandó llamar (el Presidente) y me dijo: —¿Quiere usted hacerse cargo de la dirección de un diario que sostenga los principios de la Unión (centro-americana)? — Desde luego, señor Presidente, — le contesté. — Está bien, — me dijo, — daré orden para que en seguida se arregle todo lo necesario. En efecto — continúa Darío. — no pasó mucho sin que yo estuviera a la cabeza de un diario, órgano de los unionistas centro-americanos y que, naturalmente, se titulaba *La Unión*". A párrafo aparte agrega: "Estaba remunerado con liberalidad, etc." Pero, en cambio, en Nicaragua nada o casi nada le produjeron sus trabajos de prensa, y en Costa Rica muy poco. En sus recuerdos, el poeta Luis R. Flores transcribe: "Mi machete — le decía Darío a Heredia — es la pluma, hay que buscar dónde hacer siega. Aunque quisieran estos periódicos — los de la capital — pagarme, no pueden, es todo tan chico acá..." De Chile, ya sabemos por la Autobiografía: "Se me encargó — por un diario de Valparaíso — una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo:

— Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción... Y, por escribir muy bien, — concluye el párrafo de Darío, — me quedé sin puesto." Así andaban las cosas, así andan en los dichosos periódicos...

A esa obra dispersa me refiero. Labor improba de investigación, de busca y de rebusca, de papeleo, de ajeteo, me ha permitido reunir buena parte de los artículos de Rubén Darío allá por los años de 1890, 91, 92... (1). Es lo que ofrezco ahora, en parte, en este volumen. Demás estará hacer explicaciones, ni caben las exégesis. Cada artículo, — capítulos en el libro, — es un tema completo. Hombres de aquí y de allá, enfocados por su lente de periodista. Sucesos comentados cálidamente. Crónicas multicolores. Páginas de arte neto. Cuentos. Apólogos. Fantasías. Profecías... Llamo la atención, especialmente, hacia la prosa intitulada "Las Peroratas de Juan Lanas", profética. Va el vaticinio envuelto en la amarga verdad del relato. "Me llamo Juan Lanas y no tengo un centavo", concluye. Y ese Juan Lanas, sin un centavo en el bolsillo, es el que está ahora cumpliendo el programa ultra-socialista — en gris mayor — de Rubén, que constituye su artículo.

Encuentro versos también. No diré malos, porque tratándose de Darío — aunque sea del Darío de hace treinta años, — no cabe la crítica, y mucho menos la censura. Malos o buenos sus versos de entonces, eran *de él*, y si malos, *él* los produjo así, no diré adrede, pero debe haber tenido la conciencia de que aquella producción suya no era notable. Casi todos son versos de cumplimiento, cantos a la belleza de alguna dama o hurí, es-

(1) Me ha tocado librar estas antiguas páginas originales, casualmente, de la mano ratera de un escribidor de por aquellas toderías. Llámanse él Armando Saavedra, y es nicaragüense. Residía el perillán en San José, y vivía de la caza y de la pesca, como suele decirse. Casi le sorprendo con las uñas y las tijeras dañinas, arruinando las colecciones de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, y privando a la literatura de las páginas presentes y de las de dos libros más. Fui activo, evité tamaño crimen. Dicho Saavedra, por aquel entonces, especulaba con Rubén Darío. ¿Cómo? preguntarán. Fingía poseer, de recuerdo, objetos de él: pipas, corbatas, lapiceros, etc., y vendía esa clase de objetos a los incautos. También falsos autógrafos del gran poeta. Una vez, en la cantina "La Magnolia", le encontré subastando ante varios un "original" de Darío. Pedía por él cinco pesos. ¡Acá!, le dije. Se los di. Pagué un trago para el zamarro vividor. Se trataba—indignáos—de una copia del poema *l.o Fatal*, imitando los conocidos caracteres del poeta. He ahí la labor de algunos nicaragüenses respecto al infortunado y gran compatriota.

trofas para álbumes — “la incontenible manía de álbums y abanicos”—, rimas ligeras, livianas estrofas de música corriente, y una donosa crónica escolar rimada, que, junto con los otros versos, irá en distinto volumen, ya preparado. Y no dejaré de copiar aquí mismo, dos epigramas mordaces que, con las iniciales del poeta, he encontrado en la colección de *La Unión*, de San Salvador. Dicen de esta suerte, hirientes:

LATIGAZO

Los que escriben con decoro,
como no una pluma sierva,
pueden tener de Minerva
el casco de oro.
Loa escritores cazurros
que ofenden y nos dan asco,
esos... tienen cuatro cascos
como los burros.

A UN POETA

Poeta! Nunca improvises.
Improvisando, los vates
cometen muchos deslices.
Por un buen verso que dices
Hablas diez mil disparates.

Ya en otro tomo por publicarse. — el exclusivamente relativo a lo que escribiera Darío en Costa Rica, sobre hombres, cosas, sucesos y tópicos de aquel país —, relato con bastante minuciosidad peripecias periodístico-personales de Rubén cuando éste estuvo en la citada república centroamericana (1). Un poeta, Luis R. Flores, y un periodista, Tranquilino Chacón, colaboraron en mi tarea dándome extensas páginas rememoradoras. Allá remito a quienes quieran conocer detalles de la vida de periodista de Rubén Darío, cuando éste estaba en los pórticos de la gloria. Y para verle en su faz de idealista político, la siguiente nota editorial del citado diario *La Unión*, que al calce lleva su firma:

LO QUE SERA ESTE DIARIO

Venimos a ser trabajadores por el bien de la patria, venimos de buena fe, a poner nuestras ideas al servicio de la gran causa nuestra, de la unidad de la América Central.

(1) Nuestros lectores están enterados de que gran parte de la producción de Rubén Darío en Costa Rica, en los años de 1891 y 92, ha sido recientemente reunida también por el señor Teodoro Picado en un volumen publicado por J. García Monge en sus *Ediciones Sarmiento*, el cual está en venta en la administración de *Nosotros*. Esto no quita valor a la colección que nos anuncia Alemán Bolaños. — N. DE R.

Este diario flameará como una bandera y sonará como un clarín. Seremos los que dirán al pueblo la palabra del entusiasmo.

Pensamos en que los hombres de buena voluntad, los verdaderos patriotas, deben ya prácticamente hacer su labor en la obra del porvenir.

Acaba de darse un paso grandioso al formar el Pacto que han firmado en San Salvador los Ministros de las cinco Repúblicas. Delgado, Lainfiesta, los señores Alvarado y Baca, tienen derecho al aplauso de todos los centroamericanos que ansian el engrandecimiento del viejo país porque murió Morazán. Nos sentimos llenos de honra al llegar, con nuestras tareas del diario, a ponernos bajo la sombra del pabellón blanco y azul.

Queremos ver brillar la nueva aurora y esfumarse las fronteras el día de la gloriosa fiesta triunfal.

Que cada cual ponga su contingente: que la asociación, que la iniciativa particular, la prensa, hagan su labor.

Que vuestro pensamiento, oh! Morazán, oh! Cabañas, oh! Jerez, sea una explosión de luz en la noche de nuestras divisiones.

Haya franqueza, haya fraternidad.

No más discusiones y pequeñas rencillas: brille la paz serena y santa.

Así, llenos los campos de espigas, vendrá el olvido de la sangre y de las fatales guerras.

El Pacto de San Salvador es una inmensa esperanza, y deben estar orgullosos por haber contribuido a él los gobiernos centroamericanos.

Entre tanto nosotros, voceros de la gran idea, saludamos a los patriotas y a los que no desesperan y a los llenos de aliento y fe.

Al sentir que estamos bajo un viento de libertad, nos vemos fortalecidos para nuestro trabajo por la patria.

Todo el jugo de nuestras venas y toda la vida de nuestro cerebro y todo el calor de nuestra alma, los colocamos en aras de la Unión, y por ella luchamos y a su abrigo levantamos nuestra tienda.

Pensadores; que en vez de las sombrías nubes que ha amontonado el separatismo, vuelen vuestras ideas vencedoras a los altos ideales, como águilas bajo relámpagos.

A la obra.

El diario *La Unión* espera el contingente de vosotros; que soplen vuestros pulmones y él será la trompeta.

La Unión persigue y desea que nos inundes de tus claridades, oh! Progreso, y que sobre nuestras cabezas se extiendan, con ruido glorioso, tus sagradas alas sonoras, oh! Libertad!

G. ALEMÁN - BOLAÑOS.

San José de Costa Rica.

CANCIONES DE MI CASA

POR ALFREDO R. BUFANO

Aquel "viajero indeciso" que en 1917 nos regaló con su primer libro de versos, acaba de dar ahora la razón a los que entonces lo señalaron como un poeta. Porque es necesario decir otra vez que, a pesar de la cantidad de versificadores que hay aquí en Cartago, a pesar de la balumba métrica con que todos los días atormentan nuestra sensibilidad espíritus impacientes que acaso podrían expresar en humilde y honrada prosa lo que no logran expresar en mal verso, resulta ardua tarea hallar un poeta. Porque el ser sensible que sabe hacer sentir a los semejantes a ritmo con su alma, cada día se retrae más, temeroso de ser envuelto por la ola de chacabanería que padecemos, dando de este modo la razón a quienes afirman que la poesía está en decadencia y que morirá pronto a manos del verso.

Aquel poeta que en su primer libro, *El viajero indeciso*, se debatía trabajado por diversas influencias, ha encontrado ahora su camino. Camino que ya siguieron con buena suerte Evaristo Carriego y Fernández Moreno; aparentemente muy fácil de seguir, y lleno, sin embargo, de dificultades, pues se corre el riesgo, cuando la emoción se expresa de modo efusivo, íntimo y sencillo, de caer en la sensiblería.

Alfredo R. Bufano, en *Canciones de mi casa*, se mantiene siempre en aquel tono cordial y diáfano que de tan bella manera supo usar Gabriel y Galán. Canta a las íntimas cosas circundantes: a la esposa, a la casa, a los hijos, a esos momentos pasados en el hogar, efímeros e intensos, que son como leves gotas de dicha refrescadoras de la árida existencia. En verso limpio y corto nos dice su gran amor a la esposa, amor que ha dictado las mejores páginas de *El viajero indeciso* y que ha inspirado esta composición llena de intensidad y de noble tono re-

ligioso que se llama *La obsesión*, y que es digna de un gran músico:

Señor: si en algo estimas mi humildad;
 Señor: si de algo sirve ser tan bueno;
 haz que mis pobres ojos
 se cierren antes que sus ojos bellos!
 Señor: me siento débil para vivir yo solo;
 para vivir sin ella. Padre nuestro!

Haz que yo sea, luminoso Mártir,
 el que antes vaya al infinito reino;
 haz que yo sea
 el adorado muerto
 que reciba en la frente toda noble
 la fragante magnolia de sus besos.

Por estos doce versos puede juzgarse lo que vale *La obsesión*. Una página tan honda y tan sentida basta para acreditar a un hombre de poeta. Pero hay en el libro aún muy raras bellezas: otra página inspirada también por la esposa, *Tanto gentil e tanto onesta pare*, que es una gratisima música, y *La cocina florida*, un dechado de sencilla gracia:

Un enorme rosal de rosas blancas
 abraza totalmente a la cocina:
 y son tantas las rosas, que parecen
 una constelación de estrellas fijas.
 Tú vas y vienes, hacendosa y ágil,
 como una mariposa fugitiva
 bajo el nevado palio de las rosas
 que alegres te perfuman y te miran
 y parecen reír de tan abiertas.

Ya ves por donde, compañera mía,
 el lugar más prosaico de la casa
 me ha dado una emoción que he puesto en rimas.

No menos inspirado que cuando canta a la esposa es cuando canta a los hijos. Aquí el tono es siempre cordial y sencillo. No está la inspiración como saturada de esa mansa tristeza que nos gana cuando pensamos en lo irremediable y que da a las composiciones de Bufano *La obsesión* y *Lo inevitable*, esa austera serenidad hecha de no lleradas lágrimas. El amor de padre se desborda en una como canción de cuna de ritmo lento y de absoluta naturalidad:

Bienvenida a mi hogar, hijita mía,
 bienvenida a mi hogar, gloria del cielo!

Con cuánto amor y religioso anhelo
esperé tu llegada en este día.

Duerme hijita mía,
que tu padre vela;
duerme como un ángel mientras yo vigilo
tu sueño de seda.

Mañana es domingo,
y estarás, mi nena,
todo el santo día junto con tu padre
jugando en la huerta.

¡Después de seis días
de luchas y penas,
bien merezco uno para disfrutarlo
lo mismo que un niño, con mi pequeñuela!
¡Duerme, hijita mía,
que mañana es fiesta!

Los temas principales de *Canciones de mi casa* son la esposa y los hijos. Canta luego el poeta a la casa, a las mil pequeñas cosas cotidianas, a la vida casi campesina que se puede hacer en los barrios alejados del centro, y todo de un modo emocionado y sincero: sabe Bufano que mejor se llega al alma de los semejantes usando armoniosamente las palabras que todos los días usamos, que rebuscando frases raras que si acaso hablan un poco a la imaginación, y por esto huye de la hipérbole, simplifica, se hace accesible a todos y resultan sus páginas acabadamente humanas.

Canciones de mi casa es un libro de una desusada sinceridad. El poeta no se recata de mostrarnos su alma ni de decirnos que cree en Dios, pero lo hace de tan grata manera, que su franqueza en ningún momento resulta antipática, y llegamos a pensar que, a pesar de tantos siglos de hipocresía cercenadores de todo acto espontáneo, la sinceridad es a veces una cualidad estimable.

Podría reprochársele a Bufano su falta de inquietud por los humildes. Decidle que en el momento en que los humanos, trabajados por justas ideas, se estremecen ante el dolor universal, ningún hombre tiene derecho a mantenerse alejado de la contienda que se inicia y menos un poeta, pues su estrofa es a veces más acuciadora que un mandato; y él os diría acaso que también un verso bello es una buena cosa para mitigar el dolor y que, siquiera mientras canta en nuestra alma la divina música,

olvidamos la agresiva realidad para soñar que somos buenos y que, como el santo de Asís llamaba hermano al lobo, podremos un día decir: hermano hombre.

* * *

Cuando hemos dado cabo a la lectura de este libro *cardinal* que se llama *Canciones de mi casa*, pensamos en aquel tiempo, reciente aún y, sin embargo, tan alejado de nosotros, en que los poetas de aquí, después de pedir prestada un poco de inspiración a Lutecia y queriendo alcanzar la potente garra de Rubén, cantaban fantásticos deliquios con irreales princesas en soñados palacios. Vemos que las torres de marfil se han venido al suelo y que los poetas de ahora cantan para que todos oigamos su voz, pues aún no es vieja la pampa y se puede cantar otra vez, y se pueden cantar los Andes desafidores, y la ciudad tentacular y múltiple...

Entre los poetas que aprendieron en la realidad y dicen en sencillas palabras cosas que todos entendemos, Alfredo R. Bufano ha venido a ocupar un digno sitio por su limpieza espiritual, por su ilusión y por su sereno optimismo.

JAVIER INSUA.

LETRAS ARGENTINAS

Por qué nuestra literatura no es conocida en el extranjero

Por ser un comentario de la encuesta realizada por NOSTROS últimamente entre los escritores españoles, reproduzco a continuación el artículo que publiqué en *El Hogar* del pasado 30 de Enero:

“Hace algún tiempo la revista NOSTROS inició una encuesta entre los más ilustres o representativos literatos españoles, sobre el juicio que les merecían las letras americanas.

Entre más de cincuenta escritores consultados, contestaron ocho: Julio Cejador, Adolfo Bonilla y San Martín, Quintiliano Saldaña, *Fray Candil*, Salvador Rueda, José María Salaverria, Alberto Insúa y el impagable Antonio de Valbuena, de los cuales no todos demostraron conocer siquiera superficialmente la literatura americana.

Los demás no dieron noticias de sí. Ese casi unánime silencio debe achacarse — aun descontando a todos aquellos que por a o por b no contestan a encuestas — al hecho, probado por la confesión pública de quienes contestaron y la privada de algunos que no contestaron, de que la literatura americana es ignorada en la península. Quintiliano Saldaña, en su extensa e interesante respuesta, lo dijo con mayor franqueza que los demás: “Apenas conozco la obra de los viejos escritores de Centro y Sud América. Me sobra sinceridad para simular, apresuradamente, ahora, una información directa que no tengo. Lo más triste es que si todos responden con la misma honradez, mi confesión coincidirá con otras... Casi no les he leído”. Y de los nuevos dígame otro tanto. Que si algún erudito o curioso los conoce, no sucede lo mismo con el público español. Léase esa encuesta, también entre líneas de vez en cuando, y

se verá que el desconocimiento es absoluto. Cuatro nombres que vagamente han sonado en el oído, no constituyen el conocimiento de algo. De suerte que aquí nos envanecemos con celebridades literarias más o menos auténticas, que nunca la masa de los lectores españoles ni los literatos de allá han oído mentar. Piénsese ahora, si se nos ocurriera conquistar a Europa, *via* París, lo que nos costaría.

Las causas de esta incomunicación son muchas, ciertamente; las unas de carácter sustantivo, las otras *adjetivas*, diremos así: editoriales y libreriles. Entre éstas, en primer término el costo excesivo del libro americano. Pero se han fundado en los últimos años en Madrid prósperas editoriales que difunden ese libro, y de ahí no ha venido el remedio. Me sospecho que su mercado no es España sino la propia América. Y en verdad, recorriendo la lista de las obras publicadas, no se puede acusar al público peninsular, por no leerlas, de un crimen de lesa cultura. Obras interesantes algunas, hasta notables y de escritores eminentes, pero de limitado interés *humano*, obras de poetas que son gloriolas nacionales, de críticos medianejos que escriben sobre cosas lugareñas, de novelistas regionales o sin carácter ni hondura.

No desconozco cuánto ha contribuido América a la flexibilidad del idioma común. En este sentido ha producido un movimiento de liberación necesario y fecundo, a pesar de los excesos y licencias en que hayan incurrido o incurran los escritores ebrios de innovación. Y si Rubén Darío es de todos conocido y admirado en España, lo debe a que llevó allá algo: la renovación del idioma, vuelto más dúctil y sutil en concordancia con el nuevo espíritu poético delicado y nervioso, asimilado de las literaturas extranjeras. Después de esto, ¿qué otras cosas podemos asegurar que poseemos y brindamos como muy nuestras a los hombres de Europa?

Que en eso está el asunto. En que no tenemos todavía una literatura que pueda interesar a los hombres que no viven en estas tierras. Lamento herir, hablando así, la susceptibilidad patriótica o literaria de alguno o de muchos; pero tal es la sencilla verdad que se impone a cualquier inteligencia que examine con serenidad y ponderación nuestra literatura.

Circunscribámonos a la Argentina y estrictamente a las obras literarias. Se habla de Sarmiento, de Andrade, de Her-

nández. El viejo luchador nos gusta muchísimo a nosotros; sin embargo, su mismo *Facundo*, que por ser libro característico ha sido traducido desde hace muchos años a varias lenguas, es obra regional y heterogénea, sin definición, mezcla de tratado, crónica, novela y libelo, forjada en la batalla y no en la serena contemplación estética; obra por tanto sabrosa para el extraño, por su exotismo, pero que no cabe levantar a la altura de los grandes monumentos humanos. Hernández fué un creador de raro talento; con todo, ¿quién que no haya vivido en la Argentina puede gustar del *Martín Fierro*? Este poema bárbaro es cosa entera y solamente nuestra, por la representación de la vida y por el idioma: cuando se le traduce — así sea como lo ha hecho Folco Testena, con talento y dedicación — se le mata. Andrade, consiento con Salaverría, es un poeta *discreto*. Dentro del género, Europa sabe lo que es Hugo (¡de rodillas todos!), y España no tiene por qué envidiarnos a poetas brillantemente declamadores. He hablado de los dioses mayores del pasado. No necesito apurar la prueba con los restantes poetas y prosistas, nada más que honrosos próceres de nuestra literatura.

Pues vengamos a los contemporáneos. Los tres géneros por los cuales podríamos imponernos a la atención de Europa, son la novela, el teatro y la lírica. ¿Qué novela hemos creado que tenga valor universal? Las mejores, como *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, de Payró, *La maestra normal*, de Gálvez, *La casa de los cuervos*, de Martínez Zuviría, por sí solas no poseen suficiente virtud para correr mundo en alas de la fama. Si fuesen unidades de una vasta y sólida obra, como de Balzac o Dickens o Galdós, o si perteneciesen a una literatura que ya se hubiera impuesto por libros de mayor universalidad, como sucede actualmente con las literaturas nórdicas, en las cuales los escritores geniales han arrastrado tras sí, por la senda de la reputación, a los menores; — esas novelas conseguirían, sin duda, cual más cual menos, éxitos estimables, principalmente las dos primeras: admirable reconstrucción arqueológica la una; vigorosa representación de un ambiente moral y de un tipo la otra. No siendo así, debemos resignarnos a que su fama — no obstante que *La gloria de don Ramiro* haya sido traducida al

francés por Remy de Gourmont — sea casi exclusivamente local (1).

Del teatro no diré sino breves palabras. A pesar de todas las escorias que lo ensucian, el teatro rioplatense representa uno de los más significativos esfuerzos intelectuales realizados en estas tierras en los últimos veinticinco años. Pero, si importantísimo para nosotros este movimiento artístico, ¿qué obras podríamos llevar a competir en los escenarios europeos, con las de Ibsen, Bjoerson, Tolstoi, Hebbel, Hauptmann, Becque, De Curel, Porto Riche, Rostand, Bataille, D'Annunzio, Giacosa, Praga, Bracco, Shaw, con la de tantos y tantos dramaturgos de toda tendencia, escandinavos, rusos, alemanes, franceses, italianos, ingleses; o con las de Galdós y Benavente, para no citar sino dos, en España? Allá fué Florencio Sánchez a triunfar en Europa, y posiblemente lo habría logrado, porque era un dramaturgo de fuerte y flexible talento: la muerte le sorprendió cuando apenas se estaba orientando. Y de él son estas palabras, dichas en Milán en 1910, que me ahorrarán mayores consideraciones: "Allá creen que basta llegar a Italia, aunque sea después de haber obtenido éxitos, para imponerse. No se piensa que en Europa, donde se vive de lo *propio* y se tienen tradiciones literarias, no se tiene necesidad de depender de las demás literaturas".

Nos queda por ver la lírica. De los géneros literarios, éste, por razones obvias, no tiene la fuerza de penetración en países de idioma diverso del originario, que la novela y el teatro. Mas, si tuviéramos descubridores de mundos nuevos en el dilatado campo de la poesía, tarde o temprano habría quien los descubriera a ellos. Es que de seguro no hay tales descubridores. Soy de los que creen que nuestros jóvenes poetas — Banchs, Capdevila, Fernández Moreno, Arrieta, Barreda, etc., — valen tanto como los mejores de las nuevas generaciones españolas y en ciertos casos más; pero ellos, cuando no viven de reflejo, no son por ahora audaces Colones de mundos poéticos, de donde se infiere que con justicia su reputación, si es que ha transpuesto las fronteras de la Argentina, apenas vagamente ha llegado a algunos círculos literarios americanos. Porque he aquí

(1) Debí citar entre nuestras mejores novelas también *Los Cañanchos de la Florida*, de Benito Lynch, obra admirable por el trazo justo, crudo, seguro, aunque desmañadamente escrita.

otro aspecto de la cuestión: tampoco nos conocen de veras en América.

Por último, escritores tenemos, que aun no he nombrado, cuya obra quizá se piense que por su amplitud y riqueza merece ser universalmente conocida. Ya el lector habrá pensado en Leopoldo Lugones. No sabría contestar sino preguntando a mi vez: en la vasta producción del excepcional ingenio de Lugones, poeta, cuentista, historiador, curioso de varia ciencia, ¿cual es el libro que lleva en su entraña suficiente vitalidad, no digo para ser paladeado por todo hombre, al menos para ser leído con interés y emoción por las futuras generaciones argentinas? Siempre que me lo he preguntado, he quedado perplejo. Muy importante es también la obra de Groussac, pero es la de un historiador argentino; y la de Rojas, pero es la de un erudito de cosas argentinas y crítico de ideas y sentimientos nada más que argentinos. Les falta a ambas, que respeto y juzgo necesarias y utilísimas, valor de universalidad, que es de lo que estoy tratando. Cuanto a Ingenieros y Carlos Octavio Bunge, el primero, el más difundido de nuestros publicistas, no entra en estas consideraciones, pues su actividad es científica y filosófica, antes que literaria; y el segundo, literato en los momentos de ocio, si fué un trabajador de talento—, pensador original en el campo de los estudios sociológicos y jurídicos no fué.

Por consiguiente, aunque el libro argentino fuese en España más barato, sólo a muy pocos interesaría. Nuestra literatura, o es de reflejo — un *pasticcio* de todas las literaturas del mundo, sin personalidad, según decía Sánchez en la ocasión a que ya me referí, — es decir, carece de acento e intención bien definidos, y no ha expresado todavía las infinitas virtualidades que laten en el seno de América, o es puramente regional, sin trascendencia humana. Muy bueno lo regional y castizo; pero sólo sobrevive lo genérico y universal.

Precisamente me ha sugerido estas ligeras reflexiones la lectura de dos novelas del norte de Europa: *El poder de la mentira*, de Juan Bojer, y *Jörn Ulri*, de Gustavo Frennsen, un noruego y un novelista del Holstein. Ambas son dos animadas representaciones de su tierra: tipos, ideas, afectos, costumbres; y al mismo tiempo plantean problemas y desarrollan dramas humanos, a los cuales ningún hombre puede mantenerse ajeno.

En esa conciliación estriban la fuerza y el valor de las grandes obras.

Todo lo dicho no significa que nuestra literatura sea despreciable. Al contrario. Es una comprobación de hechos. Ni demasiado pesimistas ni demasiado optimistas. Esto es lo que hay de cierto. No nos quejemos de que ni siquiera en España se nos haga caso. Es muy explicable; y si culpa hay, no es de los españoles. Hemos observado a vuelo de pájaro las condiciones de difusión de la literatura argentina pasada y presente. Convendría ahora ver qué podemos esperar del futuro, lo cual acaso sea materia de un segundo artículo.

El Año Literario - 1918 - por *J. Torrendell*. Prólogo de *Constancio C. Vigil*. Editorial Tor, Buenos Aires.

Me resulta tarea sobremanera fácil y grata escribir sobre la colección de artículos críticos que ha reunido Juan Torrendell bajo el título de *El Año Literario*, porque en ellos son contadas las páginas cuya doctrina estética y observaciones de detalle yo no comparto enteramente. Desde cuando Torrendell comenzó a escribir en *Atlántida* sus cortos pero substanciosos artículos, quedé sorprendido por la perspicacia de sus juicios; y también sentí la satisfacción de ver corroboradas por otro espíritu, a quien altamente apreciaba, muchas de las reflexiones que vengo haciendo de tiempo atrás, acerca de los vicios y virtudes de la producción literaria argentina. Reunidos ahora en volumen esos artículos, aquella impresión se ha confirmado, y ante el conjunto, se ha acrecentado la satisfacción.

Es Torrendell un crítico equilibradísimo. Su cultura es rica y seria. Su percepción estética, aguda y justa. Su criterio, sólido y honrado. Además es tolerante por temperamento y por convicción, habiendo optado por valorar las obras con aquella necesaria norma de relatividad, que pide, más que ninguna, nuestra producción literaria. Pero aun cuando la severidad de sus juicios se atenúe con oportunos distingos, suavizándose a menudo hasta la benevolencia, sabe él decir a los autores todo cuanto conviene decirles, francamente.

El espacio de que dispone con semanal regularidad en las columnas de *Atlántida*, limita de antemano la extensión de sus críticas, lo cual, si alguna vez le impide desarrollar su pensa-

miento y profundizar el análisis tanto como él sin duda quisiera, tratándose de obras importantes, en la mayoría de las ocasiones le permite aquilatar los libros con la brevedad que se merecen. No conviene dar por el pito más de lo que el pito vale, y digase esto de la generalidad de los libros que aquí se publican, a los cuales no hay Sainte-Beuve que pueda sacarles demasiado jugo.

No es Torrendell crítico que derroche el elogio; sin embargo sé que sus opiniones inspiran simpatía y confianza a todos. Cosa natural, porque se aplica a juzgar con cariñosa inteligencia, sea cual sea el libro que tenga entre manos, sin prejuicios, sin espíritu sectario en ninguna materia, sin preferencias para jóvenes ni viejos, conocidos ni desconocidos, y sin dejarse llevar la mano por el discurso hasta el extremo de no ver sino toda sombra por un lado, o toda luz por otro. Más de un escritor novel debe estarle agradecido, a menos que no sea un zonzó, aunque le haya dicho alguna cosa desagradable.

Repito que adhiero por lo común a la doctrina estética, amplia, pero inflexible, de mi culto amigo. Comparto con él más de un amor y de una aversión intelectuales. ¿Cómo no gustar con él de la sobriedad y la claridad, cómo no aborrecer la frondosidad y el énfasis? Es su temperamento el de un hombre sano, fuerte, nervioso, entusiasta, y pide al arte vigor, densidad, emoción. Quiere la naturalidad en el arte, pero no esa naturalidad de inventario, que ya ha hecho su tiempo, sino la que surge de la selección de lo característico, del trazo nítido y preciso, de la condensación y la síntesis. Por cierto que prefiere al artificio la espontaneidad, pero siempre que no se tenga por tal la fácil garrulería de los declamadores. El arte es esfuerzo, es paciencia, es reflexión. La compenetración entre el fondo y la forma es absoluta, hasta identificarse uno y otra: de manera que la excelencia de la obra depende de la trabajada exactitud de la expresión. Como puede suponerse, no desdeña el sentimiento, al contrario, pero, clásico en el mejor sentido de la palabra, no quiere verlo enseñorearse de la razón, con menoscabo de la concreción, que en arte es fundamental. Su espíritu se abre curioso a cualquier vibración nueva, pero no está dispuesto a seguirles el juego a los cursis de la extravagancia. Y en materia lexicológica y gramatical le vemos sostener ideas parecidas. No transige con el solecismo, "por tratarse

de la entraña noble y esencial del idioma", y en esto le sobra razón, porque el barbarismo sintáctico deforma, desnaturaliza, destaca el idioma, borrando su fisonomía propia.

La lengua de las traducciones de Maucci, calcada sobre el francés o el italiano, es un castellano por aproximación, o mejor dicho, es algo nuevo y diverso del castellano, cualquier cosa. Tengo entre mis libros una traducción al español de Willy, escrita en un idioma inexistente, fantástico, con ser españolas casi la totalidad de las palabras empleadas. Pero en materia de léxico Torrendell no es intransigente. Escribe: "Yo no pido más que una cosa a mis interlocutores, cuando hacen gala de su ignorancia al respecto — algunos no tenían que prevenírmelo, porque se les notaba a la legua; — les ruego que se molesten en repasar la gramática, en fijarse bien, en aprender su dominio —, que obren como les plazca. Es posible entonces que prefieran escribir gramaticalmente, como le ha acontecido a uno de mis corresponsales, hermosamente sincero, quien, al advertirle que ciertos arbitrarios neologismos por él usados, tenían vocablos equivalentes en el diccionario, me ha confesado que no lo sabía y que las viejas palabras castellanas gustábanle más que sus caprichosos inventos". Consejo sensato y útil, siempre que se extienda al diccionario, como supongo que Torrendell ha entendido decir. El no pretende, si es que comprendo su pensamiento, que los argentinos escribamos exactamente como los españoles. Eso es pedantería de dómimes. Lo que ciertamente desea es que no vistamos nuestros pensamientos con un grotesco traje de arlequín, hecho de barbarismos y neologismos, importado de quién sabe dónde, confeccionado por no sé qué bárbaros, analfabetos hasta el espanto.

He aquí lo que ocurre con libros como éste de Torrendell: nutridos de observaciones e ideas justas, lo llevan a uno insensiblemente a discurrir, por su cuenta, en torno de los más variados asuntos. Enseñan y sugieren.

Tendría para rato si dijera todo lo que me han sugerido estos breves y sabrosos artículos, en los cuales las reflexiones de carácter literario alternan con las filosóficas y sociales. Es muy intensa la inquietud espiritual de Torrendell. Cualquier libro le dice algo, aún el peor, pues le sirve, como él afirma, de "lección de cosas", si bien alguna vez orille el tema con-

creto, manteniéndose en el terreno de las generalidades doctrinarias.

Nuestros autores pueden descansadamente confiar en este juez "ecuánime", como él se precia de ser. Su definición de la idiosincrasia artística de los mejores escritores que desfilan por las páginas de *El Año Literario*, es casi siempre admirablemente acertada. Sobre Mario Bravo, Mas y Pi, Melián Lafinur, Fernández Moreno, Gerchunoff, Gálvez, Capdevila, Lynch, algunos más, tiene observaciones decisivas, concluyentes. Todo ello en una prosa limpia y gráfica, colorida y ocurrente.

De suerte que yo no tendría reparo alguno que oponer a este libro sencillo y provechoso, a no haberme chocado una frase de su culto y simpático prologuista, Constancio C. Vigil. Afirma éste que "al fin se ha iniciado entre nosotros la crítica elevada, independiente, estimulante", en lo cual yerra y comete injusticia. Excelente crítico es Torrendell, digno de llamarse maestro por la edad, el reposo, la lectura, la sinceridad, la tolerancia; pero en cuanto a elevación de intenciones, a independencia y a cariñoso interés por las cosas nuestras, si yo y los demás críticos que hemos escrito en las páginas de *Nosotros*, le reconocemos con placer nuestro igual, no podemos reconocerlo superior. Por lo demás, tampoco pertenece a *Nosotros* el monopolio de la elevación y la independencia en estas materias. Es defecto bastante común no saber ensalzar las cosas y los hombres, sino deprimiendo todo lo restante: en este caso, Vigil, a pesar de su reconocida discreción, ha incurrido en él.

ROBERTO F. GIUSTI.

Otros libros recibidos:

MODOS DE VER, por Martín Gil. 3ª edición aumentada y corregida. "Buenos Aires", Cooperativa Editorial Limitada. 1920.

MONÓLOGO DEL MIEDO. LINA Y PIERINA. LOS CRISTOS MODERNOS. LAS SABANDIJAS. OBRAS TEATRALES, por Víctor Romano. San Pedro, 1920.

ANFORA LLENA. VERSOS, por Agustín P. Rivero Astengo. B. A., 1920.

DE LA PENUMBRA ÍNTIMA. Poesías, por Mauricio Antonelli. B. A., 1920.

PRIMAVERA Y OTROS POEMAS. Poesías, por Eduardo Escobar. Madrid, 1919.

LETRAS AMERICANAS

Del Plata al Pacífico. (Viajes por Chile y Bolivia), por V. M. Carrió.—
La Paz, 1919.

Aun cuando sus tapas acusen la procedencia boliviana, el contenido ratifica la tradición intelectual de los diplomáticos uruguayos. Diríase que es el único país de América cuyos representantes oficiales se han dado plena cuenta de la manifiesta inocuidad de su misión, y de ahí que después de firmar la balumba de notas anodinas, en vez de matar el tiempo en persecución de la "escalera real", de su complemento, el tijeiteo de salón o la dulce siesta, optan por el estudio. Es probable que el fenómeno se deba en buena parte al tacto de los dirigentes que al designarlos, prescinden de los productos de "modisterías" o de los letrados analfabetos.

El libro del señor Carrió, además, refresca un poco la atmósfera saturada de liropeya tropical y plantea, en términos concretos, ciertas cuestiones de verdadero interés americano. Nada de pan - infantilismo que a todos encanta y a nadie convence. Cada conglomerado sudamericano tiene "sus cosas", y antes de enfrascarse en la imposible unificación del *totem* convendría que cada cual hiciese el examen sincero de su aporte.

En tal sentido, el libro del señor Carrió resulta interesantísimo. Con sencillez que revela la sólida preparación, aborda el tema, lo esboza con el tacto que le imponen el cargo y su propia cultura y lo entrega al lector para que deduzca las consecuencias. De ahí que un libro cuyo título induce a suponer que sólo contiene las habituales nimiedades de los turistas desocupados, resulta un compendio, o si se quiere, un programa de sociología sudamericana. Con lo dicho bastaría para presentar la obra a los lectores de NOSOTROS, pero se nos permitirá que insistamos,

recalcando sobre tres puntos dignos de merecer atención preferente por parte de los estudiosos.

El primero se refiere a la composición étnica de Bolivia y el mejor comentario consistirá en la transcripción de algunos párrafos.

“Sin duda alguna — dice — la raza indígena tiene capitales virtudes y constituye el nervio y base del trabajo nacional. Sin ella el altiplano sería desierto, estéril y las exuberantes regiones tropicales, el espacio inaccesible, porque se contarían los extranjeros con energías, voluntad y capacidad física, resueltos a enfrentarse con una naturaleza que, de tan fuerte es hostil. El elemento criollo, muy valioso por cierto, demorará mucho en llegar a una densidad de población que haga posible el dominio de las infinitas riquezas.

”Pero si la raza indígena es útil y necesaria, ofrece características que la impiden secundar los movimientos hacia el progreso. Porque el aborígen es de otra estirpe, posee otras idealidades, gusta de otros placeres, tiende hacia otros fines. La vibración vital aria no coincide con su temperamento, bajo muchos conceptos, semíticos; la fiebre de occidente choca aquí también, con la quietud de oriente. Pólvora y humo se suceden, pero no se conglomeran. El blanco es actividad, es deseo nunca satisfecho, es el ansia de lo más y de lo mejor, es la lucha por el triunfo y el triunfo para la realización del ensueño, que no se concreta jamás. El cobrizo es tranquilidad, conformamiento, la pereza por romper la inercia y la ausencia de deseos y pasiones devoradoras: si no obtiene lo que busca se resigna con quietud. Para el blanco todo está por hacerse y para el indio todo está hecho; aquél imagina la conquista de la lámpara de Aladino; que ha de alumbrar el palacio de su fantasía, y éste ya ha encontrado los palacios, inmutables y eternos, en las montañas que sostienen la bóveda azul y en las selvas que ofrecen todas las ambrosías necesarias a su vida física e intelectual”.

Más adelante, al consignar qué es lo que preocupa el sentimiento nacional boliviano, después de citar la opinión del publicista de aquel país señor Muñoz Cornejo acerca del insoluble litigio del Pacífico, agrega:

“Bolivia mantiene las mejores relaciones de sincera amistad con Chile y el Perú, sin que en ningún momento haya orientado su política dando preferencia a uno de estos países, entre los que,

dígase lo que se quiera, existe hondo antagonismo sentimental, fomentado por la propaganda y robustecido periódicamente por los estadistas. En Chile se repite, como una advertencia que no es dable discutir, esta frase: "No soltéis el Morro", en tanto que en el Perú se alza la voz reclamando la devolución de las cautivas, retenidas sin ningún derecho y con violación del tratado de Ancón; pero la verdad es que para ninguno de estos países representan las provincias de Tacna y Arica intereses de magnitud inconmensurable, que pudieran afectar a su economía y vida soberana, o que tengan lo imperativo de una expresión geográfica".

Este párrafo escrito por un diplomático tan discreto, revela bien a las claras, que la solución del "entredicho" está más allá de los alegatos de sus publicistas.

La última cuestión, si bien se refiere a Chile, no tiene estrecha relación con los problemas americanos. Se trata del capítulo dedicado a *Las Industrias de la Guerra*.

A tres mil metros de altura, cerca de las cumbres que limitan con la Argentina, existen, situadas en los bordes de un antiguo volcán, las minas de cobre denominadas *El Teniente*. Las explota la Braden Copper Company, firma americana con varias docenas de millones de capital. Estas minas eran conocidas desde el siglo XVIII. Su poco rendimiento, el dos por ciento, no incitaba a explotarlas, máxime teniendo en cuenta que aun así, era necesario internarse en las montañas, con largos días de viaje cruel. La Braden no sólo ha hecho el milagro de obtener un buen resultado económico, cosa que interesa en primer término a los accionistas, sino que ha organizado una manera de convivencia que interesa a todos y merece ser conocida y estudiada. "La llegada a la usina de la Braden — dice — desconcierta. No es dable imaginar cómo en el más desolado centro de la cordillera, donde ni aun los pájaros subsisten, haya sido posible transportar y organizar descomunales máquinas... y cómo el riscoso y árido cantil, casi ahogado entre dos montañas, se haya convertido en floreciente ciudad que no duerme ni descansa jamás. La empresa distribuye ocho mil salarios y dependen de la misma quince mil personas. El campamento principal se denomina Sewel y la población se divide entres grupos: El obrero, el de familias chilenas y el norteamericano. Cada operario casado dispone de un compartimiento de dos piezas y no se permite la entrada de mujeres solteras; los mineros viven en la misma mina.

La policía, ejercida por un departamento denominado "Bienestar General", es severísima. La interdicción de todo lo que se considera vicio es absoluta. Ni los viajeros pueden tomar vino en la comida. En cambio, a lo largo de las calles letreros puestos por el Departamento del Bienestar, ofrecen 25 dólares a la mejor propuesta que se recoje en buzones especiales para mejorar la vida en cualquier sentido. Hay clubs de sports, pistas para carreras de caballos, canchas de tennis, "boy" y "girls", scouts, teams de foot ball, biógrafo todas las noches, etc., etc."

Lo transcripto basta para dar una idea aproximada de lo que es aquel paraíso del trabajo, y sin embargo conviene leer este párrafo, intercalado por el autor sin ánimo de que se tome como conclusión pesimista:

"La psicología del minero es curiosa. Su trabajo es muy penoso en las frías alturas, rodeado por húmeda oscuridad. El criollo uruguayo o argentino, acostumbrado al sol y a la libertad de las llanuras, no serviría. En cambio el roto chileno, todo músculo y con alma templada por las inclemencias de una vida dura, es minero por excelencia. Se entrega a la labor, se aísla del mundo y atropella la peña con la misma energía de su instrumento de acero, sin medir tiempo ni horas, hasta que cae rendido para dormir, cubierto con una leve manta, que es todo su equipaje y haber. No gusta contratarse a jornal, sino a destajo, de manera que al cabo de tres o cuatro meses, rendido y victorioso, regresa al valle con los bolsillos llenos.

"Pero ¡ay! la misma impetuosidad empleada para el trabajo le aprieta para el placer, y en una semana gasta lo que ha adquirido en un trimestre. El mismo día de la vuelta enfila su francachela hasta que, ahito de bebida y exhausto de recursos, vuelve camino de la montaña a engancharse tan pobre como el primer día.

"El afán de diversión parece ser el mal de todos esos pioneros destinados a cumplir uno de los oficios más rudos demandados por la civilización. Los mismos ingenieros americanos no escapan a esta fiebre. Cuando descenden a Rancagua o a Santiago son espléndidos y rumbosos, y en sus manos se escurre el dinero como agua en cernidor. Se da el caso de ingenieros que después de haber cumplido el contrato de tres años, han regresado a su país y han gastado en un mes sus ahorros íntegros, debiendo volver con una nueva contrata, con lo que trocan treinta

días de vida regalada por tres años de cruel combate contra los elementos de la naturaleza”.

Después de lo que acaba de leerse, ¿sería aventurado generalizar un poco el concepto? La psicología que el autor le atribuye al minero ¿deriva de la naturaleza del trabajo o de la artificiosa perfección en que se le mantiene? El hombre en general, sometido al mismo régimen, ¿no concluiría por refugiarse en el primer lugar pecaminoso que se le cruzase en el camino?

No nos es posible insistir. Sugerimos el tema y sólo nos resta felicitar sinceramente al señor Carrió por su hermoso libro.

La Senda Clara por *Amando Donoso*. prólogo de *Leopoldo Lugones*. — Cooperativa editorial «Buenos Aires». 1919.

El conocido escritor chileno ha reunido en volumen algunos de sus ensayos ya publicados en diversas revistas americanas. La lectura de un tirón de estos trabajos, permite ratificar sin reservas el concepto emitido por Lugones en el breve prólogo: campea en el libro — dice — “una madurez sobria y ligera como la del vino firme”. Desde las primeras páginas se advierte que no se está en presencia de un mero “extractor” y difundidor de teorías ajenas. Donoso analiza, discute, aclara y concluye por fijar rumbos con sus propios pensamientos. Una tarea semejante, no sólo requiere vasta y sólida preparación, sino algo especial que rara vez “presta Salamanca”, y consiste en la facultad de aligerar las disciplinas más abstrusas presentándolas como un relato más o menos agradable. Tal sucede, por ejemplo, con el extenso estudio sobre *Le Dantec*. El lector que no conozca la obra del biólogo filósofo — y serán muchos aún entre gente que se precia de leída — tiene a mano un trabajo que le facilita la tarea.

Sin embargo, consecuentes con ideas emitidas en estas mismas columnas, unas vez más repetimos que en principio y tratándose de escritores americanos, no somos partidarios de la tendencia que revela el señor Donoso. Desearíamos que abordase el estudio de las cosas propias. ¿Por qué, con la pluma que posee, no nos traza un cuadro de la cultura chilena?

¿Por qué no estudia uno de esos problemas que anota Carrió en el libro de que informamos en otra nota y del cual el mismo Donoso es prologuista?

LUIS PASCARELLA.

LIBROS VARIOS

Poema de Mio Cid y otros monumentos de la Primitiva Poesía Española — **Diálogo de la Lengua**, de Juan de Valdés, prólogo de J. Moreno Villa. — **El Cortesano**, de Baltasar Castiglione, traducción de Juan Boscán. «Biblioteca Calleja», 2.ª serie. Editorial S. Calleja, Madrid.

En los baratos, gratuitos, fácilmente manejables y bien cuidados tomos de la segunda serie de la *Biblioteca Calleja*, acaban de ver la luz en tres volúmenes distintos, el *Poema del Cid* y los otros monumentos primitivos de la poesía castellana, el *Diálogo de la Lengua*, de Juan de Valdés, y la traducción de *El Cortesano* de Castiglione, hecha por Boscán en el siglo XVI.

Del *Poema del Cid* existe la edición popular de "*La Lectura*" (Clásicos Castellanos, tomo 24) con extenso prólogo y notas de Menéndez Pidal, de manera que esta nueva edición, sin notas, es menos útil que aquélla; pero no hay ninguna edición popular de los demás poemas primitivos españoles, que hay que ir a leer todavía en los viejos tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles*, generalmente llamada de Rivadeneyra, en la cual no están todos los que ahora Calleja ha reunido, porque algunos sólo han sido publicados en revistas de filología, recientemente, por ejemplo el *Fragmento de un cantar de gesta sobre Roncesvalles*, que sacó a luz Menéndez Pidal en 1917; por tanto, esta edición popular, hecha "según los textos más recientes y autorizados", aunque no acompañada de notas, que en verdad son necesarias, es positivamente útil.

No hemos de decir menos de la edición del *Diálogo de la lengua* de Valdés, obra fundamental de la prosa castellana del siglo XVI, diálogo cuya maestría no ha sido superada sino por la del *Coloquio de los perros*, y documento filológico de suma importancia, que en España no había sido editado sino tres veces, la última, en un libro rarísimo ahora, en 1873. Esta edición se ajusta a la de Eduard Boehmer, de 1895, en *Romanische Studien*.

También es famoso modelo de prosa castellana la traducción que publicó Juan Boscán, en 1534, de *El Cortesano*, el clásico libro de Baltasar Castiglione; y también desde 1873 no había sido reimpresa, siendo ya rara y costosa la edición que en aquella fecha hizo Fabié en su colección madrileña de "Libros de antaño". Hay por consiguiente motivo para felicitarse de esta edición de Calleja, cuyo texto sigue al de Fabié, a su vez conforme a la primera edición de Barcelona, de 1534.

En Guerra con los Ídolos, por Arturo Orgaz. — Córdoba (R. A.) 1919.

El doctor Arturo Orgaz, uno de los más animosos liberales de Córdoba, que tuvo una destacada actuación en el movimiento que había de renovar aquella Universidad, y cuya renuncia reciente del cargo de fiscal

del crimen, ha sido tan ruidosamente comentada, ha reunido en un volumen bajo el título *En Guerra con los Idolos*, cinco conferencias pronunciadas en los días de la batalla.

Las tres primeras: *Córdoba Libre!*, *La Bastilla de Trejo*, *Un alto en la cumbre*, se refieren a la revolución y reforma universitaria de que fué ardoroso propagandista el orador; la cuarta, *Por la justicia económica*, está destinada a exponer la doctrina económica de Henry George, que entusiastamente ha abrazado el Dr. Orgaz y está ganando a muchos claros espíritus en Córdoba y en otras partes; y por último, la quinta, *Las Arrogantes Democracias*, señala algunos puntos de vista generales sobre la revolución bolshevique de Rusia. De todas, preferimos la cuarta, que es la más extensa, porque plantea en forma clara y concreta el fundamental problema económico argentino, el de la tierra, y nos propone para el mismo la luminosa solución de Henry George: el impuesto único que absorba la renta del suelo. Esta reforma que puede realizarse gradualmente, por una contribución progresiva, como ya propician varios partidos en primer término el Socialista, o revolucionariamente, de un solo golpe de maza, como la quisieran otros, transformará todo el sistema impositivo, eliminará los malos impuestos que encarecen la vida y gravan el trabajo y matará de hecho la propiedad privada del suelo, el cual dejará de ser holgada fuente de renta para el latifundista, convirtiéndose en medio de trabajo y recurso de vida para todos. El Dr. Orgaz la expone con bien fundada convicción y ardiente fe en sus benéficos y trascendentales efectos, comunicando una y otra al lector.

Cuanto a los demás trabajos contenidos en este libro que honra a su autor, por idealista y humano, si muestran el temple y el talento de este joven propagandista y luchador, estando todos encaminados a combatir por el advenimiento de una era de mayor justicia distributiva, y por la redención del hombre de su milenaria esclavitud moral y material — son por momentos afeados por cierto énfasis demasiado tirante, que se manifiesta por metáforas e imágenes de gusto dudoso. El cual pecado — venial en nuestra tierra, donde no son muy definidas las ideas en materia de buen gusto literario — no es tampoco ni muy acentuado ni continuo en el Dr. Orgaz, en quien nos es grato saludar a uno de los más representativos espíritus de las nuevas generaciones argentinas.

Los Comentarios, por *Eduardo de Salterain Herrera*. -- Flores Chons y Cia., editores. Montevideo, 1920.

Contiene el folleto titulado *Los Comentarios* (núm. II), que acaba de publicar el joven profesor y escritor uruguayo Eduardo de Salterain Herrera, la conferencia por él leída en el "Ateneo Hispano-Americano" de esta ciudad, el pasado 11 de Agosto. Toda ella tiene por hilo conductor el comentario de la encuesta recientemente realizada por Nosotros entre los escritores españoles, acerca de su opinión sobre la literatura hispano-americana.

Muy justas y oportunas son algunas de las observaciones que las respuestas de los escritores españoles publicadas por Nosotros han sugerido al señor Salterain Herrera, y como tal juzgamos entre otras, su afirmación de que "de América, no una, sino son varias, las literaturas que la informan, y que de consiguiente resultan baldías las generales consideraciones de la crítica, acerca del movimiento de las letras continentales."

Entre todas las respuestas, aplaude el crítico por más seria la de José María Salaverría, y concluye invocando a la unión espiritual de todos los pueblos de habla castellana, sobre el fundamento del idioma común, conservado y enriquecido por el esfuerzo y la contribución comunes.

Los Estados Unidos y La República Dominicana por Max Henriquez Ureña: — *La verdad de los hechos comprobados por datos y documentos oficiales.* Habana, 1919.

En un volumen nutrido de documentos, el ilustre escritor Max Henriquez Ureña, que fué en 1916 secretario de la Presidencia de la República Dominicana, estudia el conflicto habido entre esta república y los Estados Unidos y que ha llevado a los segundos a ocupar militarmente a la primera, en contradicción manifiesta con las declaraciones de respeto de la independencia política e integridad territorial de los pueblos, tantas veces repetidas por Wilson.

Este libro confía en el idealismo y espíritu de justicia del pueblo yanqui, y por eso está dedicado a ese pueblo y a su congreso. En él se demuestra que la República Dominicana, bajo la ocupación militar de los E. U., ha sido prácticamente suprimida como nación, y reducidos cuando no suprimidos los derechos individuales. Es un libro doloroso y elocvente, en el cual se puede ver por un lado, la desorganización social política y financiera de un pueblo que lucha por romper con su tradición de desorden y caudillismo y por transformar radicalmente sus instituciones, haciéndolas realmente democráticas; por el otro, los procedimientos inescrupulosos y el abuso de fuerza cometidos por la gran nación del norte, cuyo imperialismo económico es ciertamente rapaz, como todos los imperialismos.

Sin embargo, "el pueblo dominicano confía y espera: confía en el pueblo americano y espera la hora de su restitución como nación independiente" — en lo cual nosotros también le acompañamos con nuestro voto fraternal, augurándole que el programa político de su presidente Francisco Henriquez y Carvajal, programa de paz, de orden, de verdadera democracia, sea pronto un hecho en la hermosa república antillana.

Ediciones "Selectas América"

Los dos últimos cuadernos de las *Ediciones Selectas América*, el núm. 15 y 16, traen respectivamente una selección de *Poemas* de Rubén Darío, y otra de vibrantes páginas en prosa de Arturo Capdevila, entre las cuales se destaca su requisitoria contra la pena de muerte. *La pena monstruosa*, que da título al cuaderno. Estos trabajos de Capdevila están prologados por el artículo crítico que nuestro director Roberto P. Giusti dedicó en *Nosotros* a *La Dulce Patria*, el libro de donde han sido extractados, cuando apareció.

Paralelismo y sincronismo económico-espiritual de la evolución Argentina por el Dr. Antonio Sagarna. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina. — Lima, 1919.

En este folleto, el Dr. Antonio Sagarna, nuestro ministro en Lima, amplía una conferencia dada el pasado 25 de Octubre en la Sociedad de Ingenieros del Perú, sobre el tema que propone el título que acabamos de copiar.

La inteligencia del distinguido diplomático y publicista, muestra en este interesante estudio, a todos los vientos del espíritu, sin antipáticas exclusiones, siendo muy rica, aunque sintética, la reseña que él hace de nuestros progresos en el orden material e intelectual.

Sin compartir enteramente el excesivo optimismo del Dr. Sagarna, naturalísimo en él por el cargo que inviste, el cual no le permite mirar nuestra historia y presente existencia nacionales, sino de un solo lado, del lado de la luz, aplaudimos con simpatía su consagración entusiasta a la obra de hacernos conocer en la República hermana, obra de la cual se beneficia también la revista *Nosotros*.

Los problemas sociales y la Iglesia Católica por *Telémaco Susini*. — «Editorial *¡Adelante!*». Agencia Sud Americana de Libros. Bs. Aires, 1920.

El Dr. Telémaco Susini, cuya tendencia francamente anticlerical es conocida, acaba de publicar una elocuente conferencia sobre el tema que encabeza estas líneas, en un folleto de la *Editorial ¡Adelante!*, recientemente fundada.

Esta conferencia, nutrida de observaciones muy oportunas y valientes sobre el actual momento histórico argentino, merece ser leída, porque representa una contribución más a la necesaria renovación de los valores sociales para la cual es campo propicio nuestra época.

Otros libros y folletos recibidos:

GOBERNACIÓN DEL TUCUMÁN. *Correspondencia de los Cabildos en el siglo XVI*. Documentos del Archivo de Indias. Cartas de los Cabildos. Memoriales presentados en la Corte por los procuradores, apoderados y enviados especiales de las ciudades. Publicación dirigida por R. Roberto Levillier. Prólogo de D. Antonio Rodríguez del Busto. Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino. Madrid, 1918. (1 vol. de XXIV - 501 págs.)

SANTIAGO DEL ESTERO EN EL SIGLO XVI, por Roberto Levillier. Trabajo publicado en el primer tomo de la "Correspondencia de los Cabildos del Tucumán". (Publicación de la Biblioteca del Congreso Argentino). Madrid, 1919. (Folleto).

PUBLICACIONES HISTÓRICAS DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO ARGENTINO, por Roberto Levillier. Plan de Trabajo y Obras del año 1918. Prólogos puestos a los cuatro tomos de documentos del Archivo de Indias por los señores Rafael Altamira, Pedro Torres Lanzas, Adolfo Bonilla y San Martín y Antonio Rodríguez del Busto. Madrid, 1919. (Folleto).

HISTORIA DE SAN JUAN, por Juan Rómulo Fernández. A. Kapelusz y Cia., editores. Buenos Aires.

LA NOVELA PICARESCA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA, por Guillermo Rojas Carrasco. Memoria presentada al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para optar al título de Profesor del Estado en la Asignatura de Castellano. Santiago de Chile, 1919.

PROCESO HISTÓRICO DEL URUGUAY, por Alberto Zum Felde. *Esquema de una sociología nacional*. Biblioteca de Autores Uruguayos. Editor: Maximino García. Montevideo, 1919.

LA MÁS FERMOsa. (Historia de un soneto. Prologada y anotada, por José Manuel Carbonell. Habana, 1917. (1 vol. de 385 págs.)

LA IDEA DE JUSTICIA EN LOS CONFLICTOS SOCIALES, por Rodolfo Rivarola. (De la Revista Argentina de Ciencias Políticas, año IX, tomo XVIII). B. A., 1919.

SAN MARTÍN, SANTA CRUZ, CASTILLA Y LAS CONSTITUCIONES DEL PERÚ. — Anotaciones históricas tomadas de "Mis Memorias Intimas", por Jacinto Sixto García. Lima, Perú, 1919. (Folleto).

LOS FILIBUSTEROS DE FIUME, por Leptir. Biblioteca del "Jadran". — B. A., 1919. (Folleto).

LA ELECCIÓN DE SAN JAVIER. — Por el Dr. Alcides Greca. Precedida de algunas consideraciones de orden moral sobre la política argentina de la actualidad. Rosario, 1919. (Folleto).

HIMNO A GUIDO Y SPANO. Letra de Gabriel Monserrat. Música de Luis R. Sanmartino.

PSICOLOGÍA ESTÉTICA DE INDÍGENAS SUDAMERICANOS, por Clemente Onelli. (De la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLIII). B. A., 1919.

LA QUESTION DU PACIFIQUE DEVANT LE DROIT INTERNATIONAL. Conférence donnée à la Sorbonne le 12 Juin 1919 par A. Montarroyos. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919.

FRASES CHILENAS. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919.

MOTS CHILIENS. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919.

LA CUESTIÓN PERUANO-CHILENA, por Isaac Alzamora. Presidente de la Delegación del Perú ante el Congreso de la Paz. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919.

LE PROBLÈME DU PACIFIQUE par C. Rey de Castro, Officier d'Académie de France. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919.

EL ARTÍCULO III DEL TRATADO DE ANCÓN. Sinopsis Cronológica por Carlos Rey de Castro con prólogo de Francisco García Calderón. *Petite Collection Américaine*. Paris, 1919. (1 vol. de 312 págs.).

CIENCIA ARGENTINA. Juicio crítico sobre "La Climatología" de la Provincia de Santiago del Estero, del doctor Antenor Alvarez, por Elio Rodríguez Marquina. B. A., 1919.

LE DOLCI MALINCONIE (1913-1915), por Italo Battelli. Alfredo E. Mele y Ca., librai editori. B. A., 1920.

INFORME rendido al H. Congreso de la Unión, por el Presidente Constitucional de la República de México, C. Venustiano Carranza, al renovarse el periodo ordinario de sesiones el 1.º de Setiembre de 1919 y Respuesta del Presidente de la Cámara de Diputados. (Un sello del Consulado de los Estados Unidos Mexicanos, Panamá, R. P.). Panamá, 1919.

VALORES FUNDAMENTALES DE LA RAZÓN, por M. Vincenzi, San José, 3 de Febrero de 1919. Costa Rica. (Folleto).

ATICISMOS TROPICALES, por M. Vincenzi. (Segunda edición). (Procedencia: San José de Costa Rica). (Folleto).

UNA NUEVA INSTITUCIÓN ESCOLAR, por el señor doctor J. B. Zubiaur. *Tribuna Libre*, publicación quincenal de temas sociológicos y literarios. B. A., 12 de Noviembre de 1919.

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA DEL DERECHO, por Tomás Miguel Argañaraz. Tomo Primero. Córdoba, 1919. (1 vol. de 272 págs.)

EXPOSIÇÃO DE AGUAS-FORTES ANTICAS. *A obra de Rembrandt gravada por Francesco Novelli de 1790 a 1793*. Na galeria Petit Trianon. Rio de Janeiro, 1919. (Folleto).

IMPORTANCIA DE LOS EJERCICIOS FÍSICOS EN LA EDUCACIÓN PÚBLICA, por el señor Angel J. Pariente. *Tribuna Libre* núm. 59. B. A., 26 de Noviembre de 1919.

PEQUEÑOS PROBLEMAS. LA IGUALDAD CIVIL, por el Dr. don José Bianco. *Tribuna Libre*, núm. 61. B. A., 24 de Diciembre de 1919.

EL PROBLEMA DOMINICANO, por Tulio M. Cestero. (De "La Reforma Social", número 4, tomo XV, Diciembre de 1919. New York, 1919.

SOBRE EL VALOR DE LA REACCIÓN SEROQUÍMICA DE BRUCK, por el doctor Salvador Mazza y Roberto Barriga. Resumen de lo publicado en *La Prensa Médica Argentina* el 10 de Noviembre de 1919. B. A., 1919.

HISTERIA Y SUGESTIÓN. *Estudio de psicología clínica*, por José Ingenieros. 5ª edición (revisada por el autor). B. A., 1919.

LIBRO ROSADO. República de El Salvador. Ministerio de Relaciones Exteriores. Contiene la actuación de la cancillería salvadoreña relacio-

nada con los acontecimientos políticos de la República de Costa Rica. San Salvador, 1919.

EL SIONISMO ANTE EL NUEVO DERECHO, por Manuel Núñez Regueiro. (Miembro de la "International Law Association"). Rosario, 1920.

DISCURSO pronunciado por el señor Francisco Prats Ramírez, iniciador de los festejos en honor a Cuba, en la velada celebrada en los salones del "Club Unión" la noche del 20 de Mayo. (Procedente de Santo Domingo). 1915.

PARNASO DE MÉJICO. Antología general por Enrique Fernández Granados. Cuaderno núm. 3. Setiembre. *Justo Sierra*. (Este cuaderno contiene además poemas de Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y Manuel José Othón). Ediciones "Porrúa". México, 1919.

POEMAS de Rubén Darío. *Ediciones Selectas América*. Año II, número 15. B. A., 1920.

PLAN Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA SEXUAL, por la doctora Paulina Luisi. *Tribuna Libre*, núm. 64. B. A., 11 de Febrero de 1920.

UNA MORAL ÚNICA PARA AMBOS SEXOS, por la doctora Paulina Luisi. *Tribuna Libre*, núm. 65. B. A., 25 de Febrero de 1920.

PROYECTO PARA LA PAZ SOCIAL Y EL PROGRESO DE LA REPÚBLICA, por Ignacio E. Ferrer, Alberto Durrieu, Arturo Orgaz, C. Villalobos Domínguez, O. Alves de Lima, Ricardo Puig LómeZ, Arturo Capdevila, Gregorio Enríquez y José F. Menchaca. *FolletoS Georgistas*, núm. 1. Nueva serie publicada por la "Liga Argentina para el Impuesto Unico". B. A., 1919.

SOLIDARIDAD EDUCACIONAL AMERICANA, por el doctor J. B. Zubiaur. B. A., 1919 (Folleto).

CUESTIONES DE PALEONTOLOGÍA ARGENTINA, por Milciades Alejo Vignati. Segunda edición. B. A., 1920.

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LOS ESPAÑOLES RESIDENTES EN LA REPÚBLICA MEXICANA. — México, 1920. (Folleto).

X. X.

NOTAS Y COMENTARIOS

La repatriación de los restos de Rodó.—

Los despojos mortales de José Enrique Rodó reposan ya en tierra uruguaya. El gobierno de la República Oriental ha escuchado la voz unánime que pedía su repatriación. De la humilde fosa del cementerio de Palermo, la ciudad en que oscuramente murió, como en voluntario e inexplicable exilio, esos despojos han pasado en Montevideo al Panteón Nacional, erigido a los hombres que han merecido la gratitud de la patria.

Las ceremonias del desembarco de los restos, de la vela en la explanada de la Universidad, del traslado al Panteón, fueron imponentes. Jamás Montevideo había presenciado un homenaje más espontáneo y magnífico, en el cual los honores oficiales confundieron íntimamente con el entusiasta concurso popular. Fué enorme la muchedumbre que presenció las exequias fúnebres durante la noche del 28 de Febrero en la explanada de la Universidad; fué imposible de contarse la que acompañó el día 29 al ilustre muerto hasta el Panteón. Toda la nación uruguaya ha rendido culto al escritor purísimo, al idealista sin mancha de *Ariel* y *Motivos de Proteo*. Esto a la vez que honra como pocos impulsos colectivos, a la pequeña república, patria de más de un escritor insigne, conforta el espíritu, porque nos dice que en nuestras democracias incipientes arde escondido en el corazón del pueblo un anhelo de belleza y verdad que no pide sino ocasión para llamarse y resplandecer.

Tiene singular significación, por cierto, que en la joven república, en animosa lucha con tanto prejuicio y fantasma del pasado, se reciba triunfalmente como a un héroe a un hombre cuya sola gloria consistió en haber escrito unos pocos libros de nobilísima, desinteresada predicación moral.

Ediciones de "Nosotros".—

Dentro de pocos días será puesto en venta el libro que sobre *El determinismo en la ciencia y en la vida* ha escrito el doctor Gregorio Bermann, y NOSOTROS editado.

La primera intención del autor fué estudiar en una monografía el determinismo con relación al concepto de responsabilidad y su aplicación en medicina legal y social. Pero el tema fué fecundándose y ampliándose con el estudio y la meditación, hasta dar de sí un interesante volumen en que se encara al determinismo en todos sus aspectos y en su trascendencia filosófica y moral, a la vez que se considera la aplicación de la doctrina a todos los problemas sociales, éticos y jurídicos de la hora presente.

Libro rico de ideas y observaciones, que no se mantiene en el terreno de la pura abstracción filosófica, sino que desciende también al campo de la lucha empeñada por las fuerzas vivas del presente por un mejor porvenir, éste del doctor Bermann será sin duda acogido con interés por todos nuestros lectores.

"El Convivio".—

En un elegante volumen de 116 páginas, *El Convivio* de San José de Costa Rica ha publicado una excelente traducción en prosa de la *Evangelina*, el famoso poema de Longfellow, hecha hace algunos decenios por el ilustre escritor colombiano Rafael Merchán. Preceden a esta edición unas bellas páginas de Martí sobre Longfellow y un juicio del profesor cubano Dihigo sobre la traducción de Merchán, cuya lectura recomienda a todo aquel que no sabiendo el inglés, desee tener una idea cabal de esa joya de la literatura americana.

En la Administración de NOSOTROS tenemos en venta unos cuantos ejemplares de la presente edición de *El Convivio*.

Editorial México Moderno.—

Deseosos de establecer vínculos intelectuales con los demás países de América, desde ahora tendremos en venta en la Administración de NOSOTROS y en la librería de nuestro agente, Arnoldo Moen (Florida 323), los principales libros que edita la importante casa de México, *Editorial México Moderno*, empresa de cultura antes que de lucro.

Esta casa es la que edita los artísticos volúmenes de *Cultura*, antología mensual que dirige con real acierto D. Agustín Loera y Chávez. Por el último correo acaban de llegarnos los siguientes tomos de *Cultura*, que ofrecemos a nuestros lectores:

Federico Nietzsche. Selección y notas de Xavier Icaza. (Número doble, de 212 páginas).

Antología de la versificación rítmica, por Pedro Henríquez Ureña. 90 páginas.

Mark Twain. (Antología). Traducción y prólogo de Genaro Fernández Mac Gregor. 184 páginas.

Antología de Poetas Muertos en la guerra. (1914-1918). Versiones de Pedro Requena Legarreta. Un ensayo y notas de Antonio Castro Leal. 142 páginas.

Los dioses de la montaña y La sentencia dorada. Dos notables comedias de Lord Dunsany, traducción y prólogo de Rafael Nieto. 148 páginas.

La poesía religiosa en México (siglos XVI a XIX). Selección y notas del Presbítero Jesús García Gutiérrez. 190 páginas.

Don Ramón del Valle Inclán. Cuentos, Estética y Poemas. Nota y Selección de Guillermo Jiménez. 178 páginas.

Además, de la Biblioteca de Autores Mexicanos, hemos recibido estos tres tomos:

La Fuga de la Quimera, novela de Carlos González Peña; *Con la sed en los labios*, versos de Enrique Ledesma, y *La Existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad*, por Antonio Caso.

Por último, los músicos y musicógrafos argentinos han de interesarse ciertamente por la *Revista Musical de México*, cuidada publicación que dirigen Manuel M. Ponce y Rubén M. Campos, cuyos cinco primeros números están asimismo en venta en esta administración.

A su vez la empresa de *Cultura* venderá desde ahora en México la revista NOSOTROS.

NOSOTROS.